
Economía Solidaria: local y diversa

330.1556 Collin Harguindeguy, Laura
C6998

Economía solidaria: ¿Capitalismo moralizado o movimiento contracultural/Laura Collin Harguindeguy.-Tlaxcala, México: El Colegio de Tlaxcala, Ciencia Básica-CONACYT, SEP-CONACYT; 2012.

443 p., cuadros.

ISBN:

1. Economía solidaria-Movimientos sociales
2. Economía del bienestar
3. Marxismo

Primera edición: 2014

©2014

El Colegio de Tlaxcala, A. C.

Melchor Ocampo No. 28

C.P. 90600, San Pablo Apetatitlán, Tlaxcala

Tel: (01246) 46 4 58 74, 46 4 77 25, 46 4 77 26 ext. 202

Correo electrónico: coltlaxprodigy.net.mx

<http://www.elcolegiodetlaxcala.edu.mx>

Centro Argentino de Etnología Americana

Av. de Mayo 1437, piso 1, Dpto. A

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

C1085ABE, Argentina

Tel: (011) 43 81 1821. Fax: (011) 43 81 18 21

Correo electrónico: caea@caea.edu.ar

Diseño de portadae interiores: Elodie T. H. Aragón Gohory-Villain

ISBN:

Impreso y hecho en México

Economía Solidaria: local y diversa

Laura Collin Harguindeguy



2014

El Colegio de Tlaxcala, A.C.

Dr. Alfredo Cuecuecha Mendoza
Presidente

Lic. Gabriela Zamora Cordero
Coordinadora de Vinculación y Extensión

Dr. Ramos Montalvo Vargas
Director Académico

Dr. Guillermo Aragón Loranca
Coordinador Editorial

Centro Argentino de Etnología Americana

Dra. Anitilde Idoyaga Molina
Directora

Índice

1. Provocación: las crisis	7
2. ¿Es posible otra economía?	9
3. ¿Quién inventó a los pobres?	25
4. Necesidades Humanas	33
4.1 Necesidades Cognitivas	44
4.2 Necesidades emocionales y de estima	56
4.3 Necesidades de crecimiento y trascendencia	61
5. Cuestión de Valores	71
6. Reproducción ampliada del capital o lógica reproductiva	85
7. ¿Cómo se genera un mercado?	101
8. El campo de la economía social	107
8.1 Economía Social	107
8.2 Economía Popular	110
8.3 Economía Solidaria	112
9. Autonomía, subjetividad e interdependencia	129
10. ¿Cómo cambiar el mundo?	137
11. Representaciones valores y cambio social	141
11.1 Estado de Bienestar y desresponsabilización	143

11.2 Globalización y neoliberalismo	149
11.3 Las cuatro fuentes del pensamiento alternativo	160
12. Recapitulando: ¿es otro mundo posible?	185
13. Epílogo	193
Bibliografía	195

1. Provocación: las crisis

Si alguien cree que la crisis constituye un estado pasajero, está muy equivocado. La crisis llegó para quedarse, y a menos que hagamos algo, podemos tener el poco honroso papel de ser de las últimas generaciones de humanos en la tierra. Y ese algo no es, como nos repiten los defensores del sistema, el prepararnos más, o ser más competitivos; en la selva del sálvese quien pueda, se precisa un cambio radical, una mutación, si se pretende salvar la tierra y salvarnos como personas.

En otras ocasiones se ha señalado el carácter sistémico de la crisis, con al menos cinco dimensiones: económica-financiera y del trabajo, energética, alimentaria, ambiental y cultural (Collin, 2009), motivo por el cual, puede ser catalogada como una crisis civilizatoria¹. En esta ocasión quiero resaltar que las argumentaciones no sólo provienen de los estudiosos del cambio social; sino desde diferentes ramas disciplinarias: un número creciente de investigadores aún con lenguajes y abordajes disímiles, tendemos a coincidir en críticas y búsquedas. De manera frecuente, los foros alternativos congregan tanto a biólogos y agrónomos, como a economistas, sociólogos o antropólogos. Desde varias perspectivas y miradas, se apela a la necesidad —más que de un cambio de personas, clases o inclusive modelos—, a un cambio en la lógica que orienta la producción, la circulación y el consumo. La diferencia resulta sustantiva pues, desde que el pensamiento moderno se volvió hegemónico, la visión evolucionista, de la supremacía del hombre sobre la naturaleza, que supuestamente nos concedería la potestad de modificar la realidad a nuestro antojo, ha sido común en

¹ Marcos Arruda, en el manuscrito de Bombay (2004), plantea como paradoja que evidencia el carácter civilizatorio de la crisis, el hecho de que quienes tienen más bienestar, sufren más malestar.

modelos supuestamente antagónicos como el capitalismo –liberal o no– y el socialismo. Hoy se comienza a cuestionar tal paradigma en la búsqueda de formas de producir y consumir menos destructivas, tanto de la naturaleza como de las capacidades de los seres humanos.

2. ¿Es posible otra economía?

Partamos desde el principio: ¿Qué es la economía? Los economistas recurren a fórmulas complicadas como: *la relación entre finalidades y medios escasos, que tienen usos alternativos* (Burling, 1962). Definiciones que esconden un hecho sencillo y entendible por todos: **la economía es el arte de satisfacer las necesidades de la gente**. Y ¿por qué los economistas rebuscan o complican las cosas? Tal vez para encubrir que desde hace 200 años la economía perdió el rumbo: desde entonces dejó de preocuparse por la satisfacción de las necesidades de la gente; objetivo sustituido por el de *hacer dinero* o más académicamente, aunque igualmente falso, se propone que el fin de la actividad económica es generar *riqueza*... la riqueza de las naciones, generalmente, no coincide con la de sus habitantes. Es la riqueza de unos pocos afortunados. ¿Hacer dinero puede ser un fin en sí mismo? Desde luego que no. El dinero es un medio, un medio de intercambio que sirve para que los bienes culturales circulen, pero no es, ni puede constituir, un fin en sí mismo.

Los bienes, como su nombre lo indica, son cosas que sirven, algo que resulta útil para satisfacer una necesidad; pero el dinero no es un bien; en sí mismo no sirve, no alimenta, no calienta, no divierte, no genera amor. Sin embargo, para tapar este hecho indiscutible, se repite una frase o refrán que pretende tergiversar lo incuestionable: *el dinero no hace la felicidad... pero cómo ayuda*. La frase construye un falso silogismo, de una afirmación verdadera se deduce una falsa. En una encuesta que aplicamos, preguntamos a personas de diferentes contextos, niveles socioeconómicos y perspectivas culturales, el grado de acuerdo con esa afirmación y fue sorprendentemente altísimo. El problema es que cuando aceptamos una verdad a medias, empezamos a aceptar que la finalidad de la economía, es hacer dinero y

olvidamos la satisfacción de las necesidades de la gente y, de paso, las nuestras. No constituye un problema de capacidad personal: los datos y la información que presentan los medios, pero también las universidades, los expertos y a hasta los científicos, llevan a la distorsión de identificar todo con dinero, y a la postre, a perder el rumbo; por confundir *medio con fin*. Desde hace más de 100 años en las escuelas se enseña —a los futuros economistas—, a pensar que las reglas que orientan la economía capitalista son leyes físicas, objetivas y universales. En consecuencia, que sólo es factible una forma de hacer economía, a la que pomposamente llaman *Teoría Económica*. Si los economistas se topan con otra lógica, la adjudican al atraso, a la ignorancia, o a la pereza.

Por eso, se afirma que la economía política **naturalizó** una forma de hacer economía. Al mismo tiempo tendió un velo sobre las demás formas de hacer economía. Naturalizó al capitalismo, al ubicar como *naturales* y propias de la existencia humana, la tendencia a competir y el deseo de acumular. Contrariamente, cuando encuentran personas o pueblos que no desean acumular, ni son competitivos, se les califica de tontos, *flojos*, atrasados, faltos de iniciativa o perdedores. Como estas son las ideas dominantes, las que se enseñan en las universidades, las que se difundan en los medios, las personas terminan aceptándolas, midiendo el éxito por cuánto se gana, o cuánto se tiene, sin considerar sí se vive bien, si se es feliz, o si se satisfacen las necesidades humanas.

Ideas académicas que encubren la realidad para anular los saberes de las personas, de paso presentan la economía como algo profundo y difícil, que sólo entienden los economistas, únicos iniciados capaces de conocer sus misteriosas leyes. Por ello Heloisa Primavera sostiene que es necesaria una *realfabetización económica*, volver a pensar las categorías económicas, desde lo simple —pero no sin profundidad—, para ver si la economía tiene sentido o no; o más claramente si definitivamente perdió el rumbo y cómo puede re-encontrar el camino.

Deliberadamente estoy usando el plural y el tono neutro para no personalizar, pero es hora de ponerle nombre a las cosas y decir cuándo fue que la economía perdió el rumbo. En realidad, lo ha perdido muchas veces, cada vez que olvida que su fin es satisfacer las nece-

sidades humanas. Pero la peor pérdida se produjo cuando definió la actividad económica como algo diferente, separado de la sociedad; porque al separar la actividad económica de su fin, las personas, se le olvidó dónde estaba parada. A este proceso de autonomización de la actividad económica Polanyi (2006), lo denomina *la gran transformación*.

Los economistas, al perder de vista el fin social de la producción, comenzaron a buscar un *fin en sí mismo*, como la víbora que se come la cola, con frases como, la antes mencionada, de la *relación medio fines*, definición que no dice nada sobre cuáles **fin**es y cuáles **medio**s, por lo que cualquier fin o cualquier medio daría igual: una cámara de gas que mata a mucha gente al mismo tiempo y con menor gasto puede representar una eficiente relación medio-fines (Godelier, 1967), al igual que la producción masiva de comida que no alimenta o que, de plano, enferma.

En realidad, cuando los economistas formulan frases como ésa, la de los *medios y fines*, piensan en una forma de hacer economía, la del capitalismo, de la que hablaremos más adelante. Pero esa forma de hacer economía, no es la única forma de satisfacer las necesidades humanas, ni la mejor. Prueba de su incapacidad estructural es que ha conducido a la mitad de población mundial a una situación de pobreza y exclusión. En sí, la teoría económica se encuentra plagada de *falacias*, a las que toma como *premisas*. Las premisas son ideas que se aceptan como verdades indiscutibles, y de las que se parte para construir un modelo, una teoría.

La primera falacia es la de *separar la economía de la sociedad*: ¿Qué se quiere decir con eso de que la *ciencia económica* separó a la economía de la sociedad? Algo muy simple y sencillo de entender para muchos mexicanos: en las sociedades tradicionales las actividades que se realizan para satisfacer necesidades forman parte del conjunto de la vida social, no son una *actividad económica* exclusiva. Si se requieren *brazos* para una actividad, por ejemplo, para construir una casa o para cosechar, se llama a los parientes, o inclusive a vecinos, que a veces también son medio parientes, porque son compadres. La actividad económica se mezcla con el parentesco, no se encuentra separada de las relaciones sociales, ni de la cultura. Se supone que

si alguien recibió ayuda en algún momento, tendrá que ayudar; a su vez por eso se llama *mano-vuelta*. En la cultura mexicana y de otros países, se reiteran los ejemplos que combinan los lazos sociales, el parentesco y la religiosidad, con la actividad económica (Zolla, 2004). Tal vez, el ejemplo más reciente lo representa la migración: el primero que migra sirve de puente para parientes, compadres y amigos, que cuando llegan a una locación, comparten residencia, contactos, comida y hasta trabajo.

El intercambio de trabajo, favores y bienes, entre vecinos, compadres, parientes, tanto en México como en muchas otras partes del mundo, es parte de la cultura, se ve como natural, ni se piensa, es así y ya. Sin embargo, estos intercambios pueden considerarse una *especie en peligro en vía de extinción*. ¿Por qué? Porque la *ciencia económica* y los economistas hacen lo posible y lo imposible para destruir los vínculos entre la satisfacción de necesidades y las relaciones sociales. Las destruyen de la misma manera como desde hace 200 años lo vienen haciendo: *mercantilizando las necesidades*.

Las faenas comenzaron a morir cuando un programa de gobierno empezó a pagar por hacerlas: después de la primera vez que la gente recibe dinero, quiere que le paguen por hacer lo que antes hacía por formar parte de la comunidad. Desde hace muchos años —como 80 años— ejércitos de promotores, extensionistas, profesionales con título universitario, intentan convencer a la gente que no progresan porque tienen una *cultura tradicional*, que no son *modernos*, que gastan mucho en fiestas y no cobran, por lo que deberían cobrar. La mercantilización, está inclusive penetrando en el terreno íntimo de la familia, en dos sentidos: cuando algún miembro del grupo familiar pretende que se le pague por tareas de beneficio común, o cuando se transfieren las tareas de reproducción del grupo al mercado, guardaría en vez de cuidado de hijos, *delivery* en vez de preparar la comida.

El discurso en contra de las tradiciones es un embuste, una gran mentira, destinada a disminuir la autonomía comunitaria. Las fiestas, tan vilipendiadas, constituyen un depósito en el más leal de los bancos, el de la *reciprocidad*. El gasto en las fiestas no constituye un gasto inútil. ¿Por qué? En primer lugar, porque divertirse constituye una necesidad humana, pero además, porque en ellas se gesta el sis-

tema de relaciones sociales y de reciprocidades que luego opera en la economía comunitaria, que antes —no hace mucho—, servía para construir las casas, cosechar y deshierbar y lo que fuera, apelando a la colaboración de los parientes y vecinos. En la cultura tradicional no se pagaba el trabajo de quienes venían a ayudar, simplemente se contraía el compromiso de devolver el favor, por eso digo que es un banco, lo que se guarda es el compromiso, la confianza: si Juan, Pedro y Pepe vinieron a ayudarme a hacer el techo, en algún momento —no se sabe cuándo— tendré que ir a poner el techo de ellos; si me ayudan a cosechar tendré que cosechar con ellos, así sin dinero de por medio, ni intereses. Un banco seguro, que pocos se atreven a desfaltar, porque el que lo hace se arriesga al descrédito, al desprestigio y el prestigio es muy importante en las comunidades (Cancian, 1976). Pero aún más, si bien no se cobran intereses, es decir no hay que pagar con más trabajo sino con el mismo, la relación no se acaba con la devolución del favor, se renueva al siguiente ciclo con el siguiente favor. Es el ciclo del don: *doy-recibo-vuelvo a dar*.

El sistema se hiede de muerte cuando se introduce el pago en dinero, porque el dinero salda la deuda: trabajas-te pago, punto final. No se basa en la noción de don, no crea relaciones permanentes. En las comunidades tradicionales la gente no necesitaba dinero para *contratar* mano de obra, ni un banco que le prestara cobrando intereses. Las faenas comunitarias, constituían otra actividad económica incrustada en la sociedad. Por ser miembro de la comunidad, los jefes de familia debían aportar faenas-trabajo para obras comunitarias: construir o mantener obra pública como edificios, caminos o presas. En vez de impuestos en dinero que se lleva el SAT, y que se supone que regresarán algún día en participaciones federales, a los estados y municipios o al bolsillo de los políticos, las faenas las controlaba la gente, la comunidad. El sistema de aportación de faenas era directo y la comunidad decidía en qué centrar su esfuerzo. Hoy nadie trabaja sin pago, por parte del gobierno, por eso los que ejercen el gobierno, los políticos, concentran el poder. De la economía incrustada en la sociedad, queda poco: los sistemas de fiesta y las relaciones sociales que operan en la migración, los demás mecanismos de autogestión fueron aniquilados.

El mecanismo central para destruir el vínculo entre la satisfacción de necesidades y la sociedad, es el de transformar todo en *mercancía*, o formulado de manera más elaborada: **transferir las necesidades al mercado**. En términos sencillos: todo lo que se necesita se puede comprar: salud, educación, ayuda etc... No lo crean, es mentira. Se puede comprar un sustituto degradado que a la larga no va a satisfacer la necesidad, el amor no se compra, ni la formación de los hijos, ni los productos tendrán la misma carga simbólica, podemos comprar un reloj, no tiempo, una casa, no un hogar.

El secreto del éxito, del modelo mercantil, consistió en la sustitución de los productos locales (disponibles por trabajo, trueque o reciprocidad), por productos industriales, cuya compra requiere de dinero. Una vez instaurada la necesidad de dinero, se induce la migración en busca de salarios. El proceso implicó la desvalorización de los bienes y los conocimientos locales para valorizar los industriales. En el caso de los campesinos, la principal dependencia, en materia de dinero, fue la introducción de agroquímicos, primero regalados, para inducir la adicción. Los productos industriales se convirtieron en *bienes valorados*, proveedores de *status* y los tradicionales en motivo de desprecio, asociados a la pobreza y a la falta de desarrollo. Valorización que incidió en crear la necesidad de dinero para comprar esos bienes, los que hacen sentirse modernos. Una vez instaurada la *necesidad*, los productores medianamente autónomos, se convirtieron en consumidores de productos e insumos, y en ese sentido, dependientes del dinero y de la deuda.

De esta manera, la lógica del mercado se impuso sobre la lógica de la reproducción, transformando a comunidades relativamente autosuficientes, en recintos de monocultivadores, generalmente deficitarios, compelidos a vender un producto, para obtener los recursos necesarios para su subsistencia, endrogados por los costos de producción, o /y vendedores de mano de obra barata.

Según Polanyi (2006), *la gran transformación* comenzó cuando se crearon dos *falsas mercancías*: el trabajo y el dinero. Una mercancía es una cosa que se hace para ser vendida. Un mismo objeto puede ser diferente si se hace para la venta o para consumirse: un pastel, una

prenda de ropa, o la propia siembra, pueden hacerse para uno mismo o para venderlos.

En el primer caso, cuando los bienes se hacen para sí, para el consumo, se llaman *bienes de uso*, los otros son *bienes de cambio*. Entre todas las diferencias posibles, una de las centrales es que, cuando algo se hace para uno mismo, sólo se produce lo que se necesita, lo que se va a consumir, en cambio si se hace para vender, se hace lo más que se pueda, para ganar más.

Volvamos a las *falsas mercancías*: la mayoría de las *cosas* —o sea objetos hechos—, pueden ser lo uno o lo otro —bienes de uso o de cambio— pero el trabajo y la tierra no. El trabajo lo hace una persona, es parte de la persona y las personas no deberían ser vendidas, aunque de hecho aún se trafica con personas. Porque las personas no fueron hechas para ser vendidas, se hacen por amor y los padres esperan que los hijos sean felices, que aprendan, que gocen, que sufran, pero no los producen para venderlos. Por eso las personas no tienen el carácter de mercancía y el trabajo es parte constitutiva de la persona.

La vuelta que le dieron para esconder la venta de las personas, fue decir que se vende el trabajo, la *fuerza de trabajo* o es más, las horas que se trabajan. Al abstraer, al separar artificialmente, al trabajo del trabajador o al sostener que el trabajador sólo vende ciertas horas, suceden varias cosas: una, que el trabajador ya no se identifica con su trabajo, y por lo tanto *le da igual*, ya no es su trabajo. Por eso, muchas veces trabajan a desgano, pierden el tiempo, o *se hacen*, en una palabra no les interesa, ese trabajo. La otra, es que tampoco se identifican con el producto de su trabajo, y cómo habrían de hacerlo si no será de ellos. Lo que hagan, lo que produzcan será del que les paga.

El trabajo que se hace para uno mismo, para la familia, aunque canse resulta placentero y con un fin: satisfacer una necesidad. Al hacerlo se siente la satisfacción de lo *bien hecho*, y después de *hecho* —sin importar lo que sea— se siente orgullo con lo realizado. En cambio cuando se trabaja para otro, el tedio predomina; de allí la pereza de los burócratas, el sabotaje de los obreros. Fue para neutralizar la desidia de quienes venden su fuerza de trabajo, que los empresarios

inventaron las técnicas llamadas *toyotistas*, orientadas a convencer a los trabajadores para que *se pongan la camiseta*. Para hacerlo, para lograr que crean que los intereses de la empresa son los intereses de los trabajadores, para *apropiarse de su subjetividad*, es que inventan mentiras como la de llamar *asociados* a los trabajadores, intentan hacerles creer que son dueños de la empresa, aunque no reciban ni un céntimo de los beneficios creados con su trabajo.

Hoy en día, resulta tan habitual la asociación de trabajo con empleo, que los términos se confunden, las personas llegan a pensar que no trabajan si no tienen un salario. Pero no siempre fue así, la historia muestra que en todos los países, desde la civilizada Inglaterra, hasta el último país africano, la autosuficiencia antecedió al salario, y en todas partes los capitalistas tuvieron que recurrir a medidas coercitivas para obligar a los trabajadores a abandonar sus actividades de autosuficiencia y emplearse como asalariados; es decir, convertir su trabajo en mercancía. La principal estrategia fue, en casi todas partes, la usurpación de la tierra. En México los ejemplos abundan, las leyes de desamortización (Juárez) y de terrenos baldíos (Díaz) con las que arrebataron la tierra a las comunidades y las leyes de vagancia por las que un indio que no tuviera carnet, de trabajo, podía ser apresado y enviado a trabajos forzados. Estos constituyen tres ejemplos de los liberales del siglo XIX, para forzar a los campesinos a abandonar la autosuficiencia y emplearse como asalariados.

Al destruir la autosuficiencia, la modernidad consigue convertir al trabajo en mercancía –falsa mercancía– y a la gente en consumidores de mercancías. ¡Bingo! doble golpe.

Los liberales del siglo XX —revolución agraria de por medio—, no podían recurrir a la expropiación de la tierra, así que según sus propias declaraciones adoptaron el sistema más moderno: el de la propaganda: primero regalaron, luego financiaron los llamados paquetes tecnológicos: léase agroquímicos-fertilizantes-herbicidas, sabiendo que una vez que los campesinos los usaran, los necesitarían, y si los requerían tendrían que comprarlos, para comprarlos necesitarían dinero y para tener dinero tendrían que emigrar en busca de un salario. En el concepto de quienes abogaban por la modernización de

los campesinos, si se asalariaban entraban en la modernidad, serían *modernos*, en ese momento la labor integrativa del agrarismo y el indigenismo se habría cumplido.

¿Y por qué tanto interés en destruir la autosuficiencia y convertir a los trabajadores en asalariados? Muy sencillo: una razón remite a que el capitalismo necesitaba mano de obra para producir a escala: del trabajo asalariado sale la plusvalía y de la plusvalía la ganancia. La segunda es que si se produce en serie, se necesita que alguien compre y las economías autosuficientes, compran poco. Entonces, requerían destruirlas por dos motivos: no consumen y no proveen mano de obra. Las empresas han seguido el mismo camino que el gobierno, para destruir la autosuficiencia, primero regalar, para crear el hábito, la necesidad y después vender.

La otra falsa mercancía es la tierra. A la tierra no la produjo nadie, no es obra de los hombres, está ahí, es un *don*, el regalo de la naturaleza, no algo que se produjo para ser vendido. En la mayoría de las culturas del mundo, no existe la noción de la tierra como mercancía, es casa, es madre, es laboratorio, pero no es mercancía, una mercancía es una cosa que se compra y de la que el dueño puede disponer a voluntad, puede consumirla, transformarla, destruirla, transferirla, venderla o arrendarla, como a cualquier objeto, porque es suya, le pertenece.

El concepto de la tierra como algo apropiable —de la que el dueño puede disponer a su libre albedrío, destruirla, venderla o regalarla—, es una invención específicamente moderna, no existía antes. Es una de las piedras fundacionales del capitalismo: la *sacrosanta propiedad privada*. Ni siquiera en la tan vilipendiada edad media existía, los señores no eran dueños de la tierra, eran encargados. El Rey podía quitar a un señor el dominio sobre un territorio y los campesinos tenían derecho a tener parcela a cambio de tributo, el derecho a asentarse no se discutía, al igual que en el México prehispánico donde los *macehuales* tributaban al Imperio y a los *pilli* como condición del acceso a la tierra y de su pertenencia al *Calpulli*.

De esas concepciones fue heredero el ejido, mezcla de los derechos comunitarios hispanos y de los *calpullis* prehispánicos. El ejido,

por el que peleó Zapata, hasta las modificaciones constitucionales del neoliberalismo (Salinas), no se entregaba en *propiedad*: los ejidatarios tenían *posesión*, no propiedad, jurídicamente las tierras ejidales eran intransferibles, inembargables e imprescriptibles, es decir no se podían vender, arrendar, colocar en prenda, pero sí se podían heredar, es decir transmitir de padres a hijos. No eran propiedad privada.

Pero ¿Por qué es tan importante para los liberales la idea de propiedad privada? ¿Por qué es sacrosanta la propiedad privada? ¿Por qué tantas estratagemas de los liberales para destruir la posesión comunitaria? Como en la mayoría de los casos, para obtener la respuesta se puede seguir la pista de quién es el beneficiado. Varias son las consecuencias de considerar a la tierra como una propiedad: la primera, mencionada páginas atrás, fue poder desplazar a los campesinos, dejarlos sin recursos de subsistencia, para que no tuvieran más remedio que acceder a vender su trabajo. Se les libera —sostienen los liberales—, de la servidumbre de la tierra, para caer en la libertad de morirse de hambre, agrega Marx. Curiosamente cuando Salinas propuso las reformas al artículo 27 constitucional, para permitir la posesión plena en los ejidos, también lo hizo en nombre de la libertad.

Claro, que en su momento, no se presentó la idea así de descarnada, no se argumentó la necesidad de expulsar a los campesinos de la tierra para que alimentaran la industria naciente, sino que se planteó en términos de rentabilidad: si la cría de ganado era más rentable, por qué mantener a un montón de campesinos poco productivos. Esa idea llevó a los señores a cercar las tierras y expulsar a los pobladores, y allí se produjo el cambio mencionado al principio: se olvidó que el fin de la actividad económica es la satisfacción de las necesidades de la gente, y se introdujo la noción de lucro: mejor es aquello que deja más dinero, y ¿Para quién?, para el que tiene el título de propiedad.

La propiedad privada de la tierra se vincula a la concentración para producir a mayor escala. No se produce para reproducción social de la población, sino para la venta, y por lo tanto, para la obtención de ganancias. Si se produce para la reproducción del grupo —necesidades— y un excedente para fines festivos, no se produce de más, ni se requiere más tierra que la necesaria para producir un monto limitado de productos. Por el contrario si se produce para la venta, cuanto ma-

yor superficie se use, más productos se obtendrán y, en algún tipo de productos, más manos se requerirán para obtenerlos. A esta escala ya no opera las *reciprocidad* o la *mano vuelta*, se requiere —más que trabajo— fuerza de trabajo, a veces esclava (como en las plantaciones) o por lo general, asalariada.

Sin menoscabo de los efectos generados por la introducción de la propiedad privada de la tierra, quizás el cambio más dramático — por sus repercusiones a largo plazo—, fue la modificación del sentido en la relación del hombre con la naturaleza. En muy poco tiempo, se transitó de una actitud de veneración hacia la naturaleza, a la que se honra, se celebra, se le pide permiso y se da las gracias, a una relación instrumental, en la que se transformó en un objeto más, un medio para obtener riqueza. De ser la *madre tierra*, casa, hogar, pasó a ser una cosa, algo a disposición de las personas, para aprovecharla, depredarla o llenarla de basura, con las consecuencias evidentes de degradación ambiental y el posible colapso.

Por considerar a la tierra como una *cosa*, una *mercancía* a la que hay que *sacarle* la máxima rentabilidad —en vez de lo que se necesita—, es que se destruye la naturaleza sin consideración. Es esa relación, supuestamente objetiva, la de considerarla como una *cosa*, la que permite —sin necesidad de justificarse—, la deforestación de los bosques, que se abran tajos profundos en la tierra para sacar los minerales, la inyección de gas en las entrañas de la tierra para extraer hidrocarburos. Estas agresiones serían impensables si, a la naturaleza se le considera y valora como *madre*, como diosa, como algo viviente, con quien se establecen relaciones de reciprocidad, y a sus recursos como *dones* a agradecer.

En este caso, como en otros tantos, el pensamiento tradicional contenía más sabiduría. Fue el pensamiento moderno, en busca de la *objetividad* y del conocimiento claro y distinto, el que separó lo *objetivo* de lo *subjetivo*, lo *animado* de lo *inanimado*, la *naturaleza* de la *cultura*. La tierra y la naturaleza quedaron clasificadas como *cosas*. Al mismo tiempo calificó a quienes trataban a la naturaleza como un *ser vivo*, de pre-lógicos y sus creencias como *animismo*; sus prácticas fueron consideradas *supercherías* y sus creencias *supersticiones*. Hoy en día, el objetivismo comienza a ser cuestionado y hasta los científicos

comienzan a reconocer que la tierra es un ser viviente con capacidad de reacción. Si no es un *actor*, porque no tiene conciencia, al menos es un *actante*,² y las acciones sobre ella han de tener repercusiones. En ese sentido, la actitud respetuosa, hasta reverencial era más adecuada.

Como premisa, fundacional de la teoría económica, aparece la idea de la existencia de *medios escasos*, a la que se agrega la de *finés alternativos*. Implica dos *ideas eje* que, combinadas, llevan a considerar como tendencias naturales e inevitables la búsqueda de la *maximización* (obtener lo más que se pueda) y por tanto, la *competencia* entre agentes económicos (tratar de ganarle al otro). La segunda parte, la de los *finés alternativos*, pretende afirmar que las personas serían seres insaciables, que siempre quieren más de cualquier cosa, o lo que es lo mismo, que las necesidades —aunque con propiedad más que necesidades se trata de deseos—, los deseos pueden ser infinitos, premisa evidentemente falsa, pues nadie puede comer sin saciarse, o amar a todas las mujeres, o tener todos los objetos. Eso sólo sucede en las películas de James Bond. En cambio, la primera parte alude a que no habría los recursos suficientes para satisfacer esos apetitos infinitos de los seres humanos. Ambas premisas son falsas. **Ni las necesidades son infinitas, ni los recursos escasos.**

Las necesidades humanas no son infinitas, el hambre se sacia después de determinada cantidad de alimento; no se puede atender a más de un número determinado de amigos, ni leer más de un número de libros, ni tener más cuadros de los que caben en las paredes, por mencionar sólo algunas necesidades, por lo que la referencia a usos alternativos, no se refiere a las necesidades, sino a deseos (que pueden ser artificiales o generados *ad hoc*), pero sobre todo, tiene que ver con la concentración de recursos y no con la satisfacción de necesidades.

En segundo lugar, es la concentración de los recursos la que provoca la escasez y no a la inversa. Esta constituye la segunda falacia:

² Latour utiliza el nombre de actantes para los objetos, cosas o factores no humanos que interactúan con los humanos en una red de relaciones; los humanos serían actores y deja el nombre de actantes para los agentes no humanos, en la que denomina la teoría del actor red ANT (Actor Net Theory) (Latour, 2005).

la falacia de la escasez. La naturaleza es pródiga y provee para satisfacer casi todas las necesidades. Pero si hay alguien que se dedica a concentrar, a acaparar, entonces no alcanza. En este momento, con lo que se gasta anualmente en guerras –hablando en términos de dinero–, alcanzaría para que nadie tuviera hambre; y en términos de bienes sucede lo mismo: con la producción actual de granos se puede alimentar a toda la población mundial ¿Entonces por qué 50% de la población mundial se encuentra en situación de pobreza?

La *escasez* constituye una construcción, producto del acaparamiento y la concentración de los recursos. Contrariamente, si se produce para satisfacer las necesidades de las personas, se requieren superficies limitadas. Por eso, las sociedades campesinas dejaban superficies sin sembrar, o rotaban las parcelas y, sin necesidad de utilizar todos los recursos disponibles, obtenían lo necesario. En las sociedades autosuficientes, por lo general, no existe la escasez. Las excepciones se deben a situaciones anormales, como catástrofes naturales (sequías prolongadas, lluvias torrenciales, plagas, epidemias); o provocadas por los seres humanos, como las guerras, los tributos excesivos, o el deterioro ambiental antropogénico (generado por el hombre) y también por tabúes o creencias.

La naturaleza proporciona los elementos para la reproducción social, hasta en los medios más hostiles. No sólo alimento, ofrece los materiales para la vivienda, para el vestido, para el esparcimiento, inclusive la luna y las estrellas para la reflexión. Las culturas del desierto y de las zonas circumpolares constituyen muestras de adaptación al medio. Los bosquimanos kung, estudiados por Lee, expresan un ejemplo paradigmático de eficiencia en un medio hostil. El antropólogo titula a su trabajo como *un análisis input-output*, ironizando con una idea clave de la teoría económica. Analizar los *inputs* y los *outputs*, significa estudiar cuánto se invierte para conseguir un resultado, esto es qué tan *eficiente* es un proceso. Lee demuestra que los bosquimanos, en un ambiente hostil, como el desierto, obtienen una dieta suficiente y equilibrada invirtiendo un poco más de 100 días de trabajo, al año. El resto del tiempo lo dedican a la pachanga, con lo que aparecen como un prodigio de eficiencia.

Factores que tienen que ver con las condiciones ambientales, pueden constreñir o limitar las posibilidades productivas y los recursos disponibles; sin duda, no es lo mismo la sierra que la llanura, el desierto que la selva. Pero todos los medios, con mayor o menor densidad, proporcionan los elementos para la reproducción social. Si los recursos no alcanzan es porque se han generado expectativas falsas, artificiales y porque alguien los acapara.

Entonces ¿Cuánta tierra hace falta para mantener a una familia y obtener un moderado excedente para intercambiar? Esto dependerá de dos tipos de factores: por un lado, el consumo esperado, por el otro, las condiciones naturales y tecnológicas. Los factores asociados con el consumo esperado se encuentran *culturalmente determinados* y en el caso actual, responden a una epidemia gravísima, la del *consumismo*, producto del virus de la publicidad. La medición de la superficie requerida *per capita*, en función del ritmo de consumo, ya se ha realizado³ y se llama la *huella ecológica*. La conclusión resulta dramática: para mantener el ritmo de consumo de un estadounidense medio, hacen falta 5.33 planetas tierra. Si no hemos acabado con la tierra es porque los pueblos considerados subdesarrollados, por ejemplo Afganistán, sólo ocupan el 0.06, pero claro, son catalogados como *pobres*.

Huella Ecológica

	Huella por persona	Déficit/sur ecológico	Plus	Planetas tierra requeridos
EUA	9.8	-4.8		5.33
Japón	4.4	-3.7		2.44
Mundo	2.2	-0.4		1.22
Afganistán	0.1	0.2		0.06

Fuente: WWF, reporte 2006

Faltaría hacer el cálculo para un consumo razonable que satisfaga las necesidades y proporcione un *buen vivir*. Valga mencionar que hoy en día existen tecnologías apropiadas que permiten la producción inten-

³ El cálculo de la superficie requerida no se limita a la de producción de alimentos, sino a la producción de todos los bienes y servicios.

siva, con menor gasto energético. La falacia en cuanto a los medios limitados y las necesidades múltiples, puede ser modificada como **recursos abundantes, con necesidades finitas**. Esta propuesta conduce a dos cuestiones: replantear lo referente a las *necesidades humanas*, pero antes repensar por qué existe la pobreza.



3. ¿Quién inventó a los pobres?

Durante la mayor parte de la historia de la humanidad, la producción necesaria para la reproducción de la vida se realizó en el seno de las unidades domésticas. En México, las unidades domésticas campesinas tenían una producción diversificada, de la cual una buena parte se dedicaba al autoconsumo, mientras que, otros bienes necesarios se obtenían bajo la lógica de la reciprocidad; por ejemplo, cuando una pareja se casaba y necesitaba una vivienda, se recurría (y aún se recurre en algunas partes) al grupo ampliado, y entre todos, parientes y vecinos, la construían, en el entendido que el beneficiario retribuiría, posteriormente, con su trabajo, cuando otra pareja necesitara construir su casa. Como, en la construcción, se utilizaban materiales regionales, para la obtención de una vivienda, no se requería de dinero, ni de préstamos hipotecarios, pues en vez de pagar en cuotas mensuales, se retribuía en trabajo. La misma lógica operaba para otras actividades que demandaran esfuerzo suplementario, actividades como la cosecha o el desbrozo, se realizaban de manera colectiva, en las parcelas respectivas, intercambiando de esta manera trabajo por trabajo; por eso, en muchas partes, a este sistema se le denomina *mano vuelta*. Para satisfacer otras necesidades, no disponibles en la comunidad, se destinaba una parte de la producción al intercambio.

Estos arreglos constituyen una forma de producción, implican una lógica económica, que fue sustituida por otra lógica, la mercantil, donde todo se compra y se vende por medio de dinero (productos y trabajo), y donde la satisfacción de las necesidades de los seres humanos aparece mediada por la disponibilidad o no de ese dinero. Quienes carecen de dinero se ven imposibilitados de satisfacer sus necesidades vitales.

En el sistema tradicional de las *Unidades Domésticas*, la satisfacción de la mayoría de las necesidades de consumo (alimentos, vivienda, salud, esparcimiento y creación) se realizaba con recursos locales, una parte de las cuales se obtenían mediante mecanismos tradicionales, y mínimamente a través del dinero u otro medio de intercambio. Las UD no eran pobres, devinieron en pobres por políticas deliberadas, muchas veces compulsivas, de integración, modernización y más recientemente de *desarrollo*. Estas políticas consideraron a las prácticas comunitarias, como atrasadas, ilógicas, ancestrales, tradicionales. Sistemáticamente, los profetas del desarrollo se dedicaron a su erradicación, con el objeto de introducir las modernas relaciones mercantiles, donde toda necesidad se satisface mediante el dinero.

Los apóstoles de la modernización evadieron señalar que el dinero era escaso, mientras que los productos que los campesinos ofrecían —ya fueran los que producían (maíz, frijol, etcétera) o su trabajo—, podían no tener demanda, es decir, que no los podrían vender o deberían venderlos baratos. Tampoco detallaron que, al valorarse poco la producción o el trabajo, no obtendrían el dinero suficiente para comprar aquello que necesitaran, ni siquiera para satisfacer las necesidades que antes resolvían de manera natural, sin dinero. Al requerir dinero para satisfacer necesidades, y al ser éste difícil de obtener, se convirtieron en pobres. Dependar del dinero para la satisfacción de necesidades **convierte** en pobres a quienes no lo eran.

Los convierte en doble sentido: estadísticamente y realmente. La ficción estadística invisibiliza a quienes satisfacen sus necesidades de manera tradicional (autoconsumo, reciprocidad, saberes tradicionales), pues, al medir exclusivamente los ingresos en términos de dinero, no contabilizan los bienes de autoconsumo ni los intercambios de los bienes obtenidos de esta manera. Quienes no manejan dinero en sus operaciones, son inmediatamente catalogados como pobres.

La conversión física o real es aquella que afecta a quienes comienzan a depender del dinero para satisfacer necesidades. Los convertidos en adictos, que al no conseguir su droga⁴, no pueden ya obtener

⁴ Es frecuente en el lenguaje coloquial definir a las deudas como drogas, o endrogarse.

satisfactores, y por tanto se convierten en pobres. Califico al dinero como droga porque, una vez que se comienza a utilizar, como medio para obtener bienes, cada vez se requiere más dinero y cada vez son más las necesidades que se subsumen bajo su lógica. No solo porque en la familia se van abandonando las actividades productivas-reproductivas —de comprar algunas cosas se transita a comprar todo—, sino, de la misma manera, porque se incrementan las supuestas necesidades y la obsolescencia de los productos. De esta manera, se genera la obsesión y la avidez por el dinero, y cuando no se obtiene, porque no se pueden vender productos o la fuerza de trabajo, lleva a transitar por la leve frontera que separa lo legal de lo ilegal, desde la informalización, a las actividades francamente delictivas que permiten ese acceso al dinero, que el mercado limita o impide.

La dependencia creciente con respecto al dinero presenta dos caras: la del sujeto que la asume y la del sistema que la promueve. La sanción social negativa a quienes consumen productos de recolección (quelites) o de autoconsumo, usan cosas hechas a mano, pero también de quienes concurren a sanadores tradicionales en vez de a la medicina alópata (la reconocida oficialmente como científica), y cada vez más la descalificación de quienes recurren a los servicios públicos, en vez de a los privados, incrementa las necesidades a satisfacer por medio del dinero. No se trata de una sanción directa, sino que recurre a los mecanismos de *status*: a todos los niveles se presenta el objeto o servicio comprado como deseable y contrariamente el tradicional como despreciable: la olla de aluminio deseable frente a la de barro, que se ve como atrasada; se considera vergonzoso ir a la escuela pública si se puede ir a una privada, etcétera. El mecanismo resulta efectivo porque recurre a la descalificación, a la burla y por tanto a la vergüenza: si no tienes esto o lo otro, no eres moderno.

Veamos algunos ejemplos de cómo se produjo el tránsito de la UD a la economía mercantil y ahora a la neoliberal:

Unidad Doméstica	Industrial-mercantil	Neoliberal
Alimentación		
Autoproducción: diversificación de cultivos y especies en la parcela, para autoconsumo, animales de traspatio, huerta, recolección, transformación doméstica, reciprocidad con vecinos. Gasto ceremonial.	Especialización local: panadería, carnicería, abarrotes. Introducción progresiva de productos industrializados (envasados y enlatados, con conservadores). Cambios de platillos y costumbres: refrescos, sándwiches, cereales.	La comida preparada en casa disminuye frente al <i>fast food</i> y los <i>deliverys</i> ; predomina la comida chatarra que genera problemas de nutrición.

De tener la alimentación sana garantizada, se transita a una alimentación deficiente, que se compra en el mercado y requiere el uso de dinero.

Unidad Doméstica	Industrial-mercantil	Neoliberal
Producción agrícola		
Semillas propias. Abonos naturales. Instrumentos producidos localmente. Mínima parte, para intercambio.	Incorporación de insumos industriales (paquetes tecnológicos fertilizantes, agroquímicos). Crédito. Agencias de promoción (extensionistas). Creciente especialización (monocultivo) para mercado. Precios de garantía. Comercializadoras del gobierno. Uso intensivo de mano de obra, pago de jornal.	Agricultura mecanizada, tecnología de punta, <i>agrobusiness</i> (terciarizados), semillas mejoradas y transgénicas. Se produce lo que dictan los mercados (precios a futuro, cotizados en bolsa). Mercado de exportación. Desaparición progresiva de campesinos.

De prácticas agrícolas adaptadas al medio, se transita a una actividad cada día más especializada, depredadora del medio ambiente y de la diversidad, que requiere de inversión de capital y acaba con la producción campesina.

Unidad Doméstica	Industrial-mercantil	Neoliberal
Vivienda		
Materiales locales. Autoconstrucción. Mano vuelta. Costo mínimo.	Materiales industriales. Autoconstrucción (poco a poco). Pago jornal.	Compra de vivienda construida por empresas. Crédito hipotecario a largo plazo.

La vivienda tradicional, con materiales locales se convierte en un producto que se compra a plazos, endrogando por años a la familia, y como se vio, en las crisis recientes, sujeta a la especulación inmobiliaria.

Unidad Doméstica	Industrial-mercantil	Neoliberal
Salud		
Especialistas tradicionales (curanderos, hueseros, parteras). Pago en especie Medicina herbolaria (recolección o cultivo).	Servicios de salud pública o médico general en consultorio propio. Medicinas proporcionadas por el servicio medico, o compradas en farmacias, o a farmacéuticos que las elaboran.	Medicina privada en hospitales que exigen a los médicos cuotas de internación para renovar contrato. Seguros de gastos médicos por estratos hasta el seguro popular. Medicinas de patente.

La salud se transforma en el *negocio* de la enfermedad.

Unidad Doméstica	Industrial-mercantil	Neoliberal
Educación		
Endoculturación: aprendizaje imitativo acompañando a los mayores. Iniciación en saberes. Narraciones orales, mitos, tradiciones. Respeto a los ancianos.	Educación pública escolarizada como derecho universal y gratuito. educación privada paga.	Mercantilización de la escuela a todos los niveles, desde el cobro de cuotas en las escuelas públicas, hasta elevadas colegiaturas.

La mercantilización de la educación convierte a los alumnos en clientes y a los títulos en mercancía y anula el aprendizaje, al tiempo que devalúa los conocimientos ancestrales.

Unidad Doméstica	Industrial-mercantil	Neoliberal
Intercambio		
Reciprocidad, trueque y dinero sin acumulación o interés (cacao, leña, conchas).	Dinero como equivalencia, medido en riqueza acumulada (oro) emisión de billetes.	Dinero financiero, especulativo. Transacciones electrónicas, tarjetas inteligentes.

De las formas de intercambio como medio se transita al dinero especulativo como fin.

De esta forma, con estos cambios progresivos, se produjo la transformación de productores independientes en *pobres*. La autosuficiencia en vez de un don, de una ventaja, fue colocada como sinónimo de

atraso, despreciada y devaluada. Pero el proceso no sólo afectó a los campesinos, muchos de ellos conceptuados como *pobres estructurales*, por carecer de capacidades y bienes, sino que la dependencia del dinero y la transferencia de necesidades al mercado, afecta de manera creciente a las capas medias, empobrecidas, por la deuda bancaria, el crédito y el consumismo.

La modernidad, concepto preferido del pensamiento liberal vigente desde el siglo XIX, enfrentó al sistema tradicional (donde las necesidades de consumo se satisfacían con recursos locales, buena parte obtenibles mediante mecanismos tradicionales, y mínimamente a través de dinero), con la *lógica mercantil* (la venta de productos o de fuerza de trabajo, para obtener dinero y de esa manera poder adquirir los satisfactores). Quien carece de dinero no puede satisfacer las necesidades. Por eso, en el sistema tradicional no eran pobres devinieron en pobres, al depender del dinero escaso.

Sostengo que la pobreza es un invento (aunque también hay una dimensión real que luego abordaré), porque para medirla se toman en consideración los patrones de consumo de los *supuestamente desarrollados*; quien no vive de acuerdo con el *american way of life* (modo de vida norteamericano), es considerado pobre. Hay ejemplos de indicadores para medir la pobreza, realmente risibles, que contradicen su propia lógica: se supone que los gobiernos del mundo han acordado tomar medidas para disminuir el consumo de energía; sin embargo, en el censo se considera, como *medida del desarrollo*, la cantidad de focos y de electrodomésticos existentes en un hogar. De igual manera se admite un grave problema con el abasto de agua potable; sin embargo, el censo sigue preguntando si se está conectado al drenaje, que es la mejor forma de contaminar el agua, en vez de preguntar si se cuenta con sistemas para la refiltración o el tratamiento del agua. Preguntan, como indicador de desarrollo, si se tiene televisión, pero ni una palabra sobre libros, o la cantidad de árboles o plantas.

Depender del dinero para la satisfacción de necesidades convierte en pobres a quienes no lo eran.

Si se analizan, componen indicadores ilógicos, hasta cómicos, pero no por ello son menos peligrosos. Peligrosos, porque proporcionan a la gente la pauta de aquello que debe desear para no ser pobre. Al preguntar de esta manera, dejan implícito que quien no tiene drenaje o televisión es pobre, por lo tanto, para no ser pobre se *debe* tenerlo. La gente comienza a avergonzarse de los techos de teja, palma o tejamanil, y a desear colados de loza de cemento; se avergüenzan de las paredes de adobe, piedra, bajareque, para preferir los tabiques y otras muchas elecciones. Por esta valorización de los materiales industriales en detrimento de los tradicionales, se han deteriorado muchos de los hermosos y estéticos pueblos de México. Todo porque lo *tradicional* fue catalogado como de *pobres*, y lo industrial fue descrito como *deseable* y por más contaminante, efímero y poco funcional que fuera, los productos industriales representaron el sinónimo de *moderno*, desarrollado.

El condicionamiento de los indicadores de desarrollo y de la publicidad, resulta tan peligroso, corrosivo y eficiente, porque recurre al peor de los mecanismos de sanción y estímulo: el del ridículo, el de la descalificación: “sí haces esto eres pobre”. El ridículo es muy eficiente: “soportamos las represiones pero no las burlas, preferimos ser malos a ser ridículos” en palabras de Molière

Sin embargo, también se presenta otra dimensión de la pobreza, que no puede negarse: la del hambre, la desnutrición y la mal nutrición. En algunos casos se pueden deber a causas naturales, como sequías —si es que hoy en día, en medio de un cambio climático, provocado por el hombre, se puede hablar de causas naturales—. En otros casos, también se vinculan con razones culturales: por un lado se encuentra la pérdida de capacidades productivas, y por otro, las cuestiones de preferencia.

Con la promoción gubernamental de los cultivos para el mercado, y su condicionamiento mediante el crédito y los paquetes tecnológicos, se han venido perdiendo los llamados *sistemas productivos*, una de las aportaciones de México para la humanidad (hoy patentada como sistemas agroecológicos). El conocimiento biológico, acumulado en milenios, hizo del **sistema milpa** un modelo de diversidad y equilibrio, único. No sólo por la cantidad de productos que proveían

al consumo (cultivados- de recolección- y elaborados), sino porque la combinación de especies (vegetales y animales) aportaba a la fertilidad: lo que una especie le quitaba a la tierra, la otra se lo aportaba, y los insectos se controlaban entre sí. Este modelo de equilibrio, al igual que los ejemplos anteriores, fue desechado por tradicional y sustituido por el monocultivo basado en agroquímicos, destructores de la diversidad.

Producir una mercancía para el mercado, supone que al venderla se obtendrán los recursos monetarios necesarios para adquirir los bienes que se requieran. Esto no sucede así. Mientras el sistema milpa, por su diversidad, proveía una dieta variada, en una superficie pequeña, en esa misma parcela lo que un campesino obtiene como resultado de la venta de la producción, no alcanza para adquirir los bienes necesarios para vivir. Es más, de acuerdo con datos de campo, a veces salen perdiendo, es decir los costos de producción superan al precio que se obtiene por la venta de la producción. Depender del dinero empobrece. Además con tanto agroquímico los productos de recolección —vegetales y animales—, disminuyen, y aunque la gente sepa usarlos ya no los encuentra, menos aún quienes migraron a la ciudad.

El otro factor, se refiere nuevamente a las preferencias y los bienes que proporcionan prestigio. Basta como demostración un ejemplo: con la llegada de remesas y la disponibilidad de dinero en efectivo, en vez de aportar a incrementar la calidad de vida, aumentaron los problemas de malnutrición debido al consumo de comida chatarra, sobre todo sopas *maruchan* y refrescos. Así se da el caso cada día más frecuente de gordos desnutridos.

Como vemos la pobreza es un invento, no por ello menos real, porque a la gente la volvieron pobre, y a otros los convencieron de que son pobres.

4. Necesidades Humanas

Si la función y sentido de la economía es la reproducción social, resulta necesario reflexionar sobre cuáles son y cómo se satisfacen las necesidades humanas. Pero también resulta importante mirar desde las necesidades para terminar de desenmascarar las falacias sobre la pobreza, así como todos los mitos en cuanto al subdesarrollo, el tradicionalismo y entender por qué cuando ONU se decidió a preguntarle a la gente, descubrió que eran más felices los supuestos pobres, que quienes presentaban altos índices de desarrollo.

Páginas antes ironicé en torno a los indicadores que se usan para medir la pobreza: los focos, los electrodomésticos, los materiales de construcción; pero no hay que tomarlos muy a la ligera, pues detrás de los indicadores, subyace una teoría: *la economía política de la pobreza*, la denomina Bolvitnik (2007).

Podemos decir que los representantes de la *economía política de la pobreza*, tienen ceguera metodológica, pues sólo consideran las necesidades que se pueden satisfacer en el mercado, y generalmente se limitan a las necesidades materiales. Los humanos somos seres complejos y requerimos para *bien vivir* diferentes tipos de elementos, no sólo cosas materiales: necesitamos amor, encontrar sentido a los que hacemos, jugar, reír, gozar; sin esas cosas, la vida se vuelve absurda, sin sentido. El mejor ejemplo es el del presidiario que tiene garantizados el techo, la comida, el vestido, pero no vive bien, menos aún puede ser feliz.

En un primer momento, y durante mucho tiempo, los *economistas políticos de la pobreza* se centraban en las llamadas *necesidades básicas* y el índice que construyeron fue el NBI (*Necesidades Básicas Insatisfechas*). En esta categoría solo consideraron: la vivienda, los

servicios sanitarios, la educación básica y el ingreso mínimo necesario para garantizar la alimentación. Para medir la calidad de la vivienda consideraron los materiales de construcción utilizados en piso paredes y techo, y para medir el hacinamiento, el número de personas en el hogar, en relación con el número de cuartos de la vivienda. La salubridad se calculó en función del sistema de abastecimiento de agua en la vivienda y la disponibilidad de servicio sanitario y el sistema de eliminación de excretas; por último, para evaluar el acceso a la educación, se basan en el último nivel educativo aprobado.

Lo primero que podemos cuestionar a esta teoría, es el uso del concepto *básicas* y preguntar si entonces ¿las otras necesidades *no son básicas?*, o para plantearlo de manera más contundente, si ¿es posible vivir sin satisfacer esas necesidades que no consideran básicas, como el afecto, el conocimiento, el sentido?

Para subsanar las deficiencias de la teoría de las necesidades básicas, sus impulsores incorporaron posteriormente otras *necesidades* a las que algunos denominaron *derivadas*, y construyeron índices complejos. Actualmente el Consejo Nacional de Evaluación (CONEVAL), ha adoptado el concepto de *rezago*, que literalmente significa, los que se quedaron atrás, y para medirlo contemplan 8 tipos de indicadores: 1) el ingreso corriente *per capita*; 2) el rezago educativo; 3) acceso a servicios de salud; 4) acceso a seguridad social; 5) calidad de los espacios de vivienda; 6) servicios básicos de las vivienda; 7) alimentación y 8) cohesión social. Como se puede observar, aunque se incorporan más indicadores, las otras necesidades permanecen ausentes. En cuanto al uso de la palabra *rezago*, resulta significativo, pues la pregunta es ¿se quedaron atrás, están rezagados con respecto de quién?, y esa pregunta demuestra que para medir la pobreza parten de un parámetro: su propia idea de lo deseable, el modelo de vida *moderno o desarrollado*. Pero, esa idea o premisa puede ser cuestionada.

Con estos indicadores definen diferentes tipos de pobreza: la *alimentaria*, la de *capacidades* y la de *patrimonio*. Cada uno de los indicadores que se usan para determinar quién es pobre y quién no lo es, puede ser cuestionado en sí mismo; por ejemplo, la pobreza alimentaria se mide en dinero, y se omiten los productos de recolección y de

autoconsumo; por si fuera poco, se usa un mismo criterio para medir el déficit alimentario en el medio urbano y en el rural, pero además, el mismo Consejo Nacional de Evaluación (CONEVAL) reconoce que no existe la forma de medir al menos tres de los indicadores (ingreso, acceso a la alimentación y cohesión social).

Por eso, en vez de detenernos en los indicadores, partamos de las necesidades, analicémoslas, veámos qué ofrece el actual sistema para satisfacerlas (que siempre o casi siempre, consiste en transferir una necesidad al mercado, o en otras palabras, proponer un bien o servicio que se puede comprar, y una oportunidad de hacer negocio para alguien), y cómo sería una forma alternativa de resolverla. Solución que frecuentemente coincide con la manera tradicional.

Bolvitnik retoma a otros estudiosos y define cuatro grupos de necesidades humanas: de *sobrevivencia*, *cognitivas*, *emocionales* y de *crecimiento*; todas igualmente *básicas*, es decir *imprescindibles*, y esto quiere decir que si no las tenemos, algo falta en nuestra vida. Sin embargo, las necesidades de afecto, conocimiento y sentido, se encuentran ausentes en la Economía Política de la Pobreza.

Cuando Bolvitnik denomina al primer grupo de necesidades de *sobrevivencia*, deliberadamente lo hace para no usar el concepto de *básicas*, que se extiende a todas las demás. Las denomina de *sobrevivencia*, porque representan el mínimo para mantenerse con vida, son las condiciones que se les ofrecen a los presidiarios, a los internos de un hospital: la comida, el alojamiento y el vestido (sintetiza estas necesidades en la alimentación, refugio y seguridad).

Pero aún en algo tan sencillo, se evidencian las diferencias. En materia de alimentación el ser *moderno* y *desarrollado*, se identifica con comer, productos prefabricados y preparados, o a medio preparar, sobre todo *fast food*, alimentos llenos de conservadores y de ingredientes igualmente dañinos: transgénicos, animales engordados con hormonas, anabólicos y otros componentes, cuyos efectos aún se desconocen.

La imagen publicitada de una mujer “moderna”, es la de alguien que no cocina, sino que descongela en el microondas, o llama al *deli-*

*very*⁵. Pero ¿por qué adjudicarle la cocina a la mujer?, cada vez más, los diferentes miembros de la familia sacan del refrigerador o de la alacena, lo que encuentran y lo llevan a su propia pantalla. De esta manera, la comida, además de dañina, queda reducida a un acto de sobrevivencia y pierde las funciones relativas a la convivencia. Con el incremento del consumo de este tipo de comidas, se pronostica que esta generación será la primera en la que generalizadamente las madres verán morir a sus hijos antes que ellas, debido al incremento de la obesidad, la diabetes y los males con ellas asociados.

Lo contrario es la comida sana, natural preparada en casa y que no sólo proporciona nutrientes al cuerpo, sino que constituye un espacio de convivencia, de comunicación y de amor; porque en vez de considerar la comida como un hecho aislado, como una mercancía que se compra, en la versión alternativa, que coincide con la tradicional, lo económico, las necesidades y lo social —con su componente festivo amoroso y simbólico—, se encuentran imbricados, son indivisibles.

Con la vivienda sucede lo mismo: en un espectro se ubican las ciudades dormitorio, a donde sólo se llega a dormir, tanto en su versión de viviendas minúsculas —donde las generaciones anteriores (abuelos) son excluidos por que no caben—, hechas en serie o por autoconstrucción, con materiales industrializados, o en la versión contraria, viviendas de lujo, supuestamente inteligentes que, para ser confortables, requieren de aditamentos como calefacción y/o aire acondicionado. En todas las versiones, la función moderna de la vivienda parece limitarse al aislamiento, llegar a la casa a encerrarse en un cuarto, a dormir o a instalarse frente a la pantalla personal. En este contexto, el espacio más personal, el que proporciona identidad, el que los demás ven y juzgan, es el automóvil, más que la casa. Hecho que se demuestra ante el ridículo de personas con un carro de lujo carísimo y una vivienda misérrima. A este modelo se opone la casa como espacio de convivencia, de esparcimiento, de encuentro entre generaciones, una casa no sólo con espacios verdes (como dicen los árabes: si en la mañana se pueden contar 7 tonos de verde ya se puede ser feliz todo el día), sino y sobre todo orgánica. Y orgánica signifi-

⁵ Envío de comida a domicilio.

ca integrada al medio, con materiales y diseño que la hagan térmica, confortable, que regrese a la naturaleza lo que le toma (captación y re-infiltración de agua, reciclaje de desechos y por qué no, productiva, con árboles frutales, huerta), con espacios para la convivencia y el trabajo, nuevamente, donde lo social, emocional y productivo se confunden.

En términos de acceso, se confrontan el modelo industrial de producción de viviendas en serie, al que un trabajador medio sólo puede acceder mediante préstamos hipotecarios, con altas tasas de interés,⁶ opuesto al modelo de autoconstrucción, con materiales regionales y por intercambio recíproco de trabajo. En posición intermedia se ubica la modalidad de autoconstrucción, donde se construye poco a poco, en la medida en que se dispone de tiempo libre, o que se pueden comprar los materiales de construcción industrializados. Vivienda que, si bien estadísticamente aparece como mejor, por el uso de materiales industriales, generalmente, presenta peores condiciones de habitabilidad y de hacinamiento que la vivienda tradicional. La falta de conocimientos arquitectónicos (que se reflejan en el uso de los materiales), el carácter inacabado de la construcción, la falta de revestimientos, los espacios limitados, por el costo del suelo, y el asentamiento en el predio de la familia extensa, la eliminación de áreas verdes, colaboran a tener viviendas poco térmicas, espacios reducidos y bajas condiciones de higiene.

La necesidad de *seguridad* tiene al menos dos connotaciones: la evidente y angustiante en este momento, relativa a la seguridad personal que se refiere a no tener miedo a un secuestro, a un asalto, a poder circular libremente, o que los niños puedan jugar en los espacios públicos. La otra connotación se relaciona con el amplio concepto de seguridad social.

Incorporar el tema de la seguridad física como criterio para medir la calidad de vida, cambia el punto de referencia, no sólo porque las comunidades pequeñas, con relaciones de vecindad estrechas, obtienen mejores calificaciones, en términos de seguridad, que las grandes

⁶ Como se vio en las recientes crisis de EUA y Europa, sujetas a especulación financiera.

metrópolis, sino también porque la seguridad, en la metrópolis, también se ha transferido al mercado. En los últimos años, en los espacios urbanos, se ha incrementado el número de negocios de seguridad: policías privados, guardaespaldas, blindaje de automóviles, sistemas de alarmas, videograbación, electrificación y otros artilugios derivados de una necesidad generada por el incremento de la inseguridad. Lo interesante de este indicador es que es el único que evidencia carencias de los considerados ricos, y de las clases medias que resultan los más afectados y asustados por el incremento de la inseguridad.

La otra dimensión se resume en el concepto de *seguridad social*, y con las prestaciones que, se suponía, constituían *derechos*. Derechos, como el de la *salud* y al retiro, después de la etapa laboral, que cada vez más personas, pierden ante el empuje del mercado. En vez de *derechos*, las necesidades de retiro y prestaciones sociales, se consideran nichos de mercado donde hacer negocios rentables. Las estrategias varían, pueden partir de desacreditar o bajar la calidad o la cobertura de los servicios de salud pública, modificar el régimen jubilatorio, aumentar la edad, disminuir la cantidad... para publicitar y vender seguros médicos o fondos de retiro privados. El tema de la salud resulta arquetípico de las falacias del sistema, en tanto poco interesa la salud y mucho la enfermedad, que es la que permite hacer negocios.

Sin riesgo de mentir, se puede afirmar que el sistema de mercado genera enfermedades, para luego ofrecer costosísimas curas. Por una parte, se encuentran una serie de enfermedades derivadas de los productos que se ofrecen: tanto la llamada *comida chatarra*, como los alimentos industrializados, por el contenido de conservadores, grasas saturadas de hormonas y antibióticos que contienen, así como los residuos de agroquímicos en frutas y verduras; del otro lado, las enfermedades derivadas del estilo de vida, el sedentarismo, la falta de ejercicio. A éstas hay que sumar otras dos: las enfermedades *iatrogénicas*, que tanto denunciaba Ilich (2006), es decir las que genera la medicina, por los efectos colaterales de los fármacos. Otro grupo lo constituyen las falsas enfermedades, pero que entran en el tema, pues constituyen excelentes negocios para los profesionales de la salud. Me refiero, por supuesto, a los negocios vinculados con la estética: desde las cirugías hasta la innumerables ofertas de dietas y

productos para adelgazar, modelar etcétera. Se podría agregar a esta serie de enfermedades creadas: el estímulo a la hipocondría provocada por los llamados programas de salud que no hacen otra cosa que hacer propaganda de las diferentes ofertas médicas.

La salud, o más bien la enfermedad, se ha convertido en un gran negocio. Si durante años se creyó que era un derecho (aunque no toda la población fuera derecho-habiente), con la caída del empleo y la flexibilización laboral, cada vez son menos las personas que tienen garantizado el acceso a la salud pública, sin considerar lo relativo a la calidad. Por eso son cada día más los que recurren a la medicina privada, en sus múltiples versiones, si pueden pagarla. La más difundida, desde hace 30 años, es la modalidad de los *seguros de gastos médicos*. Los llamados *servicios de salud* (en realidad servicios de enfermedad), se encuentra estratificados por niveles de *status*, preferencia e ingreso. La oferta médica y también la farmacéutica, va de los hospitales de lujo a las clínicas en zonas populares (a veces igual de caras) y de los fármacos de patente a los similares. Si la enfermedad concluye en muerte, la muerte también es negocio, y puede pagarse en cuotas anticipadas, que incluyen el servicio funerario (en lujosas funerarias, el traslado y el agujero, cada vez más en forma de condominios).

A la industria farmacéutica se le acusa de generar epidemias para vender luego las vacunas. Si bien se carece de pruebas contundentes, se puede, como los investigadores de crímenes, seguir la pista de los beneficios y descubrir cómo la famosa A1n1, antes fiebre porcina, triplicó los beneficios de 2 transnacionales farmacéuticas, las que antes de la epidemia enfrentaban problemas financieros. Se les acusa también de ejercer un inmerso poder y la capacidad de sobornar o forzar a gobiernos nacionales.

Independientemente de las suspicacias no verificables, existen verdades evidentes: constituyen monopolios gigantes, patentan las medicinas, y las drogas provocan otras enfermedades, al tiempo que generan adicción. De la honorable profesión del farmacéutico, que combinaba compuestos en función de la necesidad, se ha transitado a una industria transnacional cada día más concentrada, en un pequeño número de empresas que monopolizan el mercado. Si en alguna región o país persisten industrias farmacéuticas pequeñas o media-

nas, las transnacionales las adquieren, no para incorporarlas a la producción, sino para cerrarlas y quitarlas de la competencia, mientras que con las grandes, concretan mecanismos de fusión. A la monopolización se suman las políticas de patentes, que, una vez registrada una fórmula, impiden pueda ser reproducida para su uso, por otro que no sea el propietario de la patente. De esta manera marginan de la cura a todas las personas que no puedan afrontar el costo de los fármacos y condicionan a los gobiernos que pretenden atender epidemias o enfermedades endémicas y que podrían producir las medicinas a menor costo, a comprarlos a las *propietarias de las patentes*.

De más está decir que tales patentes no han beneficiado, ni pagan regalías a los pueblos y a los médicos tradicionales que descubrieron y conservaron el conocimiento de los principios activos y de los que se benefician las empresas farmacéuticas.

La industria farmacéutica, antes de la total monopolización, como toda industria que concurre a un mercado, recurre a la competencia y ésta al establecimiento de relaciones perversas con el cuerpo médico. Un ejército de visitadores médicos, recorren los consultorios promocionando los fármacos y, para mayor eficiencia de sus labores de convencimiento, recurren al soborno, mediante el financiamiento de la asistencia a congresos. Así, no es de extrañar, que los congresos de medicina tengan lugar en espacios suntuosos y costosos.

Si bien los dos modelos, el de la salud pública y el de la salud privada, se diferencian por la lógica que los mueve: la lógica de la salud como derecho universal, que debe ser garantizado por el estado, confrontada con la lógica individualista, por la que cada persona debe proveer sus necesidades como pueda; ambos comparten una misma forma del ejercicio médico, y una concepción de la salud y la enfermedad.

El aspecto relativo a las concepciones sobre el cuerpo puede ser cuestionado y de hecho lo es, por compartimentalizado y no considerar a la persona de manera holística, sin embargo en este análisis, es el ejercicio médico, el que pretendo abordar desde al menos dos perspectivas: la de la atención médica hospitalaria y la de industria farmacéutica. La lógica implícita en ambos modos de operación y que

además caracteriza a la sociedad industrial moderna, es la de la reproducción ampliada.

La reproducción ampliada es la capacidad de generar, más productos con menos inversión de tiempo, esfuerzo e insumos. Hoy se llama *productividad*; para lograrla se ha recurrido a la estandarización, la producción en serie: la llamada organización científica del trabajo, las cadenas productivas y más recientemente al *toyotismo* que en función de la *calidad total*, el desperdicio cero, apela a la subjetividad y el compromiso de los trabajadores. De las cadenas productivas de la industria, la lógica de la producción en serie, ha transitado progresivamente a los servicios y crecientemente a las profesiones, consumando la *macdonalización* de la sociedad. Hoy en día hay *mac-doctores*, *mac-dentistas*, *mac-psicólogos* y *mac-universidades*.

¿Cómo opera ésta lógica en la salud? El aspecto más evidente es el de la industria farmacéutica que se apropia del conocimiento herbolario tradicional para identificar los principios activos, verificar mediante experimentación los efectos sobre el organismo, para luego someterlos a manipulación de laboratorio, para reproducirlos a mayor velocidad, para la producción masiva. En sí, el procedimiento de producción a escala pareciera apropiado para un caso de epidemia en el que es necesario atender en masa, no lo es tanto en la atención cotidiana de la salud, pero se ha transformado en lógica de la producción y en un impresionante negocio.

La lógica de la reproducción ampliada, no sólo se expresa en la producción industrial de fármacos, también permea la práctica médica. Genéticamente la primera transformación sustantiva fue producto del llamado “Estado de bienestar” que transformó el tema de la salud en *Salud Pública*, o aún más en el *Sistema de Salud Pública*. Al interior del sistema, el ejercicio médico, de ser una profesión liberal, transitó a la condición de asalariado, es decir alguien a quien se paga por horas. Los pacientes mutaron de pacientes a *derechohabientes*, ambos entraron en el laberinto burocrático, se perdieron y sobretodo se deshumanizaron.

La obligación del médico contratado por horas, es atender a un número determinado de pacientes, por hora, de manera estandari-

zada, reduciendo el tiempo *per capita*: esto es, dividir las horas laborales por el número de pacientes, pacientes siempre cambiantes, cuya relación se limita al tiempo predeterminado de consulta. Si una consulta se prolonga más de lo programado irá en decremento de la siguiente. Tal programación de los tiempos y movimientos del ejercicio médico no ha sido alterado por la adjudicación de un *médico familiar*, y la supuesta relación sistemática entre médico y paciente, pues la cantidad de personas atendida dificulta que el facultativo recuerde los casos. La relación síntoma-prescripción de fármaco, crecientemente adicionada con el requerimiento de estudios de laboratorio que confirman los síntomas, anula la investigación sobre causas —es decir la investigación— y trasmutó al médico de científico a técnico, en tanto ejecuta una técnica: la correlación de datos, síntomas o indicadores de laboratorio, en la prescripción de fármacos que atacan tales síntomas. El modelo de atención supone una estandarización de síntomas, a los que generalmente se atiende mediante la prescripción de un fármaco.

El ejercicio privado de la medicina no ha logrado sustraerse a esta tendencia a la automatización. Los consultorios en el propio domicilio, o los consultorios individuales o rentados entre varios médicos amigos, dominantes años atrás, van desapareciendo, sustituidos por grandes consorcios médicos privados que operan como un centro comercial, que concentran la oferta de múltiples especialistas en las diferentes especialidades. Los médicos, en este caso, no son contratados por el hospital o sanatorio, por sus cualidades profesionales, sino que rentan el espacio. Cada consultorio constituye un emprendimiento personal que se beneficia de la concentración, en tanto quien requiere de atención sabe que en ese sitio puede conseguir cualquier especialista, al igual que en los supermercados, se encuentra de todo. Los médicos se benefician, porque dichos centros obtienen influencia, por medio de la publicidad y el manejo del *status*. Se posicionan en el mercado como una *marca* más que concede prestigio a su usuario.

La relación entre los profesionales y la empresa no se limita al pago mensual de la renta por el espacio del consultorio, los médicos se comprometen a utilizar los servicios hospitalarios de análisis clínicos, imagenología, quirófanos y de internación. Los médicos que no cubren determinadas cuotas de uso de servicios hospitalarios, sobre

todo los quirófanos y la internación, corren el riesgo de que la empresa rechace la renovación del contrato privando al facultativo, privándolo del beneficio del prestigio del sistema. A tal presión institucional se suma el hecho de que el uso del quirófano proporciona más ganancia que las consultas, para entender la proliferación de cirugías de las que antes ni se oía hablar.

En este proceso, los hospitales-empresas más conocidos o más exitosos, han ido acaparando el mercado, destruyendo o al menos generando dificultades de operación a las clínicas de hospitales preexistentes. La extensión de los tentáculos de estos pulpos de la salud, puede recurrir al sistema de franquicias que les permite asimilar a su sistema a otros centros de atención.

Esta empresarización de los servicios médicos, va acompañada de la proliferación de los seguros de gastos médicos, operados por grandes firmas transnacionales. Las grandes compañías de seguros, prefieren canalizar a sus clientes a estas corporaciones, a que se atiendan en pequeñas clínicas, u hospitales, aunque sean menos costosas. Una primera explicación remite al manejo de similares criterios administrativos que facilitan las operaciones. De hecho es el argumento al que recurren los seguros para rechazar u obstaculizar los gastos que no sean de su red de centros. Los grandes hospitales suelen tener un área donde atienden representantes de las compañías de seguros. Los médicos aducen que una ventaja adicional de rentar consultorios en uno de estos *hospitales–negocios*, es que se captan pacientes canalizadas por los seguros, e incrementan su clientela. Los efectos de esta relación empresarial, son la mercantilización de la relación médico-cliente. La persona deja de ser un *paciente*, con quien se establece una relación humana, incluso íntima, como sucedía con el médico de familia, para establecer una relación en la que la amabilidad del trato se basa en la máxima “el cliente tiene la razón”, bajo la premisa de no perder *clientes*.

La opción contraria es la del *autocuidado de la salud*, que parte de enfatizar la salud por encima de la enfermedad: la comida y la vida sana, la tranquilidad emocional, el ejercicio cotidiano, las *limpiezas* periódicas con ayuno, jugos, temazcal, y ante molestias leves remedios caseros producto de la sabiduría ancestral, condensado en thés y

tisanas. Conocimiento expropiado y patentado por las industrias farmacéuticas, que ahora se dedican a denostar esas prácticas supuestamente peligrosas. Efectivamente la automedicación puede resultar peligrosa, cuando se recurre a fármacos, por el contrario los thés, las pomadas y cremas y los tópicos, difícilmente lo son. Aun así, aunque se cuide la salud, en menor medida, pero la gente igual se enferma y los profesionales de la salud son necesarios, pero el ejercicio médico mayoritariamente se ha convertido de un servicio en un negocio.

Todavía se encuentran muchos médicos servidores; es fácil reconocerlos, no sólo porque cobran menos, sino por la calidad de su trato y en este caso, calidad se vincula con calidez. Son los médicos que dedican suficiente tiempo a escuchar e indagar los síntomas del paciente, que conocen y recuerdan sus antecedentes, que se preocupan por la salud y no sólo por la enfermedad y también por la vida de quien los consulta, que pueden acudir al domicilio en caso de necesidad. Esos médicos no se hacen ricos en dinero, porque pueden dedicar una hora por paciente, y el día las tiene limitadas. No pueden ganar más, pues enfrentan un umbral donde para rebasarlo deberían disminuir la calidad de su atención. Pero son ricos en respeto y prestigio. Pueden tener un título universitario o no, pues en esta categoría se incluye a una serie de profesionales de la salud, que atesoran diversos conocimientos tradicionales, al igual que otros que también trabajan por la salud y no por la enfermedad, entrenadores, maestros de yoga y otras prácticas.

4.1 Necesidades cognitivas

El segundo grupo de necesidades, incluye las de conocimiento, las necesidades cognitivas. Nótese que se usa el concepto de necesidades cognitivas y no de educación o de capacidades como en las fórmulas de medición de la pobreza. La distinción resulta sustantiva, pues la educación se confunde con el sistema escolar, mientras que el conocimiento es mucho más que un grado académico concedido por una institución.

Para entender la amplitud de la idea de conocimiento, pensemos en un bebé que queda aislado, sin contacto humano: sería como una

animal, no podría hablar e inclusive caminar, como el niño lobo que se movía en cuatro patas como el resto de su manada.

El conocimiento implica el aprendizaje de la lengua, los modales, los hábitos, las creencias, las normas, los valores; todas cualidades indispensables para poder vivir en sociedad. A esos aprendizajes significativos se agrega la necesidad de conocer, que parece innata y constitutiva de los seres humanos. En cuanto los niños manejan el habla, comienzan a preguntar ¿por qué?; se le denomina la edad de los porqués. Es esta innata curiosidad, la cualidad especial de los humanos, que ha llevado a la invención de la ciencia, de la tecnología, pero también de la Filosofía, de la Poesía y de la Literatura. ¿Por qué si bebo esta hierba me pasa esto?, ¿por qué esa estrella cambió de lugar?, ¿por qué se caen las hojas en otoño?; preguntas de niños que pueden transformarse en conocimiento, en ciencia; que cuando obtienen respuesta, ya sea de parte de un adulto, o por medio de la experimentación (los niños son indiscutidos experimentadores) se convierten en *saberes*. La curiosidad no mata, como dice el refrán, la curiosidad es la madre de la ciencia.

El conocimiento, el saber, constituye una necesidad tan básica como comer, sin él no se puede ser un ser social, no se puede participar en la vida social, no se puede convivir. Desafortunadamente los medios confirman esta afirmación cotidianamente cuando presentan niños asesinos o con conductas antisociales, y en sus historias de vida aparece reiteradamente la falta de socialización.

La imperiosa necesidad del conocimiento, para poder vivir en sociedad, lleva a preguntarse cómo se satisface la necesidad de conocimiento y lo contrario, cómo se inhibe, cómo se aborta. Se aprende escuchando y actuando, desde la cuna, antes de saber hablar, el bebé puede aprender que si llora lo alimentan o que no, que al llanto no se responde con mamila y que ésta llega regularmente cada cuatro horas. Puede llorar para avisar que requiere ser cambiado. En esa situación tan simple no sólo reconoce el poder del llanto, sino que también va acumulando hábitos. Escucha y experimenta, intenta repetir los sonidos hasta que lo logra y articula una palabra.

Los sordos no aprenden a hablar. Por eso a los niños hay que hablarles, hablarles mucho, pues aunque aparentemente no entiendan, están asimilando. Cuando empiezan a hablar, es importante corregir la pronunciación, para ayudarlo a adquirir el habla (sin duda, hablarle al bebe como bebé, no es lo mejor, pues entonces no aprende). La sanción-estímulo opera hasta con los animales, y no significa ni represión, ni dulces: cuando se hace algo bien, una sonrisa, cuando se hace mal, un no, basta.

Se aprende imitando, haciendo las cosas que hacen los grandes, y preguntando por qué se le pone esto, o lo otro, y por supuesto experimentando. Por eso son tan hábiles los jóvenes con las computadoras, y por eso a veces provocan accidentes, pero el miedo al accidente no debería conducir a aniquilar la curiosidad. Se aprende jugando, es donde se forman las categorías básicas del pensamiento, como la clasificación y la distinción por tamaño, por color, por función.

¿Qué ofrece el mercado y qué ofrece el Estado? En primer lugar la confusión semántica antes mencionada, confundir la necesidad de saber y de entender, con el acto de recibir educación formal, es decir, de ir a la escuela. Ir a la escuela está bien, debería ser el espacio donde se experimenta sistemáticamente; por ejemplo: entender por qué en el castellano el adjetivo va después y no antes del sujeto. Una construcción gramatical, que ejecutan en la práctica, pues aprendieron a hablar. Pero no sucede así, la escuela difícilmente promueve la experimentación, es memorística. La escuela no estimula la curiosidad y el interés, sino que aplica el criterio de autoridad: así es, porque es así.

Pero aún más preocupante es olvidar que el saber constituye una necesidad vital, necesidad sustituida por la idea de *empleabilidad*, o el *desarrollo de capacidades*, para el empleo. Hoy en día, resulta frecuente escuchar tanto a madres como a los propios educandos, repetir que: “es necesario estudiar porque en cualquier empleo piden mínimo secundaria”. Esta afirmación supone que confunden el conocimiento con un papel que diga diploma de... La Filosofía —literalmente el amor al conocimiento— parece haber muerto, tal vez por eso su enseñanza desaparece de los programas de estudio. Se estudia para tener un grado académico, no para aprender, y las escuelas se

transforman en *fabriquetas de graduados*. El resultado de convertir a los alumnos en clientes, como proponen las modernas políticas de NGP (Nueva Gestión Pública), es que, en la medida en que los alumnos pagan por su formación, se consideran con derecho a tener el papel. Pagan por el título, por el grado, para mejorar el *currículum*, no para adquirir conocimientos. La satisfacción del cliente, en muchos casos degrada la calidad de la educación. A los docentes se les *exige*, que pasen a cierto porcentaje, o en sentido contrario, se les impide reprobar a alumnos que pagan, pues disminuiría el ingreso de la institución, de esa manera van pasando estudiantes sin preparación, y a la larga, obtienen el título personas sin la formación y el conocimiento necesarios, como dice el refrán: *hay doctores sin título, y títulos sin doctores*.

El proceso comenzó con la burocratización, al delegar en alguien que se suponía preparado de manera especial, el maestro, una función que compete a la familia, a los amigos, a la sociedad. La función educativa transferida a la escuela, cuando no a las pantallas (antes de la TV, hoy de la computadora). Pero la tendencia a la enajenación de la educación llegó a su máxima expresión con el neoliberalismo que, como en todos los aspectos, propone que la educación constituye un negocio, en el que las escuelas ofrecen un producto, el grado, y los alumnos son los *clientes*. Bajo este concepto, el producto, o sea el *grado*, será más vendible si la profesión tiene demanda, eso es la *empleabilidad*. La sustitución del deseo de conocimiento por el deseo de *empleabilidad*, y éste con el sucedáneo de un buen ingreso, reduce a la persona a un productor de dinero, y le quita el ejercicio del pensar, del crear, y por consiguiente, de trascender.

El cambio de fines no sólo tergiversa y confunde la necesidad de conocimiento con la de empleo, resulta igualmente una quimera, una *mentira*. El grado no garantiza nada, como lo demuestra la enorme cantidad de graduados sin trabajo. Si se consigue trabajo, por lo general el ingreso, no compensa la inversión realizada en la obtención del título, sobre todo si fue en una universidad privada o en el extranjero. El colmo de los colmos, en relación con la confusión entre saber y empleabilidad, lo proporciona una escuela primaria de Puebla, que se anuncia ofreciendo: *orientación de negocios desde kinder y aprendizaje de chino, pues es el lenguaje de aquellos con quienes se concreta*

rán los negocios del futuro. La realidad es que los pocos puestos con elevados salarios, son aquéllos que implican el desarrollo de nuevas cosas, tecnologías, procesos, ideas, y para obtenerlos hace falta ser creativos, imaginativos, curiosos, tener mentalidad de investigación, no un grado.

De la perversión de la educación muchos son cómplices; no sólo Elba Esther Gordillo⁷, también la burocracia educativa, pues para que México ocupe un mejor lugar en los estándares internacionales, le apuestan a incrementar los índices de desarrollo. Al hacerlo sustituyen los logros reales por logros estadísticos. Por eso exigen, a las escuelas de todos niveles: índices de *retención, de aprobación y de eficiencia terminal*. Las escuelas, a su vez, presionan y sancionan a los maestros, para lograrlos y éstos optan por pasar a los alumnos, sepan o no sepan. Imponen la cultura de la *simulación*, porque importan más los índices e indicadores que el conocimiento en sí. Son cómplices las escuelas que, al considerar a los alumnos *clientes*, y el cliente siempre tiene la razón, les *venden* títulos. Si los reprueban pierden un cliente, que se va a otra escuela más *barco*.

Pero también se convierten en cómplices los padres cuando avalan y reproducen el argumento del conocimiento por la empleabilidad, en vez de estimular el deseo de conocimiento por el conocimiento mismo, por el placer del conocer. Tiene responsabilidad la cultura de la falsa amabilidad que reprime la pregunta: “niño no sea grosero, no ande de preguntón” y que considera conflictivo a quien discute. Es complementaria la idea de la especialización, entendida como mutilación, y orientada a desarrollar “capacidades y habilidades” para que los habilitados operen una tecnología que desconocen, obreros del conocimiento, que no tienen los elementos analíticos y críticos para cuestionar dicha técnica. En nombre de tal especialización se suprimen de la *currícula* académica materias formativas, necesarias para desarrollar las capacidades analíticas y críticas, como lógica, filosofía y civismo, y se desprecia la historia y las ciencias del hombre. Pero por sobre todo, la responsabilidad compete a un modelo que privilegia el lucro por sobre todas las cosas, pretendiendo convertir a la vida en

⁷ Líder Magisterial.

un negocio. Modelo impulsado por las trasnacionales que dominan al mundo, hoy llamadas eufemísticamente *poderes fácticos*.

El conocimiento constituye una necesidad humana, no sólo para conseguir empleo. Proporciona sentido a la vida, es condición de libertad y felicidad. Cuando se anula el deseo de conocimiento, al castigar la curiosidad, el deseo de preguntar, el deseo de cuestionar, de experimentar, se está limitando una parte de la vida. Con un libro se puede viajar, se puede reír, se puede llorar.

Por eso, porque el concepto de conocimiento se ha desvirtuado y ha sido expropiado por el gremio pedagógico, como los únicos oficiantes, es que las organizaciones sociales y algunos de los estudiosos del tema, han tenido que recurrir a un nuevo concepto, el de *saberes*, y a una nueva metodología, la de *campesino a campesino*.

La idea de *saberes*, alude al conjunto de conocimientos que tiene la gente por tradición, basados en la observación y la experimentación. Saberes que los *dueños de conocimiento* desprecian o ignoran, porque supuestamente no han sido probados científicamente o porque quienes los poseen carecen de título. *Saberes* ancestrales, de enorme sabiduría que se transmiten de padres a hijos, de abuelos a nietos. *Saberes* en riesgo de desaparición, porque se corta la cadena de transmisión generacional, cuando la escuela desacredita los conocimientos no escolarizados. El método de *campesino a campesino*, restituye la idea de búsqueda en común y el concepto de *pares*, en contra del criterio de autoridad “supuestamente” científica, avalado por un título universitario.

La confrontación entre “conocimiento científico” y “conocimiento tradicional”, proviene de la Ilustración, cuando se creó esta visión de lucha entre el conocimiento que ilumina, contra la oscuridad de la superstición y la superchería, propia del fanatismo religioso. Los pensadores de la Ilustración desecharon, junto con el dogmatismo religioso, al pensamiento tradicional. Colocaron al conocimiento académico en la cúspide, y al de la gente en el nivel más bajo. Al hacerlo, no sólo se empoderaron y apropiaron del conocimiento supuestamente legítimo, sino que, además, dejaron de considerar, que parte de esos conocimientos, también era resultado de la experimentación y la observación.

Tanto la revaloración de los *saberes*, como la *metodología* de campesino a campesino, refrescan la concepción del conocimiento, pero siempre y cuando se orienten a reforzar las capacidades analíticas y críticas, y por lo tanto la conciencia. Cabe mencionar que en ocasiones se acepta el conocimiento tradicional por tradición, sin cuestionar. Se cierra, de esa manera, la espiral del conocimiento, pues el conocimiento siempre se basa en la duda, en la búsqueda. El conocimiento es y debe ser dialógico, abrirse a la discusión con otros conocimientos, con otros saberes. De campesino a campesino, pero también de campesino a profesional, y de profesional a campesino.

El actual sistema confunde *conocimiento* con *educación*, pero no es una confusión inocua, induce una confusión *perversa* y mal intencionada. Si bien la educación es aparentemente reconocida como una necesidad básica, en realidad se niega la necesidad del conocimiento, cuando se sustituye por la obtención de un grado, y éste en función de encontrar trabajo. Ahí es donde se encuentra la falacia, porque si la gente consiguiera un buen trabajo, sin necesidad de un título, entonces la escuela vendría sobrando, no sería necesaria. **Cuando se sustituye el conocimiento como fin, por el empleo como logro, se está —una vez más— colocando como único fin de la vida humana, la obtención de dinero y negando la existencia del conocimiento como necesidad humana.** La supresión intencionada del conocimiento como necesidad humana esconde intenciones aviesas. ¿Quién se beneficia de mantener a la gente en la ignorancia, o cuando menos en el analfabetismo funcional; con certificado de estudios, pero sin capacidad de entender lo que se lee?⁸ Mantener a la gente en la ignorancia, se relaciona con el ejercicio del poder, con la capacidad de dominio.

El conocimiento es y seguirá siendo una necesidad de los seres humanos, una necesidad de la que depende la posibilidad de comunicación, de interacción, de integración y de participación en sociedad, que sólo en una mínima parte se satisface con la escuela. Los principales espacios para la adquisición de normas, valores, hábitos, destrezas y conocimientos, son los vinculados con las relaciones sociales, en primer lugar

⁸ Como demuestran los recientes resultados de la prueba PISA, en México, en los que se evidenció el alto número de estudiantes que no entienden lo que leen.

la familia, empezando por la nuclear y siguiendo por la extensa, seguidos de las instituciones comunitarias y los espacios lúdicos.

Es en la familia donde se aprende el lenguaje, que implica las estructuras gramaticales (no en la escuela), y si la familia tiene poco vocabulario, los hijos también. En la familia se aprenden los hábitos de higiene, de horarios, de lectura. Se aprende a vestirse y arreglarse, pero también a vestir y arreglar la casa, y eso implica patrones estéticos y de orden y limpieza. En la familia se aprende a trabajar, ayudando a los mayores, pero también se imitan las conductas en relación con el esparcimiento: el hábito de la lectura, el disfrute de un tipo de música o de otra, el ejercicio físico como disciplina. En la familia se aprenden las normas de cortesía (la palabra mágica), las de conducta (algunas buenas, algunas malas: como la de reprimir la curiosidad: no sea grosero, no pregunte), los modales y también la estética en colores, sabores, en gustos musicales; pero sobre todo se aprenden los valores, y no me refiero a algo abstracto, místico y lejano. Por valores me refiero a qué se concede valor, qué se valora lo suficiente como para invertir tiempo en ello: ¿al dinero?, ¿el conocimiento?, ¿ser valiente?, ¿la familia? o qué.

En la familia y con los amigos, se aprende a qué vale la pena dedicarle tiempo, si a jugar en grupo, a leer, o a perder el tiempo frente a la TV. En la comunidad, cuál es el trato correcto entre vecinos: si de colaboración y favores, de conflicto, o aislamiento. En los juegos se asimilan normas, la existencia de reglas, se aprende a perder y ganar. Es mucho lo que se aprende fuera de la escuela. La mayor parte de los conocimientos para la vida se aprenden fuera de la escuela.

La pregunta aquí es si estas instituciones sociales siguen cumpliendo su función en la trasmisión de conocimientos, y la respuesta es: **cada vez menos**. La convivencia en la familia es menor (por horarios, distancias y actividades), el espacio de la convivencia en la mesa tiende a desaparecer, y cada miembro a aislarse en su cuarto con su propia comida y su propia pantalla, y la de la calle, con los amigos, limitada por la inseguridad. La pérdida de los espacios de socialización no sólo suprime el lugar donde se habla, se comunican problemas, logros o anécdotas; también suprime el espacio donde se aprenden modales, gustos y hasta lenguajes.

Tampoco se aprenden las actividades cotidianas ayudando a los padres, porque los padres ya no trabajan en la casa, son asalariados (si tienen suerte), tampoco se produce en casa, se cocina cada vez menos, la comida se compra hecha, no se escuchan las historias de los abuelos, porque los abuelos no caben en los departamentos modernos, las calles son demasiado peligrosas para los juegos socializadores. Los vecinos ni se conocen. En el contexto de la pérdida de vínculos relacionales, de la familia, con los vecinos y con los amigos, la influencia de las pantallas se agranda, es en las pantallas —la de la televisión, de la computadora y la de los teléfonos celulares—, dónde se aprende el lenguaje las normas, los valores: y ¿qué se aprende? Buena parte de los contenidos de los medios masivos de comunicación no fomentan el amor al conocimiento, sino las conductas violentas, competitivas, el entretenimiento vacío y el consumismo, que son las características que el sistema necesita de sus miembros.

Si a la escuela, el servicio militar y los hospitales, Foucault (1976) los catalogó como instituciones disciplinarias, responsables de moldear a los trabajadores, para adaptarlos a los ritmos y tiempos de organización científica del trabajo, hoy en día pareciera que compete a los medios masivos de comunicación privados, el papel de aparatos ideológicos del sistema neoliberal, destinados a moldear a los ciudadanos-consumidores.

Los medios como instituciones disciplinarias

América salvajeando (*Wilding America*) es el título elegido por Derber (2006) para correlacionar los mensajes de los medios con el incremento de la violencia en EUA. El discurso comienza, muy al estilo norteamericano para los textos de divulgación sociológica, con ejemplos brutales, salvajes e impactantes, que suponen la ruptura de normas profundas, y en cierto sentido sagradas, de parentesco, como los casos de hombres que asesinaron a sus parejas embarazada, para cobrar el seguro; la madre, llorando frente a las cámaras por la desaparición de sus hijos y convertida en personaje célebre por la TV, hasta que se descubrió que ella los había asesinado para quedar libre de tener una relación con el hijo de su patrón; o los dos hermanos

que no esperaron a heredar naturalmente y se desembarazaron de sus padres. El autor se pasea por tales situaciones brutales para demostrar que en ninguno de los casos se trata de monstruos anormales, sino de sujetos que, simplemente, siguieron el mandato de los medios en cuanto a que todo se vale; se adaptaron a las reglas de la competencia y de la sobrevivencia del más apto.

El análisis de la formación de la conducta salvaje, competitiva e inhumana, incluye el examen de los medios que inciden sobre la constitución del habitus salvaje, entre ellos los videojuegos donde los niños pueden acompañar al general Custer en la violación de una mujer aborigen (Video Custer's revenge), incorporarse a las fuerzas de seguridad y participar en guerras o combates, o levantar a una prostituta, tener sexo, y luego asesinarla para recuperar su dinero (Video Grand Theft Auto III). El juego resulta tan eficaz para lograr un aprendizaje significativo que se ha incorporado a los planes de adiestramiento institucional: el ejército norteamericano está desarrollando sus propios videojuegos como America's army, grupos neonazis, como la Alianza Nacional, tienen videos de adiestramiento como Ethnic Cleansing (limpieza étnica), donde el jugador recorre las calles asesinando a negros, latinos y orientales. Los videos no carecen de los elementos centrales de la violencia salvaje, sexo, racismo y violencia. De los videos como aprendizaje, Derber pasa a los programas de televisión como los reality shows, para luego abordar sus consecuencias, sobre todo, cómo en la vida real se aplican conductas

El avance de la epidemia de violencia esta moldeada menos por el porcentaje de sociopatas, que por la sicopatía de las elites y las reglas del juego del éxito que promovieron. Una sociedad 'salvajeando' es aquella en la cual la conducta salvaje es un camino a la cima, y donde es difícil distinguir el éxito legitimo del arte de la competencia dentro o fuera de la ley.

(Traducción mía)
Derber, 2006:14

incorporadas jugando u observando la pantalla. Conductas aprendidas en la inocente diversión.

Revisando estas nuevas formas de socialización, Derber demuestra que las conductas sicopáticas no constituyen excepciones o casos anormales de conducta, sino una forma socialmente prescrita de conducta antisocial, modelada desde arriba y reforzada por las reglas del juego del libre mercado. Los niños que pasan horas en los video-juegos asesinando enemigos, se están entrenando para entrar al narco.

Frente a una realidad donde el empleo resulta crecientemente escaso y demandado, sólo los extremadamente violentos, competitivos, descarnados e inmorales, podrán sobrevivir en el puesto, es el mensaje implícito en los inocentes juegos y en los concursos. Desde la tierna infancia las caricaturas y los videojuegos van moldeando a los sujetos para vivir en la jungla y adaptarse a la ley de la sobrevivencia del más apto.

Big Brother, exitoso reality show que acaparó audiencia durante varias temporadas, con réplicas en diferentes países, constituyó todo un modelo de aprendizaje de conductas adaptativas. Los personajes, aislados en una casa, compiten en diferentes pruebas o concursos para incrementar sus condiciones mínimas de subsistencia. El núcleo competitivo no radicaba tanto en estos concursos, como en que, del grupo inicial, se irán eliminando uno a uno a los más débiles. La asociación o ayuda entre los participantes permanece vedada y un componente importante lo constituyen las conversaciones en privado (como en un confesionario), con el bigbrother, donde las delaciones y traiciones no sólo se encuentran permitidas sino alentadas. Entre el misterioso y desconocido Bigbrother y los reclusos media la big sister (metáfora tal vez de la mediación de la virgen). Bajo la mirada panóptica del BB y de las cámaras, los mínimos movimientos, los actos íntimos se tornan públicos. En la eliminación de candidatos, los espectadores podían sumarse a la orgía canibalística, de suprimir a los débiles, mediante una llamada para emitir su voto, eso sí, con costo. Derber interpreta la fascinación de participar votando, como

la posibilidad de los débiles de ejercer poder sobre otros, sin riesgo. La frustración de sentirse perdedor, se canaliza al convertir en perdedor a alguien, que además es bello, joven y aparece en las cámaras. Con similar formato, otros reality show, repiten la metáfora de la sobrevivencia del más apto, como *Lost*, la isla, *Sobrevivientes*, colaborando a naturalizar las conductas competitivas. Inclusive los supuestos programas cultos —aquellos a los que las personas recurren como justificación de la adicción a la caja idiota, noticieros y programas científicos, como los de etología, *Animal Planet*, *National Geographic*—, enfatizan las conductas destructivas y competitivas del mundo animal, enraizando la competencia en el orden natural. No pretendo abordar la discusión sobre si los seres humanos son competitivos y violentos por naturaleza, o si por el contrario son naturalmente sociables, eso sería caer en el campo de las esencias. La cuestión innegable es que violentos o asociativos, una de las características de la vida humana ha sido, parafraseando a Godelier (1989), que el hombre construye la sociedad para vivir en ella y esa construcción se ha caracterizado, en la generalidad de los casos, por definir normas, instituciones, rituales y discursos míticos y religiosos, para evitar los actos disolventes y promover los integrativos. Valga esta disgresión para sostener, el argumento contrario, que las tendencias violentas, competitivas, y destructivas del orden social, también pueden ser inducidas, creadas, como es en el caso del estímulo a la competencia por parte de los medios de comunicación en su versión corporativa.

En el modelaje del sujeto posmoderno, operan como razones suficientes, por una parte, la violencia y por la otra el miedo. Buena parte de los noticieros, centrados en notas rojas y el catastrofismo, inducen la sensación de inseguridad, el deseo de encierro, protección y aislamiento ante un exterior constantemente amenazante. Estimulan y retroalimentan al trabajador aislado, encerrado, cuyo único contacto se produce a través de la pantalla con la que se comunica, trabaja, chatea, tiene relaciones sociales y sexuales, mientras simultáneamente consume desafortadamente.

4.2 Necesidades emocionales y de estima

No se puede vivir sin amor, sostenía Malcom Lowry, en su famosa novela *Bajo el Volcán*, y es cierto, ni los animales pueden vivir sin amor. Quien conviva con animales sabrá cómo reclaman el cariño, la caricia de sus amos, mientras por el contrario los perros y los gatos callejeros se vuelven hoscos, ariscos para generar miedo, y como mecanismo de defensa. Hasta las plantas crecen mejor con palabras cariñosas. Es la mirada de los otros la que nos proporciona identidad, lo que nos hace existir.

El afecto, la amistad, el amor tanto de la familia, como de la pareja, o los amigos, y la reputación, **nutren**, satisfacen las necesidades emocionales y de estima; y ninguna de ellas se adquiere en el mercado o con dinero. Cuestan tiempo, dedicación y reciprocidad. A los amigos hay que verlos, escucharlos, estar con ellos; con la familia hay que tener espacios de convivencia, y las relaciones de vecindad requieren instituciones que proporcionen instancias colectivas de participación.

Con el ritmo de vida que impone la sociedad de consumo, poco y mal se satisfacen las necesidades emocionales y de estima. Esto es paradójico, pues cuanto más arriba se encuentra alguien en la pirámide social, más se sufre la soledad, y es en gran parte la razón por la que el índice de felicidad es mayor en los considerados pobres. Tal constatación proporciona la razón a Marcos Arruda cuando sostiene que enfrentamos una crisis civilizatoria porque *quienes tienen más bienestar sufren más malestar* (Arruda, 2004).

Imaginemos un día en la vida de un *ejecutiv@*: se despierta temprano pasa de su casa a la cochera, toma su coche abre la puerta con un control automático, toma una vía rápida que pasa por lugares sin nombre y lo único que ve a su alrededor son otros carros con gente igualmente solitaria; llega al estacionamiento de su oficina donde se identifica digitalmente o con tarjeta, entra en un elevador para llegar a su oficina, cada día más con forma de pecera, donde se instala frente a su computadora para interactuar en red, o con videoconferencias a través de la pantalla. Al concluir su jornada laboral, si requiere comprar algo, se detiene en un centro comercial, en un enorme estacionamiento, ingresa en una tienda donde recorre las góndolas con un

carrito, y las únicas palabras que intercambia son: “¿Encontró todo lo que buscaba?”. Llega a su casa y si no está divorciad@ y tiene familia, aun así lo más probable es que se instale frente a otra pantalla con un trago en su mano. En todo el día sin un sólo contacto humano físico, tal vez piense: *menos mal que tengo perro*. En el trabajo, donde permanece la mayor parte del día, podría tener amigos, sin embargo la norma laboral es la competencia, por lo tanto, las relaciones laborales se encuentran signadas por la desconfianza, ante quienes pueden codiciar su posición. Es más, desde hace años se han eliminado los festejos, en las oficinas, con la excusa de que se pierde tiempo, pero los especialistas en recursos humanos, reconocen que el verdadero motivo es que no conviene a la competitividad, el fomentar las complicidades entre trabajadores basadas en relaciones de amistad. Puse como ejemplo un alto ejecutivo@, pero cambiemos el coche y la cochera, por el metro y el bus y la descripción cuadra para muchos otros trabajos.

Las ciudades posmodernas y *dizque* desarrolladas, se encuentran plagadas de *no lugares*: espacios muy parecidos en cualquier parte del mundo, con las mismas tiendas, el mismo olor y hasta el mismo ensordecedor bullicio. La gente suele recorrer sus pasillos durante horas, a veces sin comprar nada y sin interactuar con ninguna persona, como *zombis* caminando en silencio, alimentando el deseo de consumo. Son *no lugares* por eso mismo, por carecer de personalidad, contrariamente los *lugares* tienen su carácter, su personalidad. Los centros comerciales, *shopping, mall*, son *no lugares*, pero también los aeropuertos, las vías rápidas, los *multicinemas*, los hoteles de cadenas, todos esos espacios clonados, sin personalidad, ni identidad, fuera del tiempo y el espacio, iguales en México que en Taiwán, de día y de noche, con los mismos productos, las mismas marcas, los mismos negocios. No importa que los fastidiosos intelectuales denuesten a *las plazas* como *no lugares* y denuncien a los publicistas como manipuladores, si el consumidor como buen converso, asume el *deseo de desear*, como su nuevo credo, y se somete voluntaria y deliberadamente a aquello que le provoca deseo.

Nadie obliga al consumidor a asistir al centro comercial. No sólo asisten voluntariamente sino que lo asumen como el *paseo*, el *lugar de entretenimiento*. Asisten, independientemente de que puedan o

no comprar, y permanecen allí durante horas recorriendo los pasillos mirando, tal vez consumiendo un helado, como si el mirar los escaparates fuera en sí mismo una diversión. ¿Qué hacen, las personas, en esos lugares anodinos, artificiales, plásticos, templos del consumo, si no pretenden o pueden consumir? Ciertamente, aunque no se trate de un acto deliberado, concurren para provocar el deseo, para excitar el *deseo de consumo*, se someten voluntariamente a la ley del deseo. Miran, pues el mirar implica la *promesa* de un consumo posible, derivado a futuro, nunca representado como imposible, nunca totalmente denegado, siempre prometido, aunque nunca pueda ser cumplido. La promesa supone la felicidad como sueño, algo así como la moneda del avaro, la imposibilidad de que compremos con ella alguna desilusión.

El consumidor compra revistas que muestran objetos del deseo, a los que nunca ha de acceder: casas de 12 millones de dólares, coches y yates de lujo, vestidos estrambóticos de la moda de las pasarelas, imposibles e *imponibles*, para las mujeres comunes y corrientes, diseñados para las anoréxicas, de más de 1,80 y 40 kg, o para mantenerse inmóviles, sin respirar o caminar. Pero esta explicación evidentemente no es compartida por los millones de mujeres que compran las revistas y se imaginan portando uno de esos modelos. La imposibilidad de cumplir el deseo coloca a lo deseado como *más allá de lo real*, y más allá significa trascendente, el *deseo* de esta manera se *sacraliza*. El consumidor ideal, el siempre dispuesto al acto de consumo, el siempre deseoso de un nuevo objeto, es un adicto, alguien que se vuelve dependiente del acto de consumo.

No lugares tan diferentes de los mercados tradicionales donde uno se convierte en *marchantita*, donde se tiene identidad, donde a cada paso es invitado a probar y se convierte en espacio festivo. Tan diferente a la tienda de barrio donde atiende alguien con nombre y con historia, que además sabe nuestro nombre y nuestra historia, que incluso puede convertirse en depositario de alguna tribulación cuando necesitamos desahogarnos, fiar o hasta prestar en una emergencia.

Los pobres son más felices por que les sobra contacto humano, a veces son víctimas del excesivo control social: viven en familias ex-

tensas, donde convive más de una generación, o al menos próximos de los parientes, se conocen con los vecinos, tanto como para ser víctimas de los chismes. Pero sobre todo, las relaciones de parentesco y de vecindad, suponen una agitada vida social, si no es un cumpleaños, es un santo, o un bautizo, si no la fiesta patronal, el carnaval, la fiesta del pueblo. No hay mes sin una celebración y en algunos lugares las celebraciones exceden los días del año.

La visión liberal, desde hace mas de 100 años, culpabiliza a la *fiesta* por la falta de ambición de los mexicanos, pero no es el único caso, recientemente escuché a un gobernante español decir lo mismo de sus compatriotas, consideran que estimula la *flojera*, es la causa de que no trabajen, de que no ahorren, al contrario de los austeros protestantes que consideran al trabajo constante una forma de ganar el cielo. Esa idea, contraria a las fiestas, motivó a los laicos liberales como Benito Juárez, o Lázaro Cárdenas, a invitar a los protestantes a México. Pretendían que inculcaran la mística del trabajo, la valoración del ahorro, y el esfuerzo personal es decir el individualismo, en detrimento de las relaciones comunitarias. El primero, Benito Juárez, también trató de acabar con las lógicas comunitarias para imponer la propiedad privada.

Sobre este tema: las ventajas y desventajas del comunitarismo y las relaciones sociales intensas, se ha escrito y se puede escribir mucho más; en este espacio incluiré sólo dos argumentos más: las relaciones sociales intensas proporcionan un espacio para hablar, descargarse, compartir los problemas, para relajarse y descargar tensiones, para compartir afectos, emociones y sensaciones, intercambiar ideas y opiniones, es decir que *des-estresan*, aportan afecto y salud emocional. ¿Cuánto costarían esos servicios en el mercado? nomás basta calcular el gasto semanal del psicólogo o psiquiatra, el yoga y el gimnasio, entre otras de las ofertas del mercado para des-estresarse y mantener el equilibrio emocional. Todo eso lo proporciona la fiesta, además del apoyo que suponen las relaciones sociales.

El segundo argumento no es mío y tiene más de 100 años: cuando Durkheim inauguró la ciencia social al correlacionar diferentes datos estadísticos con el suicidio, comprobó que a mayor cantidad de lazos familiares, relaciones y dependencias, menor era la tasa de suicidios.

La familia es una lata, los hijos traen problemas, los vecinos pueden ser unos metiches y chismosos, pero proporcionan el afecto, la amistad, el contacto sin el cual los seres humanos no podemos vivir. Un ser humano sin afecto se deshumaniza, se vuelve víctima de una enfermedad perniciosa, que corroe la persona: la soledad. No resulta extraño que sus víctimas busquen el escape a la soledad en los paraísos artificiales, la droga y el alcohol. Se entiende ahora por qué son más felices, aquellos a los que el sistema considera pobres: tienen muchas fiestas, mucha familia, muchos amigos y eso proporciona felicidad. En todas las sociedades hay suicidas y conductas autodestructivas. Esto es un hecho, pero también es posible medir la frecuencia de los actos autodestructivos y de acuerdo con la investigación pionera de Durkheim, a menor cantidad de lazos sociales, mayor es la necesidad del escape.

Otro componente importante en el nivel emocional es el nombre, la identidad, es decir el prestigio, los psicoanalistas dirían el *ego*. El espejo en el que nos miramos, lo que la gente dice de uno y que queremos que digan, aquello que produce orgullo, lo que se desea *presumir*. La sociedad actual sólo valora una cualidad, sólo un elemento da prestigio, el dinero. Si alguien cambia de trabajo o recibe una promoción, lo primero que se le pregunta es cuánto va a ganar. De ahí que personajes como las estrellas de deporte o del espectáculo sean motivo de admiración, de amor, de envidia, pero también es el motivo por el que se admira a los *narcos*.

Si alguien produce un libro no importa la profundidad o la calidad de la investigación, sino cuánto se ganó, un cuadro en cuánto se vendió. Bajo el actual modelo sólo existe una medida del valor: el dinero. Eso explica por qué mucha gente —sobre todo hombres—, prefieren un coche caro y lujoso a invertir en mejorar la casa donde se habita. Esa preferencia se explica, en tanto el coche va con él, es su tarjeta de presentación y esa presentación significa: miren el modelo que me puedo comprar, porque tengo dinero. En cambio la casa, el lugar de refugio, de convivencia, de descanso, puede mantenerse discretamente oculta, para no ser juzgados por ella.

Otro indicador que sirve para ostentar el éxito económico y el *status* social son las marcas. Si alguien compra y exhibe un *Rolex*, un

traje *Armani* o una bolsa *Prada*, no tiene que ver con la calidad o la durabilidad –quizás–, tal vez con el diseño; se muestran porque sirven como tarjeta de presentación: “tengo el suficiente dinero para darme ese lujo”. Como decía el Principito: los grandes sólo entienden de números. Pero el dinero no tiene por qué constituir la única medida de valor. Hay sociedades y todavía personas que valoran la generosidad, cargos ejercidos en favor de la comunidad, o el talento en el desempeño de alguna actividad. En las sociedades tradicionales se valora la generosidad, la prodigalidad, por el prestigio que representa.

4.3 Necesidades de crecimiento y trascendencia

El último grupo de necesidades son las de *crecimiento*, de realización, las que tienen que ver con el *espíritu*. Hablar de espíritu no necesariamente tiene connotación religiosa, aunque para algunos sea lo mismo. El espíritu es la cualidad y la capacidad que tienen los seres humanos que realmente los diferencia del resto del reino animal. Desde hace milenios se busca el indicador que mostraría el punto en el que del primate, del homínido, surgió el hombre.

La lengua fue descartada cuando se descubrieron los lenguajes animales, no hablemos de las emociones, los afectos y hasta las cualidades morales que compartimos con la mayoría de los mamíferos, y aparentemente también con aves y algunos animales de sangre fría. El *homo faber* no sirve porque hay primates *faber*, paquidermos *faber*, entre otros animales capaces de hacer y usar herramientas.

El *zoon politicón*, es decir la capacidad de vivir en sociedad, se encuentra cuestionado por la existencia de capacidades análogas en hormigas, abejas y diferentes clases de manadas de animales, con normas, reglas, jerarquías y *status*. Pero ninguna clase de animal puede imaginar la vida después de la muerte y poner una ofrenda en un entierro para la vida posterior; invocar al espíritu de su pieza antes de cazarla, o crear una mitología. El signo distintivo de la humanización es la capacidad de trascendencia, los seres humanos son *homo symbolicus*. Sólo los seres humanos hacen obras para la eternidad. El arte, la filosofía, la literatura son la expresión de ese deseo de trascendencia. Ni el dinero, ni los bienes de *obsolescencia programada*, destinados a ser desechados, satisfacen la necesidad de trascendencia.

Utilizo el pasado deliberadamente para señalar la pérdida del sentido de trascendencia sustituido por el utilitarismo.

La pregunta es: ¿cómo se satisface la necesidad de trascendencia? El pensamiento religioso responderá inmediatamente que con la *fe*; la creencia en uno o varios seres superiores, o ente superior, Dios o Dioses, Gaia, la energía y la vida después de la muerte. Tal fórmula funciona para muchos, sobre todo si la creencia va acompañada de dedicación fervorosa y por dedicación fervorosa me refiero a compromiso militante. La versión simplificada sería la beata, que no sale de la iglesia, pero más eficiente es comprometerse con una causa, desde asistencial, como cuidar huérfanos hasta causas políticas. Los sujetos necesitan encontrar sentido a la existencia. Otro sentido de trascendencia, es el que se vincula con el servicio, con ser útiles y con la *obra*, sin necesidad de recurrir a la idea de Dios.

El dejar en el mundo una obra que *trascienda* el periodo de la vida del autor, que subsista después que su autor muera, parece consustancial a los seres humanos. No sólo ahora, que se practica el culto al autor, inclusive cuando los artistas eran sólo artesanos o trabajadores, dejaban su huella en la obra, aunque fuera oculta. El saber que la obra permanecerá, constituye un alimento para el espíritu que genera satisfacción. Desde la psicología se ha analizado como un fenómeno de *proyección*. El creador se proyecta en su obra, porque esta se vuelve una extensión de su persona, y cuando la persona ya no está, la obra queda. Por eso es trascendente: trasciende, va más allá del límite de la vida humana. ¿Estarán los lectores pensando en el laureado escritor, sus libros, las esculturas, cuadros? Pero no necesariamente la proyección opera sobre cualquier obra, la siente el que ve crecer los árboles que plantó y estarán allí después de su muerte, los padres en relación con los hijos, la bordadora con la blusa, el maestro con los discípulos. Una obra no necesita colgarse en un museo para ser obra y para que su autor experimente la trascendencia.

Esa identidad entre las personas y las obras está siendo mutilada sistemáticamente, provocando la falta de sentido de la sociedad actual. Por una parte el trabajo asalariado que separa el producto del productor, producto que en adelante pertenecerá al que pagó por su elaboración, que no lo hizo, de manera que ni el que aportó el

trabajo, ni el que lo posee puede identificarse con la obra, resultado del proceso de trabajo. Por otro lado, se encuentra la devaluación del trabajo manual, artesanal y el artístico. Cocinar, tejer, arreglar un mueble, son considerados pérdidas de tiempo, algo del pasado o propio de *pobres*, que no pueden comprar cosas hechas y más baratas. Conozco gente que, sin rubor, sostiene que no tiene por qué realizar labores manuales, ya que estudió; otros más aducen falta de tiempo, mismo que luego invierten frente a la *caja idiota*.

Pero la función del trabajo manual no es sólo la de producir un objeto utilitario, es una obra en la que el autor deposita una parte de sí –su subjetividad–, algo que produce orgullo, placer, por lo que significa, pero también durante el proceso de producción. Cualquiera que aún realice esas *antiguallas*, antes mencionadas, como guisar, tejer o hacer carpintería, sabe que son agradables, que mantiene la atención, que des-estresan y son divertidas. Además, el producto no es lo mismo; definitivamente no tiene el mismo valor simbólico el suéter que con amor tejió la abuela, que el comprado en el tianguis. Para entender este valor simbólico pensemos qué se siente si se pierde uno u otro. Como no es lo mismo la comida hecha con amor que la calentada en el microondas. Ni la tortilla MASECA es igual a la de la milpa.

Algo similar sucede con la actividad artística, desechada por implicar *vocación de pobre*. Se nota el desprecio en la mirada del otro, cuando alguien menciona que es artista o que estudia arte, a menos que sea una *estrella de televisa* o del cine, de quien se supone gana fortunas. Yo misma lo viví, cuando la hermana de una amiga con mucho orgullo contó que su hermana primero había estudiado derecho y luego antropología, al mencionar la segunda carrera el que escuchaba torció la boca (yo la hubiera torcido por derecho), pero lo hizo al escuchar Antropología. Antropología, Sociología, Filosofía, Letras, son carreras que provocan mueca de desprecio por mal pagadas. En cambio se valora a un jugador de fútbol por sus ingresos y se promocionan las carreras en función de la empleabilidad.

El orgullo, la satisfacción que se proyecta en la obra y que proporciona identidad a su autor, es sustituida por la portación de marca y el consumismo: la intensificación radical y perversa del consumo, transformado en *consumismo*, donde la compra de un objeto deja

de relacionarse con la satisfacción de una necesidad, sustituida por la necesidad comprar en sí misma, con independencia de su relación a otra necesidad, pero además, el ingresar en el círculo de comprar-des- echar-recomprar, para que la máquina –monstruo-industrial– siga produciendo.

El consumidor es a la posmodernidad lo que el trabajador fue a la modernidad. La transformación del trabajador en consumidor implicó, e implica aún, una verdadera mutación cultural, que transcurrió imperceptiblemente, sin que nos diéramos cuenta: un cambio en los valores, impulsado por la ideología del *confort* y el consumismo. Para convertir al trabajador en consumidor se han estimulado las conductas adictivas, la del consumismo, que al igual que otras conductas adictivas implica una satisfacción momentánea y efímera que requiere la repetición del acto, en este caso de consumo de manera incesante, en busca de satisfacción. El modelaje del consumidor-consumista, implicó asimismo, la anulación de los sistemas de consumo ritual y ritualizados que, al manejar la demora, incentivaban, al tiempo que postergaban, la satisfacción del deseo y lo inscribían en un ritmo ritual. Contrariamente, la satisfacción instantánea requiere de la reiteración del acto de consumo, sin que se logre la satisfacción deseada. El consumista se transforma en un permanente insatisfecho, en la búsqueda de un nuevo consumo. La satisfacción efímera proporcionada por el consumo banal, lo convierte en un adicto.

¿Cómo se logró esta actitud de desprendimiento ante los objetos?, ¿cómo se logró su carácter efímero? El *objeto de consumo* no estaba separado de la relación social, formaba parte de la vida social; el *consumo* era un *consumo social*, desde la comida, donde el reparto de las piezas de caza, recolección o cultivo, guardaba un orden ritualizado, normado y pautado. Constituían, por lo tanto, un acto social, desde el vestido, cuyo uso y estreno dependía de fechas y sucesos, hasta los bienes duraderos como la vivienda o los instrumentos de trabajo.

Buena parte de la literatura antropológica describe estas formas de consumo relacionadas con el ritual y la cultura: las formas de repartir los productos de la caza, o de la producción; de cómo se transmitían los instrumentos de producción y los valores que se les concedían. Ya menguadas las sociedades de la tradición, aun en la modernidad,

parte de los bienes de consumo conservaron un aspecto relacionado con la vida social. La distinción entre ropa y comida de trabajo y festiva, permitía mantener un orden y el sentido que se concedía al uso de bienes de consumo.

La separación, entre días sagrados y profanos, permitía diferenciar la ropa y la comida, y establecer una espera para el uso de ciertos bienes y el consumo de determinados alimentos, así como espacios diferenciados. El vestido a estrenar, se encontraba íntimamente ligado, ya a las fiestas o a ritos de pasaje, la boda o los 15 años. Actos que se planean durante mucho tiempo. Vestido que se prueba varias veces, y en cada prueba se imagina el placer futuro, que excita la imaginación de lo porvenir, durante meses y por lo tanto prolonga el deseo, lo agudiza, lo intensifica. El domingo, por ejemplo, fue un día *cuasi* sagrado donde lucir cierta ropa, llamada precisamente *dominguera*, el momento para la reunión familiar alrededor de la mesa, y los platos preparados ex profeso. Los días de fiesta eran motivo de engalanamiento personal y colectivo. Esas ocasiones y los objetos asociados de consumo ritualizado, proporcionaban sentido, sentido que el *objeto* que se usa y se tira, cuya satisfacción se evapora al momento de consumirlo, no provoca. Su efecto resulta tan efímero como el de cualquier droga, y por eso se vuelve adictivo.

La lógica del *consumismo* se aplica también al propio cuerpo. La supuesta racionalidad capitalista vincula el placer con el *comfort*. Con la disposición de una serie de aditamentos —*gadgets*—, que disminuyan el esfuerzo. Contrariamente, desde hacer el amor hasta comer, el placer se encuentra en relación inversamente proporcional al esfuerzo desplegado, a más esfuerzo más placer. Este placer del esfuerzo es suprimido por el modo de vida (*way of life*) que tiende a simplificarlo todo, al reducir el esfuerzo al manejo de controles remotos; incrementa los niveles de insatisfacción, vacío, banalidad y desazón cubiertos con escapes como la droga televisiva, las otras drogas o el alcohol.

La relación entre el placer y el esfuerzo la conocen muy bien los entrenadores —hoy *personal training*—, quienes indican a sus entrenados, cuando comienzan a sentir fatiga, que si logran superar ese umbral, el cansancio desaparece, pues se generan *endorfinas* y éstas provocan placer. He ahí la paradoja, se simplifica tanto la vida cotidiana-

na que luego se tiene que pagar a un *personal training* para generar las endorfinas que normalmente el cuerpo generaba con el esfuerzo cotidiano⁹. Lavadoras, licuadoras, microondas, aspiradoras, sistemas electrónicos que controlan puertas, luces etcétera, todos diseñados para evitar el esfuerzo, para simplificar el trabajo, para incrementar el tiempo libre, ¿para qué? Dejemos de lado por el momento la calidad de lo hecho y centrémonos en la pregunta: ¿para qué más tiempo libre? ¿para leer un buen libro?, ¿escuchar un concierto?, ¿pintar?, ¿escribir?, ¿para seguir estudiando?, ¿para dedicar tiempo a realizar obras sociales para la comunidad?, o simplemente ¿para tener vida social, compartir con vecinos en actividades comunitarias, departir con amigos o compartir con la familia? (nótese que digo compartir, pues se puede “estar” con la familia sin compartir). Ojalá, así fuera, pues entonces la simplificación de la vida hubiese contribuido a incrementar la creatividad, la inteligencia y la vida social. Pero no es así, en la mayoría de los casos, el tiempo excedente se dedica a plantarse frente a la pantalla idiota, frente a la cual puede “estar” toda la familia sin compartir, o para seguir consumiendo.

Los pronósticos funestos, de los escritores futuristas de ciencia ficción, cuando imaginaron la posibilidad del *control remoto* de las personas a través de una pantalla, nunca incluyeron que las personas habrían de someterse voluntariamente y con alegría a su tiranía. Resulta una interrogante el saber si los creadores de los programas *big brother*, al seleccionar el nombre quisieron realizar un homenaje al creador de la idea, o se trata de una broma macabra, pues en la obra de Orwell, el *Big Brother* es un tirano de voz suave que controla la vida de las personas. La analogía es perfecta: la TV se ha convertido en ese tirano de voz suave que controla la vida de las personas, vaciándola de contenidos, de ideas propias, de pensamiento autónomo, sólo que en vez de ser visualizada como un tirano que controla, se le acepta dócilmente pues genera *entretenimiento*.

⁹ El colmo de los colmos figura en una de esas revistas que las aerolíneas ponen a disposición de los pasajeros –para que ni siquiera durante un viaje se pueda el sujeto sustraer de la tentación del consumo– y donde anunciaban dos aparatejos (unos toboganes) para que las mascotas domésticas subieran y bajaran de la cama o del automóvil sin esfuerzo. Cuando lo vi pensé luego van a requerir *personal trainings* para mascotas, y efectivamente, luego confirmé que esa profesión existe, así como los terapeutas de mascotas.

Aun las personas críticas, con respetos de los medios, conscientes del poder y la banalidad de la mayoría de los programas, justifican su necesidad de ver televisión, *para estar informados*, a reserva de discutir si lo noticieros televisivos informan o no. Efectivamente, la propuesta es que las personas se liberen de trabajos “inútiles”: cocinar, tejer, cuidar el jardín, pasear el perro, arreglar artefactos (por no mencionar sólo tareas consideradas femeninas), para dedicar mayor tiempo al “*entretenimiento*”, es decir, aplastarse en un sillón a ver televisión y/o consumiendo, ya en un *shopping*, ya mediante el teléfono o la pantalla, de los productos que se ofrecen en la otra pantalla.

No se trata de acudir a la lógica puritana, censurando el entretenimiento o el ocio y plantear que siempre hay que estar ocupado trabajando. Nada más remoto al pensamiento antropológico y simbólico. La humanidad, desde que se tiene noticia de su existencia, ha hecho del ocio una de sus actividades fecundas y creativas: la música, la pintura, la danza, la poesía, la literatura, las fiestas, el culto a los dioses, prácticamente todas las artes tienen sus raíces en el ocio y la diversión. Además, las ciencias, los calendarios, son en buena medida calendarios festivos, la astronomía y la lógica se vinculan con el juego, si pensamos en el ajedrez o las artes adivinatorias. Estudios antropológicos y hasta chistes, señalan que la mayoría de las sociedades —consideradas desde una óptica occidental primitivas, atrasadas y constreñidas a la supervivencia—, dedican mucho más tiempo y días al ocio, de los que vivimos en la sociedad moderna y posmoderna. La diferencia radica en qué tipo de entretenimiento se practica.

Entretenimiento parecería tener dos componentes: *entre*, que significa *en medio de*, y *tenimiento*, que viene de *estar*. Es el tiempo entre dos actividades, un tiempo vacío, es *estar entre*. La idea de entretenimiento como tiempo muerto, se contrapone a la de diversión, la de fiesta que no es entre tiempos, sino un tiempo distinto. La distinción presente en la mayoría de las culturas entre días y horas profanas y sagradas, entre trabajo necesario y ocio. Tiempos en los que se realizan actividades extraordinarias, días y horas de fiesta. Eso es **FIESTA**, así con mayúsculas, donde se danza (y los entrenan meses y dedican meses a la confección de sus trajes), se come (y alguien dedica mucho tiempo a cocinar manjares), se toca música etcétera, etcétera, es decir, se invierte mucho esfuerzo en el ocio. El ocio —así

entendido cansa, pero es otro cansancio, un cansancio que genera gozo, satisfacción, que libera de tensiones, es curativo, terapéutico, no así el ocio “inútil” de sentarse frente al televisor con un control en la mano. No es lo mismo jugar *fut-bol*, que verlo en la pantalla. El arte, la diversión, el deporte proporcionan satisfacción porque implican esfuerzo, el entretenimiento sólo deja vacío.

Bateson considera que el entretenimiento es un atajo, en el que siempre se queda atrapado: “El control del atajo siempre termina poniéndote en apuros.... Quedas atrapada” (1987: 131) y conduce al infierno. Para explicar la divergencia entre arte y entendimiento, también recurre al ejemplo de las endorfinas, y la diferencia entre valerse de las propias endorfinas, o emplear un analgésico artificial. De allí la comparación con las drogas y las adicciones, como conductas características de la sociedad moderna: “Algo importante de la depresión, es no dejarse persuadir por la idea de que el entretenimiento pueda aliviarla” (1987:135). Por eso, Bateson al igual que Illich y muchos de los pensadores alternativos, reclaman proponen y defienden el regreso al trabajo fecundo, al trabajo que implica esfuerzo, el trabajo aplicado a la obra, o al propio proceso de pensamiento, que requiere de energía, inversión de tiempo y, por qué no, esfuerzo. Por eso el pensamiento alternativo hace el *elogio del esfuerzo*.

[...] el arte termina por enriquecerte y hace que te sientas bien, pero exige al comienzo cierta disciplina para llegar a él, en tanto que el entretenimiento no requiere ninguna disciplina para gozarlo al comienzo, pero al final te deja con una especie de sensación de vacío [...] en la esfera del arte, a diferencia del entretenimiento, siempre hay algo que se hace cuesta arriba, de manera que el esfuerzo precede a la recompensa.

Bateson, 1987: 135.

La cabeza, como todo órgano, necesita ejercitarse y ejercitarse implica pensar, en ideas importantes, pero también el jugar juegos que impliquen usar la cabeza. Implica la plática, pero la plática que provoca, que supone discusión y el cuestionamiento para excitar nuevos conocimientos y no el consenso supuestamente cortés, que tras la amabilidad esconde la incomunicación. Hace ya años, José Ingenieros clasificaba las conversaciones por sus temas: las que sólo hablan de

personas: el chisme; las que hablan de cosas, y las que se refieren a ideas; sólo las terceras alimentan el espíritu.

El juego puede ser un alimento del espíritu, al igual que los *hobbis* es como pintar, cantar, bailar, siempre y cuando supongan comprometer la cabeza y el esfuerzo en ello. Los juegos de cartas, el ajedrez, el backamon, los juegos de equipo que implican estrategia y coordinación lo son; no así la mayoría de los programas de televisión, con una misma factura y que concluyen sin dejar nada, al igual que las llamadas *películas de acción*, carentes de argumento, pletóricas de persecuciones, explosivos, balaceras, que sólo alimentan la parte violenta de nuestro cerebro. Tan diferentes del cine de arte, el orientado a hacer pensar, a reflexionar, a estimular las emociones, la empatía, la compasión, el amor o el dolor.

Necesidades Humanas

Teoría de las necesidades		Ofertas del mercado	Economía Solidaria
Sobrevivencia	Alimentación	Chatarra: mucho y dañino. <i>Fast food</i> : comprado hecho. <i>Deliverys</i> .	Comer bien, sano y sabroso. Autoproducción.
	Refugio	Casas y ciudades dormitorio. Coche lujoso (la casa importa menos).	Casa grata, orgánica espacios verdes, para socializar.
	Seguridad	Empresas de seguridad. Enfermedad como negocio.	Por conocimiento mutuo y confianza. Autocuidado de la salud.
Cognitivas	Saber Entender Educar	Educación formal para obtener grados: empleabilidad. Privatización de la enseñanza.	Saberes tradicionales, curiosidad. Capacidad crítica y analítica. Recreación=educación.
Emocionales y de estima	Afecto Amistad Amor Reputación	Individualismo y competencia. Familia disgregada (cada uno en su cuarto con su pantalla). Autosuficiencia. Vales lo que tienes.	Tiempo y espacio para relaciones sociales y familiares. Unidad doméstica. Prestigio por mérito.
De crecimiento	Logros Autorrealización Trascendencia	Trabajo por dinero. Consumismo. Entretenimiento: TV, shopping, telenovelas.	Trabajo y actividades creativas. Tiempo para pensar y reflexionar.

Fuente: Cuadro construido retomando a Bolvitnik (2007) elaborado por Collin, Laura y Paola Lemus.

El buen vivir implica satisfacer todas las necesidades humanas, no sólo las de sobrevivencia. Las personas requieren de afecto, conocimiento, trascender, tanto como comer. Como se puede observar en el texto y en el cuadro que sigue, buena parte de las necesidades humanas no requieren de dinero para ser satisfechas, requieren de tiempo, de dedicación, de esfuerzo, y de interés. Si muchas de las necesidades se han mercantilizado, es porque la lógica del sistema es la de convertir todo en negocio. De esa manera se crean falsas necesidades.

5. Cuestión de valores

Es frecuente en las reuniones de economía solidaria y temas conexos, escuchar hablar de valores. Se sostiene que en la sociedad contemporánea, se han perdido los valores, más aún cuando se habla de los jóvenes a quienes se señala como *carentes de valores*. Valores, que tal vez influenciados por el pensamiento religioso, se identifican con la dimensión espiritual, con la ética y cuestiones elevadas. Por esta recurrencia en el tema de los valores se explica el nombre adoptado para identificar la economía: solidaria. La solidaridad se intuye como un valor, tal como la cooperación, la equidad, o la justicia. **Pero los valores son algo más terrenal, indican aquello a lo que se le concede valor.**

Aparentemente y bajo una concepción de los valores como conciencia, como ética, los capitalistas carecerían de valores, mientras que los *solidaristas* basarían su conducta en valores, pero este es un pensamiento maniqueo que enfrenta a buenos y malos. Ambos tienen valores, sólo que valoran cosas diferentes.

Es cierto que el pensamiento liberal y el solidario parten de teorías confrontadas: la del *individualismo* como propio de la naturaleza humana vs la creencia en la *bondad natural*. **Ambas son falsas.** La economía política tomó como premisa, es decir algo que se acepta como verdad evidente, la primera y muchos la repiten como tal; es más, aparece como idea hegemónica. Hobbes acuñó la célebre frase de que *el hombre es el lobo del hombre*; a esta supuesta conducta agresiva se agrega la de los bienes escasos y los fines múltiples, que llevarían a las personas a estar en lucha permanente por maximizar sus logros, compitiendo permanentemente entre sí.

La otra supone que los seres humanos son, por naturaleza, compasivos y empáticos, que tienden a organizarse y crear sociedad. La verdad es que los seres humanos somos ambas cosas a la vez, ¿quién no ha sentido la ira en alguna ocasión?, pero tampoco somos ajenos al amor, a la compasión. Ambos tipos de emociones se encuentran en la misma persona, aún los psicópatas o sociópatas. En la historia de la humanidad, las diferentes sociedades, han estimulado, mediante las pautas culturales, algunos comportamientos, para poder reproducirse, para poder sobrevivir, entre ellos la cooperación, la solidaridad, pero a veces también la competencia. Ciertamente es que, aparentemente, el *liberalismo*, y peor aún el *neoliberalismo*, parecieran estimular lo peor del ser humano, sobre todo a través de los medios.

Una de las formas más difundidas para estimular comportamientos y sentimientos, son las religiones que estipulan qué es bueno y qué malo, en diferentes formas de prohibiciones: los pecados, el tabú, y las consecuentes sanciones. De manera análoga operan las leyes que diferencian lo legal de lo ilegal, y los castigos para quienes infringen las normas.

Moldear una forma correcta y valorada de conducta, es parte de la cultura. La **cultura** (que no se limita a las llamadas actividades culturales como el cine o el arte), **es aquello que se aprende para vivir en sociedad, para convivir**. El lenguaje, por supuesto, pero también las normas de cortesía, los modales, los gustos, las formas de hacer las cosas, y aquello que se valora. Bourdieu (1987) utiliza la fórmula de *hábitus*, para indicar que son hábitos —algo que hacemos sin pensar, pero que supone una idea de lo correcto detrás de la fórmula, y agrega que es lo que permite a las personas moverse en la sociedad como pez en el agua. En sentido contrario, es lo que hace que los extranjeros sean vistos como extraños, que no saben comportarse y se les rechace o causen risa, por ser tan impropios.

Por medio de los mecanismos de sanción y estímulo, los *habitus* se adquieren desde niños, qué *está bien* y qué *está mal*: una sonrisa, una caricia cuando se hace algo bien; un regaño si se infringe una norma. En México me gusta el ejemplo de la *palabra mágica*, todos saben cuál es y diferencia a quienes saben usarla de los que no; Estos últimos son considerados *groseros*, que les falta educación.

Geertz (1987) define la cultura con una fórmula muy sencilla: *ver, juzgar, actuar*. La cultura enseña *que ver y cómo actuar*. Nadie reconoce todo lo que ve: un niño urbano, que va al campo, ve muchas hierbas, donde el niño rural ve maíz, verdolagas, quelites, frijol e infinidad de plantas, con nombres y usos diferentes; luego las juzga, es decir las clasifica, sabe cuáles son comestibles, medicinales o peligrosas, y en consecuencia actúa: unas las come, otras las evita. El ejemplo se puede ampliar al infinito; sólo otro ejemplo, el de la palabra mágica: el niño la omite, la madre reconoce (o sea escucha en este caso) su omisión y actúa, se lo recuerda o simplemente no le da lo que pide, pues la petición no fue formulada correctamente.

Aquí es donde entran los valores terrenales, que son sencillamente las **cosas a las que les damos valor**, las que **juzgamos como buenas y deseables**. Un niño entra a una casa la ve y dice: no hay libros; lo hace porque en su casa los libros son valorados. Otra persona no vería la ausencia de libros y tal vez percibiría la ausencia de televisión. Las cosas que valoramos son culturales. Ahí está el detalle, pues en la sociedad actual aprendemos a concederle valor a cosas que no lo tienen, que en realidad son superfluas, y consecuentemente, han perdido valor otras que son imprescindibles. Si queremos cambiar la sociedad, habremos de empezar por modificar las cosas que valoramos.

Los economistas hablan de la teoría de la elección racional (*rational choice*) y suponen que las personas hacen elecciones en función de la *maximización*, pero ahí podríamos preguntar: ¿Maximizar qué? ¿Cuál es el beneficio que esperan obtener? ¿Cuáles son los criterios que aplican para una elección? En la vida todo el tiempo estamos haciendo elecciones, si elijo esto, pierdo lo otro, porque como se dice: no se puede soplar y mascar pinole. Pero, para elegir hay que priorizar, decidir a qué se le concede más **Valor**.

Veamos ejemplos de decisiones concretas: alguien está invitado a un evento en la escuela de su hijo, o a una junta en un día laboral, debe decidir entre seguir trabajando, en función de ser más competitivo –ganar más dinero–, o posicionarse más con el jefe, o simplemente por evitar problemas; o proporcionar respaldo y satisfacción al hijo, o cultivar las amistades. ¿Cuál sería la elección racional? Depende de qué racionalidad se use, es decir qué se valora. Si se prioriza el patrón

de éxito basado en el dinero, la elección racional, coherente con la lógica de la competencia, dónde hay que ser competitivo, cuidar el puesto, etcétera., la elección racional sería la primera. Quién decide asistir al evento escolar o la celebración, afrontando posibles represalias en el trabajo (desde el descuento del día a la pérdida de la confianza o proximidad con el jefe), opta, o valora otras cosas, el afecto familiar, la formación y el soporte a la seguridad del hijo.

Se trata de elecciones posibles en función de qué se valora más y cómo se entiende la forma de satisfacer las necesidades. En el segundo caso, la racionalidad de la elección, responde a la importancia que se concede a la necesidad de afecto, de relación y de esparcimiento. Su satisfacción se produce de manera directa, como parte de las relaciones sociales, de la vida, o a la necesidad de reputación y el prestigio dentro de una trama de relaciones sociales. La primera elección, la que prioriza el hacer méritos con el jefe, en el trabajo, parece aceptar el discurso en cuanto a la existencia de un único satisfactor universal: el dinero, la otra el **buen vivir**.

Todo el tiempo estamos haciendo elecciones, ¿qué hago, veo la tele o leo un libro?, tengo dinero, ¿mejoro la casa dónde vivo y dónde están mis hijos, o compro un coche de lujo que me proporciona *status*?; o entre dos cosas similares pero profundamente diferentes, ¿leer éste periódico o el otro?; donde la diferencia atiende a posiciones ideológicas. ¿Compro una hamburguesa de ésas mundialmente conocidas, o voy a una fonda a comer comida corrida? Y cada elección implica valores, es decir qué valoro: la hamburguesa es *status*, sentirnos modernos, a la moda, confrontada con lo casero y la alimentación tradicional. En el primer ejemplo mencionado perder el tiempo (TV) o alimentar el espíritu (libro).

Las personas que realizan estas elecciones cotidianas, no piensan en cada caso, qué es más importante, qué valoran más. Generalmente opera el *habitus*, una reacción inmediata. Pero la respuesta automática no significa que no exista una valoración previa, sobre un *estilo de vida*, y un estilo de vida engloba una serie de elecciones concretas. Cada día, en más casos, la elección ha dejado de ser racional, en el sentido de razonada, para ser influenciada por la publicidad.

Todos debemos reconocer que en nuestra trayectoria de vida recibimos mandatos, el mandato familiar es muy importante: lo que los padres esperan de los hijos. En mi caso, mi madre que había sido ama de casa, quería que sus hijas fueran profesionales, un mandato típico de esa generación de mujeres. Luego viene el mandato generacional, lo que está en el aire en una época; en mi caso fue el feminismo *setentero*, el de la igualdad: las mujeres éramos iguales a los hombres y podíamos hacer todo lo que hicieran los hombres. Resultado, fui una profesional, con más de un grado, muy autónoma y autosuficiente, que mantuvo a sus hijos, sin ayuda, muy comprometida con la idea de la superación, de ser la mejor en mi trabajo por no decir *workohólica*, o sea, *obsesionada con el trabajo*. Fueron diferentes mandatos: el del tiempo, el de la familia, al que se suma la propia elección del modelo de mujer, de persona que uno desea ser.

Una vez mi hijo se quejó, ante el psicólogo, que su mamá se preocupaba más por su currículum que por hacer dinero. Su queja era totalmente acertada y daba en el clavo por la mitad, en mi mitad: mi prioridad era mi carrera. La otra mitad implicaba lo que él, a esa edad, creía que su elección era el dinero. En realidad lo que estaba pidiendo era más atención. Cuando uno mira hacia atrás puede observar las elecciones del pasado y pensar qué hubiera hecho diferente, y sin duda esa es una de las cosas que, en lo personal, cambiaría.

Las elecciones no se producen en el vacío. A los mandatos familiares, los de la moda, se suman otros que también condicionan las elecciones personales, y son los que provienen de quienes ejercen el poder, e implantan o difunden las ideas hegemónicas, las que dominan. Desde el poder se plantea a las personas un *ideal del ser*.

En una época fue la iglesia quien proporcionaba los *arquetipos*, los modelos de vida: el de la buena madre, la buena esposa, el buen trabajador. Todavía son numerosos los que recurren a algún tipo de religión, en busca de orientación, o que les digan cómo vivir. Hay gente que no quiere tener que elegir, que prefiere que le digan cómo vivir, cómo vestirse, qué leer o qué películas puede ver, de allí el éxito de religiones que establecen un rígido control social: es decir que intervienen en la vida de sus seguidores. Pero en cuanto de poder se trata,

hoy en día quién más capacidad de incidencia detenta, es el llamado 4o poder: los medios masivos de comunicación.

Si entendemos que el ejercicio del poder se define como la capacidad de que los otros hagan lo que uno quiere, en este momento histórico le corresponde los medios de comunicación, como aparatos ideológicos del estado, proponer los arquetipos, es decir, cuál es el modelo de vida deseable. Definen las elecciones al proponer cuáles cosas valorar y por tanto, muestran el estilo de vida; peor, más que mostrarlo, imponen el **estilo de vida deseable**. En ese sentido, han desplazado a la escuela como agente de socialización.

Es decir que, en el transcurso de la vida de una persona, son pocas las elecciones racionales (razonadas) que se hacen; las elecciones se encuentran condicionadas por los mandatos [familiares generacionales] y por quienes ejercen el poder. ¿Y por qué al poder le interesa moldear a las personas, influir en sus decisiones? La respuesta se encuentra en los intereses de quienes ejercen el poder, que además cambian en los diferentes momentos históricos, por eso cambian también los *arquetipos* útiles. Entonces, la pregunta para entender cómo nos manipulan es: **¿cuál y cómo es el sujeto que hoy le conviene moldear a quienes ejercen el poder?**

Si en algún momento, la clase dominante se beneficiaba de tener súbditos leales que aportaran tributo a los señores, la imagen del buen cristiano fue la del campesino esforzado que *sufre en la tierra para alcanzar la vida eterna*. Se entiende que la prédica religiosa se centrara en la práctica de la humildad, la abnegación y los peligros del pecado.

El capitalismo industrial creó la *cultura del trabajo*, y para ello recurrió a las instituciones disciplinarias, que describe Foucault, destinadas a habituar a las personas a los ritmos y formas del trabajo industrial. Hoy, en plena posmodernidad, el trabajo viene sobrando, lo que el sistema necesita son consumidores; por lo tanto, el ideal del ser, el arquetipo es el adicto.

Si en un principio, el dilema de la naciente industrialización emergente, buscó cómo transforman a los campesinos en obreros o, más bien, cómo romper la autosuficiencia para obligar a los trabajadores

a proletarizarse, y muchas veces los patrones y gobiernos recurrieron a métodos compulsivos de movilización forzada; hoy la situación es totalmente diferente: no sólo no requieren forzar a nadie, pues – con escasas salvedades– nadie se resiste al trabajo asalariado. Tanto en la conciencia, como en las representaciones culturales, la noción de trabajo se ha mimetizado con empleo. **La mayoría de la población considera que trabajar es estar empleado.**

Sí en los inicios de la industrialización, los empresarios requerían trabajadores porque no había suficientes personas dispuestas a proletarizarse, es decir había poca oferta, y en consecuencia el trabajo aparecía como un *bien escaso*, hoy, el definido como *ejército industrial de reserva*, tiende a superar al número de trabajadores en activo. La oferta *incluyente* del capitalismo, que prometía, a quien abandonara las “atrasadas prácticas de autosuficiencia”, un trabajo, y que con el ingreso que obtuvieran como asalariados podrían comprar lo que necesitaban, está concluyendo. **Trabajadores sobran mientras que oportunidades de empleo faltan.** La palabra mágica, que tanto gusta a los apóstoles del libre mercado: *productividad*, significa producir más con menos, y el menos implica sobre todo, menos tiempo de trabajo, mientras que la masa de mercancías crece incesantemente. Lo que el capitalismo requiere en este momento es el consumo compulsivo.

La idea del exceso de mercancías no es nueva ya Marx había hablado de las *crisis de sobreproducción*; también se sabe de la función de las guerras en la destrucción de excedentes y en la reactivación de la demanda, pero en momentos precedentes los trabajadores eran necesarios. Ford, encontró una resolución parcial a la necesidad de incrementar la demanda, al concederles a sus empleados el doble carácter de *trabajadores y consumidores*. La demanda de bienes y

Hoy, en plena posmodernidad, el trabajo viene sobrando, lo que el sistema necesita son consumidores, por tanto el ideal del ser, el arquetipo es el adicto.

Para que la voraz máquina industrial siga funcionando tiene que lanzar bienes constantemente y alguien tiene que consumirlos.

el mercado interno se incrementaba incorporando nuevos trabajadores-consumidores. El modelo de trabajadores-consumidores, funcionó hasta que en nombre de la productividad, comenzó la liquidación de puestos de trabajo.

La cuestión es que el incremento de la productividad por hora/hombre, por un lado, y la sustitución del trabajo humano por máquinas, están generando problemas de desempleo tanto en los países centrales, como periféricos; para formularlo desde la teoría: la oferta de trabajo es superior a la demanda. Quienes defienden las propuestas clasistas, o de la lucha de clases, como motor de la historia, replican al argumento de la disminución de la centralidad del trabajo, pues en su opinión, el trabajo no desaparece sino que opera un desplazamiento hacia los espacios periféricos donde existe menor regulación, o en los términos eufemísticos: mayor desregulación.

Desplazada o disminuida, la necesidad de trabajadores, por parte de la industria, lo cierto es que el desempleo cunde como pandemia y constituye una realidad innegable, aún en las sociedades desarrolladas. Tal vez la afirmación del *fin del trabajo* sea exagerada, pero al menos habrá de admitirse el *fin de la centralidad del trabajo*. Por una parte, afecta el incremento de la composición orgánica del capital, con el consecuente incremento de la productividad del trabajo, a la que se suma la sustitución de trabajadores por máquinas. Los robots y las computadoras son asesinos de puestos de trabajo. Según Lietaer (2001) el día que se introdujeron los cajeros automáticos, se perdieron 150 mil empleos.

Existen posiciones de trabajo en extinción, como las secretarías y los vendedores de boletos, las unas por las computadoras personales, los otros por las máquinas expendedoras. Estas desapariciones son visibles, las generadas al interior de las fábricas lo son menos. Procesos que involucraban a 20 trabajadores, ahora ocupan a uno, el que observa al robot. En un programa radial, el analista de temas económicos al admirar el incremento de la productividad en EU, en el primer semestre de 2009, sin ningún pudor reconoció lo obvio: el incremento de la productividad se debía a los despidos generalizados en el contexto de la crisis. Después de admitir que la contrapartida de este hecho es el desempleo, planteó como alternativa que: tendrán

que encontrar otras “perspectivas”, esto es que quienes perdieron el empleo deben asumir su responsabilidad en el asunto y arreglárselas por su cuenta.

De igual forma, incide en la pérdida de puestos de trabajo, la deslocalización. Cuando las empresas trasladan los procesos productivos que demandan mano de obra, a donde el trabajo se encuentra desregulado, es decir, donde encuentran mano de obra barata y sin protección, generando situaciones cercanas al trabajo esclavo. Zibechi señala que la deslocalización neoliberal ha supuesto el traslado de la demanda de mano de obra, no sólo a las regiones con menores reglas y controles, sino también a aquéllas donde no existe una tradición combativa de la clase obrera, o de organización sindical; habría que agregar que con mano de obra semi esclava e híper barata y sumisa.

A la disminución de la centralidad de trabajo, se suman los procesos de tercerización u *outsourcing*, por medio de los cuales las empresas subcontratan procesos a terceros, y al hacerlo se liberan de las cargas sociales, pues tales trabajos no mantienen una relación *laboral* con la empresa. Los contratos por obra, o por tiempo y obra, liberan a la empresa de cualquier responsabilidad, pues no se trata de *sus trabajadores*. Con suerte se constituyen nuevas empresas, en muchos casos se trata de trabajo a destajo, muchos en la informalidad y carentes de prestaciones sociales. Por un lado se observa la disminución de la demanda de trabajo, o lo que es más claro el incremento mundial del desempleo, aunque en algunos países intenten maquillarlo, y por la otra, que la tendencia a la concentración destruye capacidades productivas.

La carencia de consumidores trató de ser compensada con el incremento del crédito. Pero, la empresa del crédito igualmente ha demostrado sus límites: si las empresas cierran y los trabajadores no tiene trabajo-empleo, por más crédito que se otorgue ¿quién va a pagar el crédito? ¿quién va a consumir? ¿los semi-esclavos de los *sweat shops*?

La etapa incluyente ha terminado, ahora se requieren consumidores, no trabajadores. Este hecho resulta evidente en el cambio de las políticas de combate a la pobreza: mientras hasta hace unos años

predominaban los proyectos desarrollistas, para *volver productivos a los pobres*, hoy se les reparte dinero para que sigan consumiendo. El tránsito de *trabajador*, a *trabajador-consumidor* y recientemente a sólo *consumidores*, puede sonar cuestión de énfasis; sin embargo, la modificación supone un cambio a nivel del sujeto histórico. Si el industrialismo naciente tuvo que *disciplinar* el cuerpo y la mente para inventar la *cultura del trabajo*, la sociedad de consumo puede prescindir de la disciplina, es más, la sociedad de consumo requiere la indisciplina del consumista voraz: comer todo el tiempo en vez de horarios para comer. La decadencia de las instituciones disciplinarias, descritas magistralmente por Foucault, no resulta de una casualidad: **quien querría perseguir a los locos, si el consumista perfecto es un adicto.**

La ruptura característica de la posmodernidad, es la inversión de los términos de la relación: se requiere más de *consumidores* que de *trabajadores*.

Más allá de la influencia que las modas puedan ejercer sobre los sistemas educativos, vale la pena preguntarse, tal como lo hace Foucault, qué hay detrás del cambio de las formas de socialización, o lo que es lo mismo, en la construcción de personas, de sujetos históricos. Si el sujeto de la modernidad fue el asalariado, y para convertir a los trabajadores en asalariados, que se ajustaran a un horario fijo, a cumplir con tareas rutinarias, y amoldarse al trabajo colectivo, como parte de una cadena de la organización científica del trabajo, fue necesario moldearlo, disciplinarlo, para ajustarlo a las necesidades de la producción industrial, y si en cambio el sujeto de posmodernidad es el consumidor, vale la pena preguntarse: ¿cómo se modelan **hoy los consumidores?**

Hace algunos años Federico Garza estaba realizando una tesis sobre el cambio en las formas de socialización, resultado de los videojuegos. Mientras los juegos tradicionales suelen ser colectivos e implicar algún nivel de organización y estrategia muchos de los juegos actuales (en aquel momento el *nintendo*), se juegan solos. La primera aproximación al tema indicaba una pérdida de las funciones socializadoras del juego, hasta que nos percatamos del error: los nuevos juegos apuntan a un nuevo tipo de socialización están preparando a

los trabajadores del futuro (que ya es hoy). Trabajadores que habrán de permanecer frente a una pantalla y en todo caso, interactuando en red, o participando en redes sociales. En la fábrica, el obrero que controla el monitor, que a su vez, controla al robot, pero también en muchas otras funciones, el trabajo a distancia (no importa cuál) se puede desarrollar en cualquier lugar, mientras se cuente con conexión. El nuevo trabajador es un ser individualizado, aislado, pero dependiente de la máquina con la que se logra la conexión. Los niños del *nintendo* hoy se encuentran perfectamente cómodos ante una computadora. La socialización frente a la computadora, es sólo un componente; se le suma la quiebra del sistema disciplinario que abarca prácticamente el conjunto de los contenidos. Mencionaré sólo unos cuantos: la ideología nacionalista, base de las identidades nacionales ha perimido la transnacionalización de las identidades, de los productos y de las marcas.

El término proletario, identificado ya firmemente con el obrero industrial, etimológicamente se refiere a quién posee prole. Al calcular el costo de producción de la mercancía trabajo, Marx agregó, al costo de mantener al trabajador, el de su reproducción, es decir los costos de la reproducción social de su familia, que produciría los trabajadores del futuro. Al proletario —además de vender su fuerza de trabajo—, le competía la labor de reproducir la fuerza de trabajo, traer al mundo y criar a los trabajadores del futuro. Hoy población sobra, señalan los demógrafos, y el sistema productivo y productivista insiste en sustituir brazos por pantallas; por lo tanto, la función de reproducción de la fuerza de trabajo viene sobrando. Para la producción industrial, la reproducción de los trabajadores, resulta indiferente. En ese contexto, el tránsito de la función reproductiva de la sexualidad, a la pornografía, el sexo seguro por internet y el anunciado incremento de la esterilidad (resultado de los agroquímicos), así como las tendencias al rechazo de la función reproductiva por parte de muchas mujeres, y que se postergue la edad del matrimonio, adquieren sentido como elementos que coadyuvan a modelar el nuevo sujeto social.

Si, ni la escuela, ni el servicio militar (desde Vietnam se sustituyó la disciplina por mariguana), ni la fábrica, inciden en la construcción del sujeto ¿quien ocupa el lugar panóptico modelador de arquetipos, hábitos y estilo de vida? Adivinó el lector, el *big brother*, la caja idiota,

la televisión y las demás pantallas, la del celular, la computadora y sus redes sociales, acaparan y dominan las funciones socializadoras de las nuevas generaciones, pero también la formación de valores, las aspiraciones, los estilos de vida.

Como el predominio de la violencia, desde los programas infantiles al que se agrega el sexo en la adolescencia, ya han sido denunciados, me remitiré al ejemplo de los programas de concursos que repiten una factura similar: las pruebas, por lo general, no suponen poner en juego destreza, habilidades o conocimientos, sino que los concursantes pasan por situaciones humillantes, comer en un plato con gusanos, pelear en medio del fango. En el caso de concursos, que sí suponen habilidades, como los de canto y baile, se someten a críticas groseras, que exponen a los perdedores a notorias humillaciones. El mensaje oculto, el código simbólico, resulta el mismo: no importa qué se haga, cuánto uno se humille la persona, si se gana. La dignidad no importa, si el premio es dinero o aparecer en la pantalla. Como el pensamiento actúa por analogía, se aprenden marcos y posteriormente se les repite en otros contextos, se incorporan como hábitos. Luego las autoridades, pero sobre todo los medios, se sorprenden cuando los jóvenes se incorporan a la delincuencia o al narcotráfico. Es diversión, dijo una alumna, cuando realizamos un ejercicio de análisis de los contenidos simbólicos, por lo tanto, a pesar de constituir un mensaje claro y directo, aparece escondido bajo el disfraz, aparentemente inocuo de la diversión.

Es frente a este modelo adictivo, profundamente insatisfactorio, que se plantea la cuestión de los valores; esto es, qué se valora: el *consumismo* o el *buen vivir*. La idea de *buen vivir*, incorporada a dos Constituciones de América, dice recuperar el concepto indígena del *Sumak Kausay*, que no significa —como tratan de simplificar algunos— volver al pasado, sino repensar cuáles son realmente nuestras necesidades, qué hace falta para satisfacerlas, y por lo tanto, cómo conseguirlo. La satisfacción de gran parte de las necesidades no depende del dinero, sino de tiempo, o de personas, o de cosas que proporciona la naturaleza, y eso a su vez, significa **valorar esas cosas: el tiempo, las relaciones sociales y qué objetos son los que proporcionan satisfacción.**

Otra Lógica Otro sentido

	Capitalismo	Economía social y solidaria
Medida de éxito	Dinero	Buen vivir
Riqueza	Bienes descartables, lujosos (coches, relojes, marcas)	Relaciones sociales, familia, amigos, tiempo
Forma	Consumismo	Creatividad, sociabilidad, convivialidad



Vacío



Felicidad

Cuando se concede valor y se disfrutan otras cosas, el esfuerzo y la energía se canalizan en dirección diferente. No se precisa de valores abstractos, o un alto compromiso ético con los pobres, o con la justicia, basta con cambiar la actitud. Por eso comenzamos sosteniendo que se trata de una cuestión de valores, de darle valor a lo que realmente vale y quitárselo a aquello que nos imponen como imagen de la felicidad.

Al problema de QUÉ se valora, se agrega el de la lógica de la producción, esto es PARA QUÉ se produce, si para hacer dinero o para satisfacer necesidades.



6. Reproducción ampliada del capital o lógica reproductiva

Una lógica, es un modo o forma de razonamiento, una relación lógica entre causa/efecto. En el capitalismo, la lógica que anima la producción es la de *la reproducción ampliada del capital*, que —como mencionamos— remite a producir más con menos. Se produce para vender y para ganar dinero.

Para entender cuáles son sus efectos, simplifiquemos su operación a un modelo reducido. Pensemos en una región o localidad donde hay un zapatero de los de antes, de los que hacían zapatos por pedido y a la medida. Por lo tanto hace los zapatos que le piden. Como conoce a sus clientes, sabe que en promedio le solicitarán 100 zapatos al año; en cada barrio o poblado hay otros zapateros iguales a él, que trabajan de la misma manera. Pero un día, el primer zapatero inventa una máquina que le permite, con el mismo esfuerzo, producir 1000 zapatos, pero su mercado, su clientela, sólo necesita o consume 100. Para vender los zapatos que está produciendo puede recurrir a la

publicidad y tratar de que sus clientes compren más zapatos, pero en un primer momento va a estar difícil que cambien tan rápidamente sus hábitos de consumo. Es ahí donde para colocar los 900 zapatos (cuyo costo unitario logro disminuir porque produjo en serie) empieza la competencia. El productor concurre con sus zapatos a promocionarlos a otros nueve pueblos, y como son más baratos les quitará los

La reproducción ampliada del capital, propia del capitalismo, no es sólo una forma de producción, es una *lógica* que se incorpora como *habitus* y termina apropiándose de la persona. Es un cáncer que se enquistó en la sociedad hace 200 años y que amenaza con destruirla.

clientes a los zapateros de esas localidades. Los otros nueve zapateros si no quiebran, disminuirán su clientela, y por lo tanto, su capacidad de subsistencia, a la larga, lo más seguro es que desaparezcan.

Pero a la siguiente temporada, el emprendedor innovador, que logró colocar los 1000 zapatos, al contar con capital (dinero) en las manos, decide comprar o hacer otras diez máquinas, y como él sólo, no puede manejar las nuevas máquinas, contrata trabajadores y produce 10,000 zapatos y entonces tiene que ganar el mercado en 100 pueblos. Año con año, a medida que incorpora más máquinas y más trabajadores, produce más zapatos y más baratos, va ganando mercados, pero en cada mercado local al que penetra, va sembrando los cadáveres de los zapateros locales. La gran contradicción que enfrenta esta lógica es que, al desaparecer la actividad que le proporciona sustento al zapatero, pierde tanto un competidor, como un consumidor.

Esa es la guerra por los mercados, y resulta irremediable bajo la lógica de la producción a escala: el que produce más, tiene que conquistar territorios, para colocar sus productos; los productos industriales producidos en masa son las hordas de conquistadores que recorren el mundo.

				○
				○ ○
GRÁFICA:		○		○ ○
1 zapatero	1 emprendedor	○	1 empresario	○ ○ ○
100 zapatos	1 máquina	○	10 máquinas	○ ○ ○
1 comunidad	1000 zapatos	○	20 trabajadores	○ ○ ○
		○	10.000 zapatos	○ ○
				○

Esto pasó y pasa a cada momento. Si en un primer momento fue el zapatero (en realidad fue la industria textil), hoy en día la mayoría de los bienes industriales producidos con la lógica de la reproducción ampliada, constituyen la epidemia de conquistadores que recorren el mundo.

Con la bandera del libre comercio, los empresarios ingleses y luego de los demás países de Europa, se volvieron los corsarios del mundo,

e instauraron el orden colonial: el propósito de la dominación colonial fue la conquista de mercados. Eso lo sabía Gandhi quien propuso que la mejor forma de acabar el poderío inglés era dejar de comprar sus textiles.

Cuando el territorio del mundo quedó dividido y se acabaron los mercados por conquistar, los empresarios volvieron los ojos hacia el interior, y comenzaron a destruirse entre sí. Dos guerras mundiales tuvieron como trasfondo la lucha por los mercados. En ellas, los empresarios, aprendieron que la destrucción de bienes servía para generar más demanda, de allí que desde el fin de la segunda guerra mundial, ni un año ha transcurrido sin algún frente de batalla donde destruir bienes para reconstruirlos y donde consumir armas, balas, raciones de alimentos, aviones, helicópteros, y de esa manera, que la industria siga en funcionamiento. Desde entonces, la lógica destructiva se aplicó también a los bienes de consumo, y se inventó la producción de bienes de *obsolescencia programada*.

El capitalismo, al cambiar el objetivo de la producción, cambió la forma de mirar la producción. Si una persona produce para el consumo de su familia, por ejemplo, una comida, seleccionará buenos ingredientes, los mejores, no será muy estricto en las medidas, ni en los tiempos, ni en las cantidades. Importa que salga bien y que se disfrute; el premio del esfuerzo será el propio consumo. Por el contrario, si el objetivo es ganar dinero con la venta del producto, es decir, que deje un margen de ganancia, se cambia la mirada y, por tanto, la lógica de la producción.

Si se producen mercancías —productos para la venta—, se requiere cuidar que el costo y la cantidad de los insumos, así como del tiempo invertido en los procesos, sean menores al precio del mercado. Si el costo de producción es superior al precio, el productor terminará perdiendo. Cualquier productor de maíz podrá constatar esta afirmación, sobre todo después de la apertura del mercado al maíz importado, de mayor rendimiento y subsidiado. Si pretende vender el producto, a un precio superior al de otros productos similares, no podrá vender o se le dificultará la venta, a menos que encuentre otra ventaja competitiva que no sea el precio.

Vamos por partes. El precio, se supone, que debe reflejar los costos de producción. Es más, muchas de las capacitaciones de las OSC a grupos, se orientan a que los productores calculen el costo de producción, e incorporen el costo del trabajo. Pero esto no opera así en el mercado o en la sociedad de mercado. En el mercado global lo precios no los determina el productor individual, crecientemente intervienen los mercados financieros sobre la base de la mayor eficiencia, pero considerando también la oferta, la demanda y los factores especulativos. El resultado es que el precio sigue siendo un misterio para el productor no versado en los secretos de los mercados.

La mayor eficiencia, en el caso de los productos agropecuarios, se relaciona con condiciones naturales. El rendimiento no es igual en una zona cerril o desertificada, que en llanuras húmedas, o con riego. En los precios agropecuarios intervienen también otros aspectos naturales, que los seres humanos difícilmente controlan, como los factores climáticos: el calor, las lluvias, las heladas, el granizo, o las plagas. En algunos casos se intenta vigilar estos factores, mediante sistemas de producción controlada, como los invernaderos, pero en la medida que los productos extensivos no pueden producirse en invernadero, los factores naturales siguen afectando.

El cálculo de precios se vuelve tarea de brujos y alquimistas, pues incluye considerar quiénes van a querer el producto, así como si van a tener recursos para comprarlo, es decir la demanda. Por ejemplo, cuánto arroz van a comprar los chinos, que es el cálculo de su consumo, menos el que producen, pero además, si disponen o no del dinero para comprarlo. Pero no sólo los chinos, el cálculo de la demanda tiene que incorporar todos los posibles compradores, sus necesidades y posibilidades. Cálculos que admiten también, factores especulativos. Hace unos años, cuando aumentó repentinamente el precio del maíz, no se debió ni a un incremento en la demanda, ni a una baja en la oferta, o a algún problema climático, sino al anuncio sobre el posible uso de maíz para la producción de *bio-diesel*. Pero dejando de lado la *renta diferencial*, y pensando en productos donde las condiciones naturales no intervengan, la igual, para fijar el precio, se toma como referencia el menor costo y el menor costo lo tiene el que produce más a menor costo, o sea el más competitivo.

La paradoja es que en el proceso de producir más con menos, el consumo se degrada. Paradoja aparente, pues responde a la lógica de la reproducción ampliada. El fenómeno de la degradación del consumo no se limita al peligro para la salud, por el uso de agroquímicos o transgénicos, ampliamente criticado. Las ofertas en bienes y servicios del mercado empeoran cada día, contradiciendo flagrantemente las declaraciones relativas a la calidad. Sin embargo, quienes hablan de competitividad y calidad total no mienten, sino que responden a la lógica de la producción en serie. Los productos buenos y durables no estimulan el consumismo, de allí que de manera programada se produzcan objetos destinados a no durar y generar la necesidad de una nueva compra. Cualquier consumidor se ha enfrentado a los productos hechos para tirar, o ha escuchado: *duran dos años, ya dio de sí*. Es el caso evidente de los automóviles, cuyo recambio se estimula de todas las formas posibles, pero que además no *duran*, así como todos los tipos de electrodomésticos, de las telas, y en consecuencia de la ropa, de los zapatos y cualquier bien que se venda. Otros, como las viviendas que no pueden ser pensadas para durar dos años, requieren de una serie de aditamentos para tener condiciones de confort (calentarlas, enfriarlas, ventilarlas). Competitividad significa, y nadie lo esconde, producir más con menos, y menos significa menos trabajo, pero también menor cantidad y calidad de insumos, mientras que el más, significa vender más, y para poder vender más, nuevos productos deben sustituir a los anteriores, simultáneamente, se llena el mundo de basura. Tal es la lógica de la reproducción ampliada que recurre al pomposo adjetivo de *racional*.

En síntesis, gastar menos o pagar menos por los insumos, menos por el trabajo, y aprovechar al máximo la capacidad instalada, los bienes de capital, son los secretos de la competitividad. El ahorro en insumos, se refiere a las políticas de desperdicio cero, es decir, el máximo aprovechamiento de algo, pero también conduce, casi inevitablemente, a la depredación de los recursos naturales, consecuente con la tendencia a pagar lo menos posible por el insumo. Los ejemplos y las denun-

La situación en relación con los insumos se repite en todas o casi todas las circunstancias: para ahorrar en los costos de producción, los empresarios intentarán conseguir los insumos más baratos, idea que opera como premisa implícita.

cias abundan, desde las condiciones de explotación de los niños que pizcan el cacao para una conocida empresa chocolatera, como la indiferencia ante la depredación de bosques por parte de la mayoría de las empresas que utilizan la madera como insumo. Mientras puedan adquirir madera en otro zona, la condición en la que queda el bosque poco les importará. La situación en relación con los insumos se repite en todas, o casi todas las circunstancias. Para ahorrar en los costos de producción, los empresarios intentarán conseguir los insumos más baratos, idea que opera como premisa. En ese sentido, cuando se incorpora la idea de la sustentabilidad, generalmente se trata de un discurso hueco, vacío o falso. Muy pocas son las empresas que contemplan el cuidado de los recursos, y las medidas de salvaguarda generalmente se implantan por presión de la sociedad, y con suerte, la presión se transforma en norma/sanción, por parte del gobierno.

Lo mismo sucede con el trabajo, mientras menos se pague a los trabajadores, mejor. Ya sea recurriendo a pagar menos de manera directa (de ahí la explicación del traslado de procesos a las zonas donde el trabajo es más barato, como China, India y otros países donde se pueda contratar trabajo barato) o suprimiendo beneficios. El deseo de disminuir el costo del trabajo explica los constantes reclamos a favor de la desregulación del trabajo (en México las llamadas reformas estructurales), justificadas en la “necesidad” de incrementar la competitividad y atraer la inversión extranjera directa (IED). Reformas estructurales, que traducidas significan pagar menos por el trabajo.

Cuando la disminución directa o indirecta del costo del trabajo, se encuentra limitada por la existencia de leyes e instituciones (como los sindicatos o los contratos colectivos) que protegen el trabajo, se recurre a medidas indirectas como el incremento de la *productividad*. Esto significa que, en el *mismo tiempo y con el mismo salario*, cada obrero genere más productos. Doy como ejemplo una empresa que investigué, dónde en 15 años habían incorporado 34 nuevos productos e incrementado el monto total de la producción, y si bien no habían despedido personal, tampoco habían incrementado el número de empleados. En dos palabras, el trabajador produce el doble, o más, y cobra lo mismo.

En proporción directa con el incremento de la productividad, disminuye la demanda de trabajo, y el resultado es el aumento del desempleo que se observa en la actualidad. El incremento de la productividad/hombre, se acompaña de la sustitución de trabajo humano por máquinas, hoy en día la robotización del trabajo.

Esto constituye un círculo vicioso: las empresas para ser competitivas y exitosas, deben producir más con menos. Y si producen más, deben incrementar las ventas para colocar las mercancías, por lo tanto necesitan expandirse, disputar otros mercados, pero también estimular el consumo *convenciendo o forzando* a renovar los actos de consumo. Se *conven-*

ce publicitando nuevos modelos y nuevas funciones, aplicaciones, estimulando las representaciones de *status*, de figuración; se fuerza con la *obsolescencia programada*: productos de vida limitada o componentes de productos que se deben sustituir, como los acumuladores de los automóviles. La gran contradicción es que en la medida en que las empresas crecen y se expanden, destruyen a otras, anulan capacidades productivas, asesinan empleos y fuentes de trabajo, disminuyendo el número de consumidores potenciales. Por eso, cada tanto, requieren de destrucciones cuasi rituales de bienes para seguir produciendo: guerras o inclusive catástrofes, entre ellas las crisis.

La lógica de la *reproducción ampliada*, del *crecimiento* y del *desarrollismo*, representan transformaciones relativamente recientes, de hace sólo 200 años, en las cuales se trastocaron todos los valores. En **dos generaciones se pueden cambiar muchas cosas**, la transmutación puede **lograrse**:

Solo si se organiza un estilo de vida que cubra todos los aspectos relevantes, incluyendo las imágenes sobre el hombre y la naturaleza de la sociedad, una filosofía de la vida diaria que comprenda criterios de conducta razonable según el sentido común (Polanyi, 2009:63).

Para que las empresas no dejen de producir, se requiere de consumidores voraces, gente que no pare de consumir, gente indisciplinada que no tolere ni siquiera 2 horas de una película, o de un viaje en ómnibus sin estar comiendo.

Eso hizo el capitalismo, en parte basado en ideas preexistentes, provenientes del Renacimiento: creó un estilo de vida, el *supuestamente civilizado*, que hoy en día se entiende como del *confort*; separó al hombre de la naturaleza y lo entronó como amo y señor de todos los objetos sobre la tierra; le adjudicó el deseo innato de acumulación, y la tendencia a la competencia, y proclamó la autonomía individual como meta de la vida, y el dinero como la medida de la autonomía y del éxito.

De hecho, estamos viviendo una situación de tránsito semejante a la del siglo XIX. En este momento, si se habla con alguien de más de 70, no pueden entender ni aceptar que alguien carezca de prestaciones sociales o que no pueda jubilarse, contrariamente un joven entre 20 y 30 no sabe ni entiende que es eso de un sistema de seguridad social.

La lógica impuesta por el capitalismo partió de la idea de evolución. Los seres vivos, el universo mismo se encontraría en permanente evolución, y complejización creciente. Por eso las palabras favoritas dentro de esta lógica son *desarrollo económico*, *crecimiento*, como si las cosas pudieran crecer indefinidamente, cuando, como sostiene Viviane Forrester, ***para creer que algo puede crecer indefinidamente hay que estar loco o ser economista*** (1996).

Pero en la realidad no sucede así, nada puede crecer indefinidamente. Los organismos naturales, crecen y se desarrollan hasta cierto punto (el crecimiento es cuantitativo y el desarrollo cualitativo, cuando se modifican las funciones como en la adolescencia), luego ambos procesos se estancan para luego comenzar el proceso involutivo que finalmente conduce a la muerte. Responden a la *segunda ley de la termodinámica* o de la *entropía*. El proceso puede ser más o menos lento, de acuerdo con condiciones de operación del organismo o factores externos o anómalos.

La industrialización fue un compromiso nada fácil entre el hombre y la máquina en la cual el hombre se perdió y la máquina encontró su camino.

Polanyi, 2009:48

Un organismo bien nutrido, ejercitado, protegido, y en armonía, tiene posibilidades de vivir más y con mejor calidad de vida; en caso contrario el desgaste será más rápido. Desde luego la asociación más sencilla es con la vida humana, pero se puede hacer extensivo el razonamiento a cualquier organismo vivo, inclusive la tierra y las estrellas. Hoy sabemos que el infinito es finito, que todo llega a un fin y que, a un primer impulso hacia la mayor organización y especialización, le precede la tendencia a la desorganización. Tal constatación, en vez de impulsarnos al pesimismo, debería conducir a reconocer la necesidad de cuidar lo que se tiene. El fin resulta inevitable pero que hay formas suicidas y otras naturales de llegar al fin.

La producción en serie, acorde con la lógica de la reproducción ampliada del capital, y orientada al crecimiento ilimitado, representa una conducta suicida.

El consumismo, más los productos de obsolescencia programada, están cubriendo la tierra de *basura*, no de *desechos*, de basura. La tierra puede absorber los desechos, pueden transformarse y reutilizarse, pero buena parte de lo que se coloca en los basureros, no sólo no reúnen esas condiciones, sino que además, son tóxicos. A los desechos hay que sumar la deforestación, la desertificación la contaminación, prácticas todas en detrimento de las capacidades productivas y regenerativas de la tierra. La *gran transformación*, como la denomina Polanyi, fue producto de la industrialización y de la incorporación de máquinas que se suponía liberarían al hombre del trabajo pesado y terminaron **esclavizándolo**.

Lo que empezó como una adaptación del hombre al ritmo de la maquina contagió inclusive a las denominadas profesiones *nobles*, desde el cocinar, al ejercicio de la medicina; actividades que se “Macdonalizaron”. La Macdonalización de la sociedad, consiste en la generalización de los *sistemas de producción racionalizados*¹⁰ a todas

¹⁰ Utilizo las cursivas en tanto el autor considera como el principal argumento de su libro que los restaurantes de comida rápida y sus clones “no son sistemas razonables, y ni

las actividades. La lógica de la reproducción ampliada implantada en todas las actividades posibles. El proceso que inició en las fábricas, con las cadenas de producción, se trasladó al *fast food*, pero progresivamente invade todos los ámbitos. Ritzer (2005) acuña el concepto de Macdonalización de la sociedad, para describir la extensión de la lógica de la reproducción en serie —correlato de la reproducción ampliada del capital—, a otros campos, provocando la emergencia de Mac doctores, Mac dentistas, Mac periódicos, y cada vez más Mac universidades. En la sociedad *macdonalizada* todos se transforman en clientes: los alumnos de discípulos, mutan a clientes, al igual que los pacientes, los comensales y los lectores y como el cliente tiene la razón, mediante contraprestación económica consiguen un Mactítulo, tóxico para la sociedad.

A la ideología del *crecimiento* se le opone el *decrecimiento*; frente al *desarrollo* se coloca el *pos-desarrollo*, o mejor aún el *florecimiento*, en asociación semántica con la idea de renacimiento y del carácter cíclico de la vida; a la lógica, de la *reproducción ampliada del capital*, la *reproducción ampliada de la vida*.

Cuando se trabaja de acuerdo con esta lógica, **se realiza el esfuerzo suficiente y se utilizan los recursos necesarios**, no más. No se producen cosas inútiles, ni se presiona al consumismo para seguir produciendo. En sustitución, **se producen cosas, bellas durables y útiles, en vez de las descartables, de mala calidad y en serie.**

A la ideología del *crecimiento*, se opone el *decrecimiento*; frente al *desarrollo* se coloca el *pos-desarrollo*, o mejor aún el *florecimiento*, en asociación semántica con la idea de renacimiento y del carácter cíclico de la vida. A la lógica de la *reproducción ampliada del capital*, la *reproducción ampliada de la vida*.

¿Que van a resultar mas caras?, quizás, probablemente, pero seguramente no, si se calcula la amortización¹¹, pues aunque sea más cara habrá de durar más, al

siquiera racionalizados..., perjudican seriamente a la salud de sus clientes y usuarios, así como su entorno, son deshumanizantes" (Ritzer, 2005:181) y agrega que la racionalidad de la cadena se consigue a costa de la racionalidad de aquellos que están sujetos a ella.

11 Un par de zapatos que cuesta 1000 pesos por ejemplo, pero que dura 5 años, termina

tiempo, que proporciona belleza, contiene valor simbólico, y probablemente un nombre, el de su creador.

Vayamos por partes: aplicar una lógica reproductiva significa que se va a producir lo que se requiere **para vivir bien y para el buen vivir**. Tanto en bienes materiales como simbólicos, y también los excedentes necesarios para el intercambio con productos de otras regiones, para compartir, para las actividades festivas y para los malos tiempos. Todas las sociedades han generado excedentes, pero no todas han producido por producir, ni con el fin de lucro. La lógica reproductiva ha sido la dominante en el tiempo y el espacio, e inclusive persiste, en escala reducida. Weber, al analizar la influencia del protestantismo y su influencia como ideología del capitalismo, relata cómo un empresario europeo que había visitado EUA, se mostraba sorprendido y extrañado que no trabajaban para *vivir bien*, sino que vivían para trabajar, lo que indica que para él, que era un empresario, la idea de vivir para trabajar y acumular, le resultaba extraña.

Para restaurar la lógica reproductiva no se requiere recurrir a métodos compulsivos, sino simplemente: producir en función de las necesidades.

Posteriormente, la idea de trabajar para *vivir bien* fue desechada, por considerarla atrasada y producto de la ignorancia, expresión de la falta de deseo de progreso. Es más, aún hoy, muchos consideran que proponer retomar la lógica reproductiva, significa volver al pasado, a la época de las cavernas.

Hoy en día, como sostiene Ilich, “... es posible concebir herramientas que permitan eliminar la esclavitud del hombre frente al hombre, sin someterlo a la maquina” (2006: 408), y por lo tanto, para generar las condiciones para el bien vivir y para que al productor le quede tiempo para disfrutar, para convivir, para pensar y para crear. Lo más grave que le puede ocurrir a nuestro nivel de vida, si se practica la frugalidad, la sobriedad, incluso cierta austeridad en el consumo material, “es que nuestro bienestar sea mejor” (Latouche, 2009: 71).

resultando más barato que unos de 300 que duran 3 meses.

Si invertimos los términos de la economía actual y proponemos una definición más sencilla, entendible y práctica, como que **el fin y la función de la economía es la de satisfacer las necesidades-materiales-cognitivas-afectivas y de realización de las personas**, y le agregamos el componente sustentable, **sin comprometer las necesidades de las generaciones futuras**, el trabajo humano deberá orientarse a proveer bienes materiales, comida, vivienda, abrigo, salud, actividades creativas, tiempo para el afecto, el esparcimiento y para pensar; y una relación equilibrada con la naturaleza que permita su recuperación y la conservación de la productividad.

El capitalismo genera muchos bienes materiales, pero no para todos. Produce mucho para pocos y hambre para muchos. Tampoco genera trabajo para todos, y los que ofrece en pocas ocasiones son creativos, por el contrario, el trabajo suele ser alienante, competitivo y extenuante. Mientras que, por su tendencia a sólo valorar el dinero como medida del éxito, y la difusión del individualismo y el consumismo como estilo de vida, no valora—es más, considera tiempo perdido—, el dejar espacio para los afectos, el esparcimiento creativo, el pensamiento y la filosofía, actividades reflexivas consideradas tan irrelevantes, que se les excluye de la currícula académica, ¡Por no dejar dinero! Ni que decir de la condición depredadora de la naturaleza que no sólo pone en riesgo la sobrevivencia de las generaciones futuras, sino también de la humanidad.

El socialismo pretendía producir en función de las necesidades, pero *copió la lógica industrial de la reproducción ampliada y la producción a gran escala, y como correlato la producción en línea*, con el carácter alienante del trabajo, en consecuencia fue igualmente, depredador y peligroso, para el medio ambiente.

Sucedió entonces que con los auspicios socialistas, más no capitalistas, el proyecto fue impulsado hasta sus límites radicales: diseños grandiosos, ingeniería social ilimitada, tecnología enorme y voluminosa, transformación total de la naturaleza. Los desiertos fueron irrigados (pero se convirtieron en salinares); los pantanos fueron desecados (pero se convirtieron en desiertos); descomunales gasoductos atravesaron en *zigzag* la tierra para remediar la falta de lógica con la que la naturaleza distribuyó sus recursos (pero han estallado con tal fuerza que los desastres naturales de antaño no podrían igualarlos); se salvo a millones de la «idiotez de la vida rural» (pero se envenenaron con los eflu-

vios de la industria diseñada racionalmente)... El socialismo expuso a la modernidad a su prueba extrema. El fracaso fue tan extremo como la prueba misma (Bauman, 2005:349).

La concentración no es necesaria para producir, sino para acumular. Se concentra para ganar más.

Para proveer trabajo creativo a todos, para establecer relaciones equilibradas con la naturaleza, para incrementar la resiliencia, para equilibrar el tiempo que se dedica la trabajo a la fiesta, al arte y a pensar, la pequeña escala es mejor. En los organismos vivos, los organismos más estables son los más autosuficientes, diversos e interdependientes, como las selvas. Si aplicamos esta lógica a la actividad económica como satisfacción de las necesidades humanas, la economía más resistente **es la local**. El concepto de *resiliencia* se utiliza de manera creciente, vinculado con la existencia de situaciones catastróficas, y se explica como la capacidad de recuperación de una comunidad. Si las condiciones de reproducción se encuentran en el entorno, de manera natural, la recuperación será rápida; por el contrario, cuanto más distantes, más vulnerable será el grupo afectado. Para entender esta formulación veamos unos ejemplos.

Supongamos que un fenómeno meteorológico dificulta o impide el funcionamiento de los medios de comunicación (hay varios ejemplos recientes de destrucción del aeropuerto en una isla, como en Haití, o el cierre del espacio aéreo por las cenizas de un volcán, como en Gran Bretaña, o del bloqueo de carreteras o puentes) y no se cuenta con fuentes de aprovisionamiento cercanas (alimentos y medicinas, materiales de construcción), la localidad que queda aislada, se colapsa.

Conjeturemos que se corta la energía, en cuyo caso las unidades dependientes de ésta dejan de ser funcionales. Los edificios llamados *inteligentes* se vuelven los más tontos: ¿cómo subir más de 10 pisos sin elevador, cómo ventilarlos sin aire acondicionado, si las ventanas no abren?; y en las viviendas ¿cómo cocinar si las estufas son eléctricas? Aun suponiendo que la gente tenga dinero en el banco y los supermercados están abastecidos: ¿cómo se paga con tarjeta si las terminales no operan? Estas situaciones ya han sucedido. Por eso la

FAO sostiene que las localidades más *resilientes* son aquellas que tienen sus fuentes de abastecimiento primario a menos de 100 km. de distancia, o a dos horas de trayecto, y yo agregaría caminando.

Pero, ¿por qué pensar sólo en el abastecimiento primario?, si las actividades productivas se encuentran descentralizadas, se podría resolver o solventar la mayoría de las necesidades. Por ejemplo, las pequeñas industrias farmacéuticas son factibles, existieron hasta hace poco, si desaparecieron no fue porque no fueran viables, sino por las políticas de patentes y el interés, por parte de las grandes empresas, de destruir a las pequeñas. El ejemplo puede multiplicarse hasta abarcar la mayoría de las satisfactores, que pueden ser producidos a pequeña escala, con la salvedad de aquéllos que requieren condiciones meteorológicas o tecnológicas especiales, como las frutas tropicales, el café o el vino, o ciertas actividades tecnológicas. Inclusive los servicios, sobre todo los que recurren a tecnologías alternativas, pueden ser generados a escala local, como lo fueron años atrás las cooperativas locales de electricidad.

Una primera versión de condición de resiliencia y autosuficiencia, se encuentra en las unidades domésticas campesinas orientadas al autoconsumo. Ese fue el secreto de la persistencia, durante siglos, de las comunidades indígenas, y también de la aversión que provocaron en los liberales, impulsores del libre comercio. Los denominados *sistemas productivos*, que no eran otra cosa que la diversificación productiva en la milpa y en el traspatio, donde se combinaban diferentes productos: maíz-frijol, calabaza, por ejemplo, adicionados con huerta y ganadería de traspatio, proporcionaban las condiciones de reproducción de una familia en escasas superficies de terrenos, como consta en la datación histórica. Producían, a la par, excedentes suficientes, en forma de tributos, como para sostener imperios.

Hoy día, no es cuestión de que todos nos transformemos en campesinos. La diversidad puede generarse a partir de la interdependencia, con división del trabajo: cada persona es portadora de una serie de demandas. Si se hace una lista de las cosas requeridas para el *bien vivir*, se llega a más de 300 bienes, entre objetos materiales e inmateriales. Cada una de estas demandas pueden ser motivo de una oferta, o la prestación de un servicio, por parte de otra persona. Es decir que

cada cosa que satisface una necesidad puede ser motivo de un trabajo digno. Esta relación demanda-oferta (en vez de oferta-demanda), genera interdependencia. Por otra parte, las relaciones de interdependencia, planteadas desde la mirada de las necesidades, no se limitan a los bienes materiales, como comida o vestido, también se puede necesitar un animador, un grupo musical o un cocinero para una fiesta, un conferencista, o una obra de teatro. Las relaciones de interdependencia se cortan cuando se mayoría de las necesidades se satisfacen en un sólo lugar (supermercado) y éste no recicla el dinero localmente, sino que una buena parte se envía a la casa matriz.

Cuando la relación demanda-oferta se vuelve recíproca e interdependiente, se genera abundancia: a *más* necesidades por satisfacer se requiere más trabajo, de manera inversa a como sucede ahora que a mayor oferta de mercancías, menos trabajo. Los *finés múltiples* se convierten en la razón de la abundancia, en vez de motivo de competencia.

Contrariamente, si la mayoría de las necesidades se satisfacen localmente, el dinero, o el medio de intercambio que se use, no sale, sino que circula alimentando los diferentes componentes. Si le compro pasteles a mi vecina, ésta podrá pagar la clase de su hija, y la maestra podrá pagar al dentista. Pero además, en las economías locales se vale, y de hecho se practican, otros intercambios, además de los de mercado: la reciprocidad, el trueque, la equivalencia y se fía sin interés.



7. Cómo se genera un mercado

Hasta ahora hemos contrapuesto, por un lado, a las economías llamadas “de mercado”, donde todas las necesidades se transfieren precisamente al mercado, es decir que la mayoría de los bienes y servicios se compran y los venden y, por otro lado, las economías orientadas a la autosuficiencia, donde los bienes para el consumo se producen en la unidad doméstica. La primera, todo lo convierte en mercancías, la segunda produce bienes de uso. La de mercado considera a las necesidades de la gente como una oportunidad de negocio, mientras que la doméstica hace de las necesidades su razón de ser.

Sin embargo, al igual que con otros aspectos, la teoría económica se ha apropiado del concepto *mercado* para aplicarlo a una clase de *mercado*, el especulativo, tanto en bienes como en recursos financieros, opacando la posibilidad de la existencia de **otros tipos de mercados**. De hecho los mercados, en tanto espacios donde se producen intercambios, existen desde tiempos inmemorables. En México, la variedad y el tamaño de los tianguis prehispánicos, sorprendieron a los conquistadores. Pero el mercado no es sólo un espacio físico, donde se concentran las transacciones; el mercado refiere fundamentalmente al acto de intercambio, constituye una relación social que, si bien recurre al intercambio de productos, también genera interacción social.

El antropólogo Claude Lévi-Strauss, sostiene que tres intercambios son *fundadores* de lo social: el de mujeres, que mediante el matrimonio generan relaciones de alianza entre familias: el parentesco; el intercambio de palabras, que permite la comunicación, pero también posibilita la existencia del mito y la historia y, por lo tanto, de la

identidad compartida; y el de productos: el mercado que vincula a los productores independientes.

Para entender cómo podría ser *otro mercado*, un mercado que aportara a la satisfacción de necesidades y a la generación de relaciones sociales, vamos a imaginar cómo se crea un mercado, en el que se construyen relaciones de interdependencia. No vamos a pensar en un mercado de la prehistoria, sino de 100 años atrás. Imaginemos un lugar despoblado, donde no hay nada, y en un determinado momento, instalan una estación de mantenimiento del ferrocarril, en la que trabajan 30 trabajadores, que reciben un salario. No va a pasar mucho tiempo antes de que lleguen una o varias señoras, a ofrecer tacos y aguas, y al rato instalen una lonchería. No mucho después, seguramente abrirá una cantina. Pero no todo lo que necesitan los trabajadores se consigue en la cantina, así que al rato alguien abre un estanquillo. Los trabajadores no aguantan mucho solos y comienzan a *noviar* con muchachas de pueblos cercanos o traen las novias que dejaron atrás. Ahí, una vez casados, no podrían vivir en las barrancas y necesitaran viviendas, así que alguien comienza a vender materiales de construcción, luego necesitarán amueblarlas y se instala una carpintería. Ya no basta la lonchería, porque las mujeres quieren cocinar en su casa, y quizás las mismas mujeres, colocan una tortillería, una recaudería, una carnicería, una panadería que, para abastecerse, compran pollos, verduras, harinas y otros insumos, a los campesinos de los alrededores.

Los trabajadores, sus mujeres y los hijos que van naciendo, se enferman, así que llega un doctor y se abre una farmacia. Cuando los niños crecen, necesitan escuela y llegan los maestros, y así le podemos seguir, porque a partir del arribo de 30 trabajadores, con necesidades, vemos cómo se generan múltiples oportunidades de trabajo. Con una sola fuente, o inyección de dinero, se estimula la creación de nuevos trabajos. Esto sucede así porque el dinero no sale de las manos de quienes se encuentran empleados, para ir a parar fuera de la zona, sino que sigue circulando: la dueña de la lonchería empieza a comprar en la tienda, en la tortillería, en la recaudería, en la pollería, la carnicería; se enferma y va al doctor, compra medicinas en la farmacia y manda a sus hijos a la escuela y así sucesivamente, por cada uno de los componentes. Las chicas de la cantina también comen, se enferman.

En sentido inverso el médico, el tendero, el carnicero, los maestros y hasta el cura, que no mencioné, también van a la cantina, mientras que el cantinero se enferma, y se vuelve paciente del médico.

Cuando los productores de los alrededores ven que hay tiendas, además de vender los productos de sus huertas y los animales de traspatio, se vuelven clientes, concurren al médico y llevan a sus hijos a la escuela. Así, podemos seguir trazando interacciones. Algunas interacciones son recíprocas, como el médico que es cliente de la panadería y el panadero paciente del doctor, al igual que el farmacéutico, mientras que otras son unilaterales, a veces por circunstancias, por ejemplo, si el médico no tiene hijos no recurre a la escuela, aunque los maestros sean sus pacientes.

En el caso de los 30 empleados (resalto o diferencio empleados de trabajadores, porque los empleados reciben un salario) pueden ser sólo clientes y no aportar ningún bien o servicio demandado por sus vecinos, pero es su ingreso el que pone en marcha el mercado local. Una pequeña inyección de dinero estimula la iniciativa de ofrecer servicios para satisfacer necesidades, y genera una serie

de intercambios recíprocos o no, una red densa por donde circula esa savia que alimenta a los diferentes miembros. Pero podría ser dinero, semillas de cacao, sal o cualquier otro medio de intercambio. Savia que circula internamente y sólo sale a los alrededores, pero para integrarlos al sistema. En el espacio local se constituye un sistema auto-regulado.

Cada persona tiene un número elevado de necesidades y esas necesidades constituyen oportunidades de trabajos dignos y legítimos para otras personas.

Ahora veamos cómo se destruye este mercado.

Si bien los primeros síntomas de desintegración de las relaciones recíprocas, se producen cuando parte de los servicios comienzan a depender del gobierno, cuando el médico y los maestros son sustituidos por los servicios públicos y se transforman en empleados (de la SEP o del IMSS), esto no afecta demasiado porque siguen viviendo en la localidad y por lo tanto consumiendo localmente. La transformación radical se produce cuando llega el villano de la película: *Wallmart*.

Pero igual puede ser *Soriana, La Comercial*, o cualquier supermercado que destruye la circularidad de los intercambios.

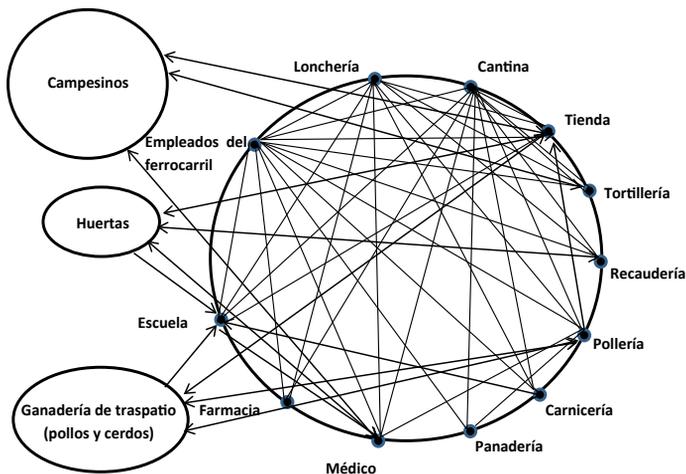
La primera gran transformación es que, al ser el supermercado más competitivo (léase vende más barato y se encuentra todo junto), ahoga y hasta destruye las actividades productivas preexistentes: tienda, tortillería, recaudería, pollería, carnicería, panadería y otros que no mencionamos, como la modista y el zapatero (porque también vende ropa y zapatos baratos). Primero verán menguadas sus ventas, al punto que la única salida que les queda es ser contratados por la empresa y transformarse en empleados.

También caerán los productores de los alrededores, porque si la pollería podía comprar de 4 a 5 pollos a diferentes productores, y en la recaudería compraban unas cuantas verduras a varios productores. El secreto de los supermercados son las compras consolidadas, es decir que compran por toneladas, a grandes productores, que generalmente no residen en la zona.

La señora que enviaba unos pocos pollos y tenía un ingreso extra, ya no tendrá a quién venderlos, así que primero bajará su producción y al rato descubrirá que es más barato comprar pollos que cuidarlos, y dejará de hacerlo. De esa manera se destruyen capacidades productivas. Pero lo más grave de todo es que el *supermercado*, como vampiro, le chupa la savia al sistema. En primer lugar, porque las compras a grandes productores¹², drenan el dinero de la región e inclusive del país. En segundo lugar porque las ganancias se remiten a la matriz, a los socios, a los inversionistas que tampoco son de la región, y la mayoría de las veces, ni del país. El hecho es que el dinero, que gastan los consumidores, se sale por la puerta y se va de la región. La única derrama es la que efectúan en forma de salarios, pero la mayor parte del dinero sale del sistema, ya no circula alimentando a los miembros de la comunidad, y éstos se secan. Los campesinos terminan migrando, los de las tiendas se convierten en empleados, y los prestadores de servicios en burócratas, si es que no quedan desempleados.

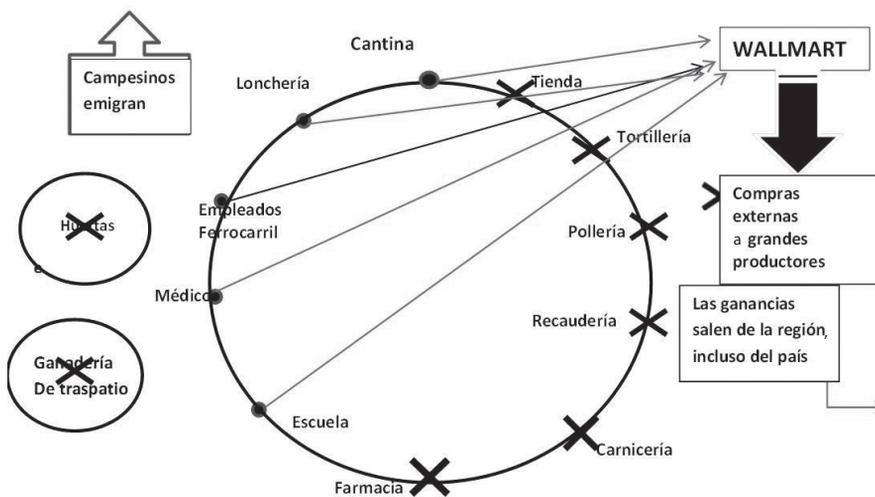
¹² Hay muchas historias de los fracasos de las organizaciones campesinas que han intentado convertirse en proveedores, porque pagan a 60 y 90 días, porque les cargan las mermas, porque no cumplen los estándares etcétera).

Figura 1. Cómo se genera un mercado



Fuente: elaboración propia.

Figura 2. Cómo se destruye el mercado



Fuente: elaboración propia.

En una localidad donde se generaban intercambios múltiples y relaciones recíprocas, de mutua necesidad, al introducirse un elemento

de aglutinación de la oferta, se destruye la interdependencia y se concentra el medio de intercambio en pocas manos. Por lo general, el dinero, así concentrado, es retirado del sistema, enviado fuera del espacio local en forma de ganancias, a la casa matriz, o es utilizado para las compras consolidadas, donde las mercancías se consiguen más baratas, y también, en muchos casos, fuera del país.

Lo que era un sistema autorregulado, donde sus partes se retroalimentaban, y el dinero —en tanto medio de intercambio—, circulaba; se transita a una situación de falta de oportunidades de trabajo y escasez de dinero. Pues, aunque en el supermercado se encuentren cosas más baratas, las personas ya no consiguen dinero porque no hay trabajo, y no hay trabajo porque la oferta se concentró, eliminando los negocios preexistentes.

A escala reducida, este ejemplo resulta representativo de lo que ha sucedido en el país y a nivel global. En el país, con la entrada en vigor del TLC (Tratado de Libre Comercio), se destruyeron muchas capacidades productivas, ya por el cierre de empresas que no pudieron competir en precio, con los productos importados, o contra otras empresas más competitivas; por la incorporación o la compra de empresas, por parte de cadenas transnacionales, por los llamados procesos de reestructuración interna, que disminuyen personal, y muchos otros mecanismos que han llevado a la concentración de la riqueza, al incremento de la pobreza y a la multiplicación del desempleo. Pero no puede culparse exclusivamente al TLC, y a la cara más brutal del capitalismo: el *neoliberalismo*. El germen destructivo de las economías locales sanas y del trabajo efectivo es intrínseco al capitalismo: es propio de la lógica de reproducción ampliada del capital, que lleva a la expansión de unas empresas, en detrimento de otras, a la competencia por los mercados y a la formación de monopolios.

Desde que empezaron a verse los efectos destructivos del capitalismo, la gente y las organizaciones sociales, han buscado opciones para contrarrestar sus efectos. El siglo XX fue testigo de revoluciones que pretendieron cambiar el sistema. Cuando cayó el muro de Berlín parecía que el capitalismo había triunfado definitivamente, y se habló del *fin de la historia*. Hoy en día se habla de *otros mundos posibles*, veámos sus antecedentes.

8. El campo de la economía social

Desde los inicios del capitalismo, sus efectos se hicieron evidentes y comenzó la búsqueda de alternativas. Algunas fueron producto del diseño de pensadores que se adelantaban a su tiempo y otras reacciones espontáneas. De los pensadores salieron la economía social y el socialismo; de la segunda la economía popular.

8.1 Economía social

En los albores de la industrialización, muchos pensadores se entusiasmaron con las máquinas y su capacidad de liberar a los hombres de la parte más fatigosa del trabajo; por otro lado, consideraron, con lógica automática, que al incrementarse la productividad, se disminuiría el tiempo socialmente necesario. Esto quiere decir que, si cada trabajador producía más, por hora, luego trabajaría menos horas. De allí que Marx profetizara, que en el futuro, una persona trabajaría en la mañana, pescaría en la tarde y filosofaría en la noche. En vez de eso, cada vez resulta más difícil encontrar empleo, y los pocos que tienen trabajo, trabajan cada vez más tiempo. El optimismo frente a las posibilidades del uso de máquinas, como auxiliares del hombre, se vería rápidamente contrarrestado con las condiciones de explotación que el capitalismo reveló desde sus inicios.

Los pensadores, con sentido social, se plantearían, como problema a resolver, cómo combinar el desarrollo tecnológico con la justicia social. Las respuestas variaron, si bien, casi todos, coincidieron en que el problema radicaba en la propiedad privada de los medios de producción, difirieron en la estrategia. Una línea consideró que la posibilidad de cambio dependía de que una nueva clase tomara el poder, por medio de una revolución. Mientras los anarquistas pensaban

tomar el poder para destruir al Estado, los socialistas propusieron un Estado fuerte que ejerciera la *dictadura del proletariado*. Lo contrario a la propiedad privada sería la propiedad colectiva, y los obreros se reapropiarían de su trabajo a través de consejos, con los que ejercerían el control colectivo. En los socialismos reales, los consejos duraron poco y surgió una nueva especie: la burocracia.

Otra corriente, llamada utópica, optó por imaginar formas de organización colectiva, con *propiedad social*, de allí emergieron experiencias como los falansterios. Pero la innovación con mayor permanencia fue el surgimiento de las cooperativas. El movimiento cooperativista con la mirada puesta en la colectivización, estableció la educación cooperativa y reglamentaciones que garantizaran la democracia interna y la propiedad colectiva: un socio-un voto.

Las cooperativas persisten hasta hoy, y conforman el denominado sector social de la economía, al que también se suman en el caso de México, los ejidos (por la propiedad social) y algunas experiencias de microfinanciamiento. Si bien el cooperativismo cuestionó las formas de propiedad y de organización del trabajo, en su operación reproducen la lógica industrial de la producción a escala ampliada, “...son *agentes de adaptación* de las actividades de los miembros a las reglas de la economía del mercado... haciéndolos acceder colectivamente al poder del empresario...” (Malo, 2003: 200).

Para analizarlas se pueden identificar diferentes tipos de cooperativas: las de ahorro y préstamo; las de consumo y las de producción. Las cooperativas de ahorro y préstamo, como su nombre lo indica, confían en mejorar la vida de sus asociados mediante la disposición de dinero. Es decir que parten de la premisa de la economía de mercado en cuanto a que las necesidades se satisfacen, accediendo a los bienes que ofrece el mercado, y que para adquirir mercancías hace falta dinero.

Las de consumo no se diferencian mucho de las anteriores. Asumen que la dificultad para el acceso a las mercancías, radica en su costo y para abaratarlo recurren a las compras en común —es decir al por mayor—, y en los sitios donde éstas sean más baratas. Por ello terminan comprando a los acaparadores (centrales de abastos o los grandes supermercados). En función de beneficiar a los socios,

con ahorros en sus gastos, les resulta indiferente cómo se obtiene el *precio barato*, esto es: las condiciones por medio de las cuales, los acaparadores logran ofrecer precios baratos, así como los contextos de producción de las mercancías que adquieren. Sólo algunas realizan compras directas a los productores, y si lo hacen permanece la indiferencia antes las condiciones de producción y en cuanto a los mecanismos de formación de precios.

Las de producción constituyen el ejemplo más evidente, de cómo las cooperativas reproducen la lógica de la producción industrial. Dedicadas a producir mercancías —es decir objetos que son producidos para su venta, de acuerdo con los precios de mercado—, requieren ser *eficientes* para competir con otros productores y esto supone producir *más con menos*, de manera que les permita lograr un menor costo y maximizar la ganancia. Ganancia, eso sí, que será repartida entre los socios. Para abaratar los costos compran insumos más baratos, sin importar el origen; y pueden inclusive, contratar personal asalariado.

Al interior, o más precisamente entre los socios, establecen relaciones democráticas en cuanto a las decisiones y suelen recurrir más al reparto, que a las relaciones salariales. Sin embargo, en las cooperativas grandes, suelen incorporar además de socios, a empleados que no participan de las decisiones y que son contratados mediante el sistema de salario. Por eso se puede sostener que son estructuras democráticas hacia el interior y de mercado hacia el exterior.

En cuanto al medio ambiente, puede sostenerse que con ciertas excepciones, la mayoría de las cooperativas no se preguntan por el origen de sus insumos, ni les importa las condiciones en las que fueron obtenidos, esto es resultado de la depredación ambiental. Cuando mucho, incorporan el tema ecológico como negocio, como sucede en muchos emprendimientos de turismo ecológico.

Las cooperativas de producción, al ofrecer mercancías o servicios al mercado, se enfrentan a otros oferentes del sector privado, e inclusive del público, con los que deben competir en términos de precio y calidad; y para hacerlo, reproducen las formas de producción industrial. Las cooperativas no representan *otra forma de hacer economía*, en relación con el capitalismo, sino un *capitalismo moralizado* y como

dice Olivera: “... El papel económico del cooperativismo no es suprimir el capital, sino convertir a todos en capitalistas...” (2003: 72).

8.2 Economía popular

La llamada economía popular no fue producto de un diseño específico, sino, resultado de la continuidad de prácticas y valoraciones tradicionales, con la necesidad de adaptarse a los “dictados del mercado”¹³, y del fracaso de la oferta de empleo pleno. Se consignan como tales, los esfuerzos de las personas para subsistir, generalmente en los medios urbanos. Algunos investigadores los denominaron estrategias de sobrevivencia, mientras que desde el poder, se le marginaliza y estigmatiza al denominarla: informal.

Una de las características de estos *esfuerzos*, es que por lo general, implican estrategias colectivas, que recurren al parentesco y a las redes de relaciones familiares, de allí que se incluyan en el campo de la economía social, sobre todo por la persistencia de las llamadas *Unidades Domésticas*.

El nombre de *Unidad Doméstica*, se refiere a los miembros de una familia nuclear o extensa que comparten el trabajo y el gasto. Esto significa que diferentes miembros pueden colaborar en un emprendimiento familiar. Del dinero que se obtiene, parte se aporta al gasto y se consume colectivamente, mientras que de la otra parte, los que participan pueden tomar *retiros*, en función de sus necesidades. En la unidad doméstica no opera el concepto de salario: de la misma manera que no se paga el trabajo doméstico, en la forma ideal, tampoco se paga la aportación de trabajo; se supone que los diferentes miembros *colaboran* en un esfuerzo colectivo. El ejemplo típico —y de ahí su nombre en México—, es el de la familia campesina, donde el padre se encarga de la milpa, la madre de la huerta y los hijos desde niños colaboran cuidando animales u otras actividades productivas.

¹³ Uso las comillas pues repito la frase que usan economistas y comunicadores que hablan del mercado como un ente pensante, como un ser que tiene voluntad. Esta personificación —no muy lejana del animismo primitivo—, se origina en la idea de la “mano invisible del mercado” acuñada por David Ricardo.

Esta forma de organización migró del campo a la ciudad y opera en muchas empresas familiares, como en algunas de las actividades, artesanales que incorporan a toda la familia, la mayoría del llamado comercio ambulante y muchas de las pequeñas tiendas. En estas actividades la decisión del trabajo no responde tanto a las necesidades de la producción, como a los fines de los miembros de la familia: la madre requiere que la replacen a la hora de ir al mercado, a la hora de preparar alimentos, y tal vez a la hora de las tareas; la hija no puede a la hora de la escuela y el hijo a la hora del fútbol. Estos son sólo ejemplos, y las necesidades pueden variar, pero, por lo general, los arreglos de horarios se realizan en función de las necesidades. Si cada uno de estos miembros de la familia estuviese empleado como asalariado, en una empresa con una jornada de 8 horas cada uno, no sólo no podrían cumplir sus fines (atención materna–estudio–deporte), sino que además deberían transferir parte de sus actividades al mercado, es decir, pagar por servicios. El ama de casa tendría que comprar comida hecha, llevar la ropa a la lavandería, mandar a los hijos a la guardería; en síntesis sería un mal negocio, pues además de perder la posibilidad de realizar actividades valoradas, el aumento en los gastos no compensa el hipotético mejor ingreso.

Supongamos que como asalariados cada uno ganara 5 mil pesos, en total acumularían 15 mil pesos, en cambio en el negocio familiar la ganancia es de 10 mil. De acuerdo con la supuesta lógica utilitarista, que todo lo valora en números, el trabajo asalariado sería más redituable; sin embargo, si al ingreso obtenido se le descuentan los costos, tanto de transporte, comida etcétera, más los gastos generados, porque ya no hay tiempo para atenderlos y que, en consecuencia se transfieren al mercado (guardería, lavandería etcétera), ya no resulta tan redituable; pero si, a ese cálculo, se agregan como pérdidas, la de los fines que ya no pueden cumplirse (estudio-atención de los hijos-deporte), la empresa familiar resulta ganando. Es por eso, y no por flojera o atraso, que el ideal de mucha gente sigue siendo tener su propio negocio, y también el factor que explica el fracaso de muchos intentos gubernamentales por concentrar a los artesanos.

A la persistencia de la lógica de la UD o del negocio familiar, se suma en los últimos años, la dificultad para encontrar trabajo asalariado, que ha incidido en el incremento, tanto de la migración, como

del denominado *sector informal*. Estigmatizados por mantenerse al margen de la ley, inclusive criminalizados como ilegales —al igual que los migrantes—, los llamados *informales* en realidad se insertan en los intersticios del sistema, en parte jugando con sus leyes, la de la competencia en los procesos y en parte recurriendo a lógicas de reciprocidad y redes de parentesco. Muchos de los ambulantes se encuentran organizados en complejas redes familiares, tanto para el acceso a los espacios de venta, como a los bienes que distribuyen, ya que no todo es piratería: muchos empresarios *formales* venden por derecha e izquierda, canalizando productos a estas redes.

Estas empresas familiares, tanto las artesanales, como las tiendas o los llamados informales, venden mercancías; en ese sentido, no les importa cómo se producen, si fueron productos de la explotación, si se depredó la naturaleza, o si son robadas. Lo que les importa es poder venderlas y obtener una ganancia, y esto significa el poder obtener una diferencia entre el costo y el precio de venta, ya sea que adquirieran el producto (comercio informal-tiendas) o lo que produjeron (artesanos). Esa es su lógica, la de la ganancia y por lo tanto, vender lo más que se pueda. Por otra parte, con el dinero que obtienen por su actividad, satisfacen sus necesidades de consumo en el mercado, y en función de obtener más productos por su dinero comprarán donde sea más barato, e inclusive productos que proporcionan *status*. Conozco el caso de una vendedora de tenis imitación, que después de un día de buena venta, muy satisfecha comentó que con lo obtenido podría comprarle a su hijo unos tenis de marca.

8.3 Economía solidaria

Tanto las cooperativas y otros sistemas, que supongan formas de trabajo o decisiones colectivas —pueden ser los ejidos en México, o las fábricas recuperadas en Argentina—, como la denominada Economía Popular, que es la que realiza la gente, así como los más recientes emprendimientos solidarios, son consideradas parte de la llamada economía social, por Razzeto y por Coraggio. Sin embargo, ninguna de las primeras se propone cambiar o sustituir al capitalismo. El cooperativismo quiere moralizarlo, democratizarlo en dos sentidos: con la posibilidad de que más personas participen del capital y de las de-

cisiones. La economía popular reconstruye una forma de resistencia o de sobrevivencia, como dice Lomnitz, es una forma de entrar al mercado como se pueda.

La llamada *economía solidaria*, por el momento, se encuentra en una posición ambivalente: por un lado promete *otro mundo posible* y por el otro se ubica como una opción para *pobres* o personas con *capacidades diferentes*, es decir, como una acción complementaria o subsidiaria de la del mercado.

La visión complementaria, en vez de alternativa, aparece en varios de los promotores de la ES. Coraggio (2009), considera que la articulación entre la economía de mercado, la social y las actividades del estado, como un esquema de *economía mixta*, mientras que Laville (2009), agrega que una de las funciones del Estado, es recaudar recursos, procedentes de la economía del mercado, para canalizarlos al sector social, que atiende los problemas de la pobreza. Cuanto más exitosa sea la economía de mercado, más recursos podía transferir el Estado a una economía social siempre deficitaria y necesitada de subsidios.

Éste pareciera ser el modelo teórico que opera en la práctica en Brasil donde, a partir del gobierno de Lula, se creó la Secretaría de Economía Solidaria, a la que se adjudican grandes éxitos en el “*combate*”¹⁴ a la pobreza. Sin embargo, estudios realizados, entre estas empresas solidarias, muestran que los participantes permanecen por necesidad, mientras pueden transitar al mercado formal y no por conciencia de estar construyendo *otra economía*, es decir, que en los participantes se evidencia formación subjetiva y poco consciente.

¿Economía para pobres u otra economía? La idea de otro mundo posible representa, realmente una posibilidad, o se limita a un *slogan*: ése es el dilema.

¹⁴ Nuevamente recurro a las comillas para remarcar que estoy parafraseando el lenguaje institucional que utiliza la palabra *combate*, que implica lucha se lucha contra enemigos, contra una epidemia no contra los pobres que ni son enemigos ni están enfermos.

Las dos posibilidades son factibles: por un lado la economía solidaria puede seguir siendo un sector subsidiario y subsidiado, siempre a la demanda del financiamiento de fondos internacionales y crecientemente públicos, por lo menos, desde que intelectuales al servicio del neoliberalismo descubrieron que a la sociedad civil se le podían transferir funciones de asistencia social y corresponsabilizarlos de las políticas públicas. La otra posibilidad es la de pensar en las condiciones necesarias para crear *otra economía*, una economía que no requiera la transferencia de subsidios, o la búsqueda de recursos externos, sino que pueda ser autosustentable.

El primer caso es el de proyectos seguramente bien intencionados, impulsados por organizaciones de apoyo, asesores o por las propias *organizaciones de base*, que promueven proyectos generalmente colectivos, para mejorar las condiciones de vida y por lo general¹⁵, orientados a producir mercancías para venta en el mercado. Los proyectos de producción para la venta comparten características con los aquí caracterizados como de economía social, de allí, que tanto adopten la forma cooperativa, cuando involucran varios miembros, como que los cooperativistas se asuman como los auténticos representantes de la *economía solidaria*.

En este libro sostenemos la posición contraria: tanto la *economía popular*, como la *social* (cooperativas y proyectos productivos de mercado incluyendo el comercio justo), no ofrecen la posibilidad de la construcción de *otra economía*, con *otra lógica*, otra forma de producir circular y consumir, que es como definen la economía solidaria la mayoría de sus propagandistas. Ambas constituyen formas de suavizar al capitalismo, moralizándolo y buscando alternativas de mejoría para sus integrantes, pero ambas, a lo más que pueden llegar, es a ser un sector diferenciado pero integrado a la denominada economía de mercado. Más democráticas, más distributivas, pero reproducen la lógica de la reproducción ampliada del capital, la producción de mercancías y la concurrencia a mercados que responden a los mecanismos de los mercados formadores de precios.

¹⁵ Agregó: por lo general, pues van en incremento los proyectos vinculados a la autosuficiencia.

Caillé (2009), en un libro en el que se discute ¿Que es lo económico? Da en el clavo cuando cuestiona el carácter subsidiario del sector de la economía social y, consecuentemente, sostiene que para constituir una opción de *otra economía*, ésta última requiere ser auto reproducible; en otras palabras, para ser una economía tiene que poder reproducirse sin necesidad de subsidios. Caillé considera que la llamada economía solidaria no constituye una opción diferente, y tiene razón cuando se basa en las experiencias existentes, ya por depender de subsidios, o por competir *como puedan* por una porción del mercado (comercio justo, o los consumidores solidarios). Pero puede constituir una opción si se piensa en las condiciones de reproducción socio- ambiental.

Aquí sostenemos que es posible construir una economía que opere con otra lógica. Para que una economía logre los fines de reproducción social, genere abundancia y equilibrio ambiental, requiere como condiciones *arraigo local, diversidad, reciprocidad, interdependencia*. De la presencia, de todas estas condiciones derivan consecuencias que luego se transforman, a su vez, en condiciones de reproducción, *autosuficiencia y autonomía*. Esta combinación de ingredientes tiene como referencia los sistemas biológicos, donde a mayor diversidad e interdependencia, mayor resiliencia y mayor estabilidad, o lo que es lo mismo, menor gasto de energía.

Para pensar una economía desde la reciprocidad y la interdependencia, es preciso cambiar la mirada, mirar desde las necesidades de las personas, desde lo local como espacio, como territorio; es decir, desde la demanda y no desde la oferta. Partir de la oferta significa pensar desde la “necesidad” de colocar las mercancías que se producen por montones, para ser vendidas y acumular, o eufemísticamente, generar riqueza. Lo escuchamos cotidianamente, hay que vender automóviles, por ejemplo, porque en caso contrario, cierra la empresa, amenazando de esta manera con el fantasma del desempleo.

Cuando se parte de la oferta, lo que importa es vender: *realizar la mercancía, no la satisfacción de necesidades*; por eso el capitalismo es un sistema tan ilógico, tan irracional, aun cuando sus apologistas apelan la *racionalidad de la elección*.

En cambio **la lógica reproductiva parte de la demanda**, es decir, de la necesidad. Este vuelco de mirada, supone una revolución copernicana¹⁶, pues modifica totalmente la perspectiva. Si la idea es satisfacer necesidades, lo primero que se transforma es la relación con la naturaleza, a la que se le extrae lo que se va a consumir (y no mucho más de lo necesario con el fin de acumular) o lo que es lo mismo, se produce en función de la demanda¹⁷.

El primer resultado sería que la producción disminuiría, pues ¿Qué sentido tendría producir más de lo que se puede consumir? Pero paradójicamente podría haber trabajo suficiente para todos. Para imaginarlo pensemos en números redondos: una comunidad con 100 familias, cada familia con 5 miembros y cada persona, niño o adulto, tiene al menos 100 necesidades diferentes y a éstas se suman las necesidades colectivas, tenemos un conjunto de más de 4 mil necesidades y cada una implica un trabajo para satisfacerla, y pensemos en la definición física del trabajo, como *esfuerzo + tiempo* que permite considerar como trabajo las necesidades que aún no se han mercantilizado; como la amistad que también implica invertir esfuerzo y tiempo.

Pero concretemos en cosas más visibles, por ejemplo, cuántos vestidos habrán de necesitar 500 personas, cuántos pantalones, cuántos uniformes escolares, cuántos pañales, y ahí paro, porque no voy a enumerar cada una de las necesidades. Pongamos que se requieren 500 vestidos, una sola modista no se daría abasto, haría falta más de una. Para satisfacer tal demanda puede haber varias modistas que trabajan en su casa, con sus estilos, habilidades e incluso costos, o pueden organizarse en una cooperativa de producción de vestidos y así con cada necesidad. Algunas cosas implicarían trabajos de tiempo completo, otras de tiempo parcial, porque su demanda es baja.

Diverso, en tanto a múltiples demandas-necesidades, se organizan trabajos variados, en un espacio determinado. Diversidad que

16 Copérnico, cambio la mirada de la ciencia al proponer que los planetas giraban alrededor del sol, y que por lo tanto la tierra no constituía el centro del universo.

17 En la tan vilipendiada sociedad medieval, las corporaciones, que eran las uniones de productores de una actividad un gremio, no permitían que se abriera un nuevo establecimiento, si no se había incrementado la demanda, para evitar que los talleres compitieran entre sí.

fue destruida cuando toda la oferta se concentró en un supermercado con productos elaborados al por mayor, en los sitios donde la mano de obra es más barata. Al destruirse la diversidad de ofertas, se destruyeron capacidades productivas, y se interrumpió la circulación interna. El ingreso se concentró, permitiendo su fuga hacia otras regiones.

La *interdependencia* se construye cuando esta oferta y esta demanda se vinculan, como vimos capítulos atrás; una persona que encarga un vestido a la modista, se corta el cabello en el salón, pero, a su vez, ofrece sus servicios como dentista. La pollería, por los montos que vende, puede comprar a vecinos los pollos de traspatio, y la recaudería las verduras de las huertas domésticas. Si los intercambios son en su mayor parte recíprocos o multi-recíprocos, se puede recurrir a diferentes medios de intercambio, el trueque, la compensación (como los bancos de tiempo), o vales (por no decir monedas locales. Las monedas complementarias sirven, entre otras funciones, para que el medio de cambio, no salga del sistema, de la región. Por eso muchos proyectos orientados a reforzar las economías locales, alrededor del mundo, recurren a crear su propia moneda.

En una comunidad basada en la diversidad y la interdependencia, el medio de cambio, llámese dinero, vales o crédito; circula como la savia en el árbol, o como la sangre en el cuerpo, alimentando a todos los miembros.

El ejemplo parece complicarse cuando se incorporan necesidades cuya resolución se presenta como propia de especialistas, por ejemplo, la prestación de servicios. ¿Pero, realmente la única forma de prestar servicios es de manera centralizada, o esta centralización derivó de la necesidad del Estado de concentrar poder? La noción de servicios públicos requiere muchas transformaciones, pero no imposibles. Transformaciones que también parten del cambio de mirada: de la producción, a la necesidad, para establecer cuáles pueden sustituirse, descentralizarse, o volverse de gestión colectiva. Para poder pensar en otro tipo de servicios; las tecnologías alternativas resultan un complemento casi indispensable.

Para imaginar esquemas de descentralización de los servicios, partamos del ámbito doméstico: los servicios de la vivienda incluyen el drenaje, la electricidad, el gas, el agua, el teléfono y recientemente, la conexión a internet. En primer lugar, el drenaje viene sobrando. El drenaje como dice Francisco Gómez Rabago, es el peor legado de los romanos a la humanidad; que convirtió algo manejable en pequeña escala, en una potencia destructiva, cuando se concentra a gran escala. Si se separan las aguas grises de las negras, las primeras, con un filtro muy simple, pueden usarse para riego y de esa manera se re-infiltran; por su parte, la materia fecal doméstica fácilmente se transforma en composta; ambas cosas, con el único costo adicional de unos pocos metros más de tubería y un depósito adicional. El manejo del agua y los desechos orgánicos, incluyendo la materia fecal, es sumamente sencillo a nivel doméstico. El agua se filtra y se infiltra utilizándola para regar; mientras que los desechos orgánicos, incluyendo la materia fecal, se pueden transformar en composta, no se requieren complejos sistemas de drenaje, enormes cacaductos para transportar toneladas de aguas servidas para contaminar ríos y mares.

El gas, para calentar el agua, puede ser sustituido por calentadores solares, y la tecnología de estufas solares, puede suplantar el requerido para cocinar. La tecnología de generación de energía por fotoceldas o eólica también está avanzando, para su manejo a nivel del hogar, o comunitario. La experiencia del manejo comunitario del agua, en muchas comunidades de México, puede extenderse a la prestación de otros servicios. La privatización de la administración del servicio de agua potable constituye una presión del Banco Mundial, hacia los gobiernos nacionales, que a su vez presionan a los estatales y municipales, para transformar esa necesidad en un negocio privado. Sin embargo, en varias partes de México, las comunidades se rehúsan a ceder el manejo del agua, y se establece un espacio de poder comunitario: las comunidades, también podrían administrar la prestación de servicios de energía; de hecho muchas compañías de luz y teléfono, se iniciaron como cooperativas comunitarias, administradas por los vecinos hasta su centralización en un monopolio estatal.

Hoy, las nuevas tecnologías posibilitan una nueva descentralización. Algunas actividades, tal vez no sean factibles de descentralización, pero cada actividad que implica la prestación de un servicio, que

se descentraliza, o que se asume a nivel local, supone trabajos locales e incremento de la diversidad y la interdependencia.

Ahora pensemos en otros servicios que se han vuelto indispensables en la vida actual. Servicios que se consideran *derechos inalienables*: la salud y la educación. En esta materia, la versión descentralizada sería –como lo fuera en el pasado no tan remoto– que la comunidad contrate y pague al maestro, o al menos que la comunidad tenga la capacidad de contratar y despedir a los maestros. Esto sería posible a nivel de escuela elemental, pero se complica en la medida en que se escalan grados. Lo mismo sucede en materia de salud, donde el médico general puede residir en la localidad y ser pagado por sus pacientes, pero no así con los especialistas o los hospitales de especialidad.

Por otra parte, se ha posicionado la idea de que la prestación de estos servicios constituye una competencia del Estado. Aún suponiendo que el Estado asumiera el financiamiento de la educación y la salud pública, sería diferente si los docentes fueran ratificados y evaluados por juntas de padres, y no como favor sindical; es más, que fueran los padres o la comunidad los responsables de contratar a los maestros. Los padres como todo ser humano, podrían ser sobornados y participar en componendas del tipo: *paso a tu hijo y me apoyas para que no me corran*, pero al menos se supone que los padres tendrían interés en que sus hijos aprendan, mientras que el sindicato lo único que busca como contraprestación es la lealtad política. Si se trata de apostar, yo apostaría por que los padres demostrarían interés en el aprendizaje de sus hijos. En cuanto a la salud, el proceso, aparentemente, se encuentra en marcha cuando se observa el incremento de pacientes de los médicos tradicionales o alternativos, que han logrado establecer reputación como facultativos buenos y honestos.

Una localidad con actividades suficientemente diversificadas, y donde las personas se han convertido en *pro-consumidores*, en el sentido que ofrecen y consumen localmente bienes y servicios, resulta relativamente *autosuficiente* y por lo tanto *resiliente*. Esto implica que puede superar las condiciones de aislamiento porque tiene en su entorno las condiciones para su reproducción. Subrayo el relativamente autosuficiente, pues las condiciones de reproducción

suponen sobre todo lo básico, pero no todo. Por un lado se encuentran productos que por condiciones naturales, sólo se dan en determinadas latitudes, como el café, el cacao, las frutas tropicales, entre muchas otras; por otro lado, las que podrían darse en todas partes pero su producción depende de calidad o talentos especiales, como los *bienes culturales* y los bienes o servicios que, por su naturaleza, requieren cierta concentración como los ya mencionados hospitales de especialidades, centros de educación superior y/o investigación, y ciertos productos. En la medida en que estos últimos también responden a necesidades, las localidades sólo pueden ser relativamente autosuficientes y requieren generar cierto excedente para acceder a aquellos bienes que no se producen localmente. **Pero ¿cómo hacer para que la producción de excedentes no se transforme en deseo de acumulación, de lucro y de caer nuevamente en la lógica de la reproducción ampliada del capital?** La solución se encuentra en la noción de *umbral* propuesta por Iván Illich.

Comparación entre distintas formas económicas del campo social

	Economía Social	Popular	Economía solidaria
Que produce/oferta	Mercancías Producen lo que pueda reportar ganancia a los socios	Mercancías No importa qué producen o venden sino ganancia	Bienes de uso en función de la demanda
Forma de intercambios	Vender barato para vender más o para ahorro de los socios	Venta	Reciprocidad, equivalencia, monedas locales
Lógica productiva	Ayuda mutua entre socios Eficiencia hacia afuera	Sobrevivencia / ganancia	Reproducción social ampliada / lógica reproductiva
Representantes	Cooperativas, emprendimientos, ejidos, micro-financieras	Economía informal changarros	Organizaciones comunitarias
Consumo	En el mercado formal, donde se mas barato	En el mercado formal	Local y reciproco
Organización	Democracia entre socios	Redes familiares Unidad domestica	Autogestión y autonomía
Medio ambiente	Ecología como negocio	Indiferencia	Relación orgánica hombre-naturaleza
Trabajo	Asociativo y asalariado	Acuerdos en familia	Creativo como realización

Fuente: elaboración propia.

Illich, un visionario en su tiempo, presintió los peligros de la industrialización, al percatarse que las máquinas, hechas para simplificar

el trabajo humano, podían terminar *dominando al hombre*, y a las mujeres desde luego. Muchos otros han mencionado la tiranía de las máquinas. Las máquinas estimulan la necesidad de producir más y más, y son las que provocan la contratación de trabajo asalariado; pero las herramientas son inermes, no tienen intenciones; por lo tanto para que terminen dominando a los hombres, deben ser máquinas animadas con la ***lógica de la reproducción ampliada del capital***.

Marx y los anarquistas intuyeron que el problema de la concentración de la riqueza se encontraba en la propiedad privada de los medios de producción y abogaron por su socialización o colectivización. Žižek, sostiene que sólo vieron el síntoma, no el trauma, no la causa; yo diría que no vieron la lógica, que conduce a la acumulación y ésta es la lógica de la reproducción ampliada del capital (Žižek, 2003). Una lógica es una relación causa-efecto, puede trasponerse a una fórmula matemática, $A + B = C$, la cuestión es cómo superar una lógica que inevitablemente lleva a la concentración, es en este punto donde entra la idea de **umbral**.

Hoy existen herramientas que pueden servir a los seres humanos, reconoce el propio Ilich, y allí es donde opera la idea de umbral. **Cada cosa cada actividad tiene su umbral, si se sobrepasa, se cambia de lógica**, se *mac-donaliza* la actividad. En las actividades productivas, el umbral se encuentra dado por las actividades o el ritmo de la producción que pueda absorber una unidad doméstica. Esto lo saben muy bien infinidad de artesanos que se resisten a la concentración y prefieren mantener sus talleres familiares. Referirse a una unidad doméstica no significa necesariamente una familia biológica, sino una que cumpla con las características identificadas como propias de la UD, es decir la ausencia de relaciones salariales, arreglos en ritmos y tiempos de acuerdo con las capacidades y disponibilidad de tiempo, para que los integrantes cumplan sus fines personales. Si se requiere contratar personal, establecer normas y horarios rígidos, lo más seguro es que se esté traspasando el umbral.

En otras actividades el *umbral* está dado por la calidad-calidez de atención. El médico no podrá tener más pacientes de aquéllos a quienes pueda atender, escuchando y prestando atención (valga la redundancia), en las horas del día. El director de tesis no podrá aceptar más

tesistas que aquéllos a los que pueda leer, hacer observaciones, orientar y realmente asesorar o dirigir. El maestro, no tendrá más grupos o alumnos de los que pueda recordar, reconocer y atender. La idea redundante en estos casos, es la de *atención*, que es también prestar atención, escuchar, conocer, interactuar.

La noción de umbral limita la producción, por ajustarse la demanda y por atender a la calidad del bien o servicio.

Cuando la cantidad de atendidos impida el conocer-escuchar- sentir con el otro, *solidarizarse*, entonces ya no se está prestando atención, ya no se atiende, y el otro se convierte de paciente–discípulo–alumno, en *cliente*, como pretende la prédica neoliberal. La noción de umbral, que también puede ser entendida como *límite*, permite definir el tamaño de la actividad económica, a ésta se suma al límite natural establecido por la demanda local.

En la historia de la humanidad, desde los primeros tiempos, se han identificado 3 tipos de dispositivos que permiten la vinculación entre los productores, es decir, *mecanismos de circulación*: la *reciprocidad*, la *redistribución*, y el *intercambio*. Los tres pueden operar simultáneamente en una misma sociedad; de hecho, así ha sucedido, pero en determinados momentos uno aparece como dominante. En este momento el mercado aparece como el dominante, e intenta atraer todos los intercambios a su lógica. Por eso, en este momento de imposición del neoliberalismo, se intenta mercantilizarlo todo: la cultura deja de ser considerada patrimonio de la nación y base de la identidad nacional para ser transformada en *industria cultural*; la *naturaleza* deja de ser pensada como madre dadora de bienes y es convertida en objeto de aprovechamiento por parte del *turismo ecológico*, la *diversión* trocada en industria del *entretenimiento*, los *alumnos*, trasmutados en *clientes*.

Comienzo con los dos últimos para dedicar más espacio a la reciprocidad, pues es la que refuerza la interdependencia y por lo tanto fortalece los lazos locales.

La *redistribución*, se produce cuando alguien, un ente, una institución, concentra bienes o dinero para luego redistribuirlos. Es el mecanismo por excelencia de las sociedades estatales. En México, antes

de la Conquista y los primeros tiempos de la Colonia la redistribución operó mediante *tributos*. En las sociedades modernas se recurre a la recaudación de *impuestos*, que se supone el Estado retorna en forma de servicios: la salud pública, la educación pública, pero también la recolección de basura, el alumbrado o las obras de infraestructura. Su operación tiende a requerir de pesadas *burocracias*, que son finalmente quienes deciden los criterios de la redistribución, tanto en lo que respecta a la forma y calidad de los bienes (de más está decir que podemos pensar en la calidad de la educación pública), como en lo referente a mecanismos de compensación: trasladar recursos de quienes más tienen a quienes lo necesitan, en función de criterios de equidad, o propiciar su concentración. Su máxima expresión, en tiempos recientes, es el llamado *Estado de Bienestar o interventor*, que supuestamente, *garantizaba* la satisfacción de necesidades a todos los habitantes. El principal problema en relación con la intervención del Estado en la economía y en la vida social, remite a la burocratización: la creación de una capa burocrática, que se abroga el derecho de decidir cuáles son las necesidades de la gente, y su contraparte: que la gente termina delegando y esperando que el Estado las provea, les resuelva sus problemas, con la consecuente des-responsabilización. Las personas, al esperar que el Estado resuelva los asuntos que les competen, dejan de involucrarse en la vida pública, con la consecuente sensación de vacío, de alienación. Para entender estas ideas basta con acudir a la imagen del burócrata que tenemos en la cabeza: un empleado abúlico, que sólo cumple a desgano con su horario de trabajo.

La relación de *intercambio de mercado*, se realiza mediante el establecimiento de precios, que se describió páginas atrás. Supone una transacción entre dos, en la que se intercambia un bien o servicio, que se paga con un medio de intercambio, generalmente el dinero, que salda la relación. La actividad de intercambio bajo este sistema tiene como fin *obtener alguna ventaja*.

Si la redistribución genera burocracia y desinterés, el mercado genera especulación y lucro, mientras que la reciprocidad teje relaciones sociales e interdependencia.

La *reciprocidad* establece una fórmula de circulación de bienes, que si bien sufre los embates del mercado, aún persiste. No ya como mecanismo institucionalizado¹⁸, pero sí en las relaciones cotidianas. Polanyi la define como: *movimiento de bienes y servicios entre puntos correlativos en grupos simétricos*. Este último concepto, el de grupos simétricos, tiene particular importancia, pues cuando se realiza entre no iguales, adquiere una dimensión perversa.

En palabras sencillas consiste en un regalo, un don, que se concede a otro y que genera en quien lo recibe, la tendencia a devolverlo, aunque no sea en el mismo tiempo o lugar. Ejemplos de relaciones de reciprocidad en la vida cotidiana abundan. Los regalos de cumpleaños, el intercambio de regalos en navidad, o los regalos de boda, pero también la ayuda en el cuidado de los hijos, el pedido de herramientas o algún alimento a algún vecino.

Los regalos que recibimos para el cumpleaños obligan. Si bien se presenta una reciprocidad inmediata, en tanto el festejado ofrece una fiesta y recibe regalos, cuando alguien acepta un presente y lo valora, intentará lograr un impacto similar para el cumpleaños de quien lo dio, o sea tratará de entregar algo equivalente o mejor. A eso se le denomina relación de don y contra-don, que implica tres relaciones sociales, *la de dar, la de recibir y la de devolver*. En el caso de los cumpleaños, el don y *contra-don* tiene una periodicidad anual, en Navidad suele ser simultáneo, todos dan y reciben, mientras que en el caso de los regalos de boda se difiere hasta que en la otra familia, haya una boda, o más claro, si le hago un regalo a la hija de mi hermano, la contraprestación deberá esperar hasta que se case un hijo mío.

Los regalos se supone que son *dones*, es decir son gratuitos, sin embargo no se encuentran exentos de cuantificación, *de acuerdo con el sapo es la pedrada*; por un lado incide el afecto, la devoción, el agradecimiento o el interés del que regala, pero por la otra, la noción implícita de reciprocidad: si A le regala a B en reiteradas ocasiones, y B no devuelve, A sentirá la no-reciprocidad, se cansará, e interrumpirá el ciclo.

¹⁸ Estudios etnológicos en diferentes partes del mundo han descrito casos en lo que la reciprocidad constituye el mecanismo principal de la circulación de bienes.

La lógica de mercado está afectando la reciprocidad, atrayéndola a sus mecanismos, al monetizar los intercambios. En el caso de los regalos de boda, a través de las listas o mesas de regalo y de los depósitos en cuentas, el obsequio deja de suponer una elección del que da y deja de tener un contenido simbólico para el que recibe. En la lógica de la reciprocidad, el objeto en cuestión tiene un valor simbólico, no sólo es un objeto, sino que tiene nombre: la lámpara de mi prima; contrariamente, cuando se aporta a una cuenta o a una mesa de regalos, sólo es dinero, un regalo impersonal.

Hay otras esferas cotidianas donde opera la reciprocidad. En las relaciones de vecindad aparece cuando un vecino comparte, por ejemplo, frutas de su árbol o un guisado; el que recibe devolverá el cazo lleno de algo equivalente: parte de la fruta transformada en mermelada u otro guiso. Con los favores sucede algo similar: si un vecino o amigo escucha en un momento de necesidad, se debe una escucha posterior; igual si cuida la casa, cuando uno se encuentra ausente, o a un hijo, en algún momento habrá que devolver el favor. Estos intercambios adquieren la forma de trueque cuando suponen un acuerdo: te cuido tu hijo el lunes y tu me cuidas el mío el jueves; o en la forma de objetos: te cambio mi suéter por el tuyo.

En buena parte de las sociedades tradicionales, los hijos contraen obligaciones morales con los padres, que los criaron, como lo demuestran las remesas que se envían a la casa paterna, más permanentes inclusive que las que se envían a la esposa. De hecho, en las sociedades modernizadas el concepto de obligación de los hijos hacia los padres, ha desaparecido.

Un componente de las relaciones no monetizadas es la noción de *equivalencia*. La equivalencia supone asignar valor a cosas distintas para que puedan ser intercambiadas, medida diferente del precio. El precio, como se mencionó páginas atrás, tiene como referencia las leyes de la oferta y la demanda, y como punto de partida —aunque no único—, el menor costo. El producto más barato establece la pauta para los restantes. La equivalencia, es un acuerdo, que no necesariamente toma en consideración el costo de producción o la eficiencia.

La *equivalencia*, aunque pueda implicar complejos mecanismos de asignación, posibilita escapar a la noción de precios; es más, histó-

ricamente le antecede. Tomo un ejemplo de Luis Lopezllera: la leche de una vaca ineficiente, que sólo produce 4 litros al día, no puede competir en términos de precio con la leche de las vacas “eficientes” de las que se obtienen 40 litros diarios, pero puede ser equivalente al maíz del campesino que obtuvo sólo 1 tonelada de maíz, por hectárea, que tampoco compite en términos de precio con el maíz de las llanuras fértiles, con un rendimiento de 10 o más toneladas por hectárea. Esa leche y ese maíz pueden ser equivalentes, no sólo porque ambos productos rindieron menos, en términos de mercado (aparecen como igualmente *ineficientes*), sino también, porque los que participan del acto de intercambio consideran que lo son, que un litro corresponde a un kilo, o a dos. El criterio puede ser que costaron el mismo tiempo de trabajo, o simplemente que son igualmente necesarios. Estos intercambios no necesitan recurrir a cálculos abstractos, y pueden apelar simplemente a considerar qué se necesita, es decir, aplicar el sentido común. Los gobiernos aplican criterios de necesidad, por encima de costo de producción, por ejemplo cuando establecen un precio máximo a productos de necesidad, generalmente mediante subsidio.

El sentido de equivalencia puede constituir la referencia del trueque, del comercio con algún medio de cambio (no necesariamente dinero convencional), pero también opera en la reciprocidad. Por último, el acto de *fiar*, así como los *préstamos* entre vecinos, se inscriben en las relaciones no-mercantiles en dos sentidos: conservan el sentido de la reciprocidad (recibo un préstamo / debo prestar), pero lo hacen mientras se encuentren exentos del cobro de interés. Esta es la gran diferencia, por ejemplo, entre las tandas tradicionales (donde mediante la aportación de los participantes se acumula un fondo, que se reparte por vez, mediante sorteo, hasta que todas las participantes recibían su tanda), con respecto de las microfinancieras que cobran interés y obligan a pagar más por lo recibido.

Todos estos mecanismos de reciprocidad crean comunidad, refuerzan los lazos entre personas, familias o amigos, y sirven no sólo para satisfacer necesidades materiales y afectivas, sino también, porque el individuo no se siente, ni se encuentra solo para resolver los problemas vitales: las personas se encuentran inscritas en entramadas redes de *solidaridad*, a las que se puede recurrir, o que simple-

mente estarán ahí. El éxito de los migrantes se encuentra en estas redes, que investigadoras como Larissa Lomnitz y Úrsula Oswald calificaron como *estratégicas de sobrevivencia*. En mi opinión, la expresión guarda un cierto dejo descalificatorio, pues al juzgarlas como de *sobrevivencia* o *supervivencia*, y al completar la idea —Lomnitz— con el concepto de *marginados*, pareciera vincular exclusivamente a los pobres, o como propias de pobres estas redes de solidaridad, por lo tanto, prefiero denominarlas *estrategias sociales*, redes que *crean sociedad* y cadenas permanentes de intercambio de favores y dones.

La idea de devolver lo recibido, decíamos, teje sociedad, pues las relaciones en vez de impersonales, adquieren nombre, se personalizan pero sobre todo se reproducen en el tiempo. Contrariamente, en la sociedad de mercado, los intercambios se realizan mediante un pago en dinero, que cancela definitivamente la deuda y no genera contraprestación, intercambios que tampoco generan sociedad, de allí que el individuo aislado sea el arquetipo de la sociedad mercantilizada.

En la definición propuesta por Polanyi se incluye el componente de *puntos simétricos*, pues cuando la idea de devolución o contra-don se realiza entre *no iguales* o no simétricos, suele presentarse la concentración de favores. La idea de devolver el favor se encuentra como componente del *clientelismo*, donde, para recurrir a un ejemplo burdo, quien recibe un regalo, de un candidato, se siente obligado a concederle el voto.

El *clientelismo*, el *caciquismo* y muchas organizaciones políticas y sindicales operan manipulando estas *lealtades primordiales*, cuando enfatizan o hacen sentir que proporcionan favores a sus partidarios, es decir que las cosas que obtienen de su parte aparecen como *favor* y no como *derecho*. Los líderes lo manejan deliberadamente, cuando dicen: *me la debes*, y esta deuda puede atribuirse tanto a un permiso sindical, a un aumento de salario, como a una plaza, que deberían ganarse por negociación del contrato de trabajo, o por méritos, y no como favor personal. El supuesto favor, suele cobrarse con favores políticos, tanto el voto como la incondicionalidad, y el acarreo.



9. Autonomía, subjetividad e interdependencia

La palabra autonomía aparece reiteradamente en el movimiento alternativo; constituye el motivo y la consigna de acción de nuevos y novedosos movimientos sociales, que la entienden como parte de la lucha contra el poder instituido, y por lo tanto con fuerza *destituyente*.

Pero también, la autonomía fue una consigna de la modernidad: el individuo como ser autónomo. El concepto de autonomía se refiere, al menos, a dos acepciones: la autonomía individual: el individuo autónomo, cuya condición de existencia e independencia es la posesión del dinero, con el cual puede satisfacer sus necesidades. Tal es la noción burguesa, que aparece en el desarrollo del concepto de sociedad civil y del ciudadano. A esta noción se opone la concepción de autonomía, que aflora reiteradamente en los movimientos sociales y en los proyectos de las organizaciones, y supone la autonomía de un colectivo, ya sea una comunidad, o un proyecto. En esta segunda versión, la condición de la autonomía —a diferencia de la anterior—, implica la interdependencia entre los miembros, al tiempo que independencia con respecto a los poderes superiores.

La autonomía individual o burguesa, expresa que un sujeto puede satisfacer todas sus necesidades sin necesidad de recurrir o depender de otras personas, es decir que puede comprar cualquier cosa. Por lo tanto, que el acceso a satisfactores en vez de estar mediado por relaciones sociales, aparece en la forma de bienes que se ofrecen en el mercado, y en ese sentido la autonomía depende de la posesión de dinero. La desviación de la autonomía burguesa es el *individualismo* extremo y el *solipsismo*.

Considerando esta transferencia de las necesidades al dinero, se entiende la tendencia a la reducción de la familia, que si en la modernidad (en su versión nórdica, más que mediterránea) remitía a la familia nuclear, en la posmodernidad pareciera transitar a la monoparental. Es decir, que ni siquiera la pareja aparece como necesaria, ante la absoluta autonomía que concede el dinero. Autonomía que acarrea por consiguiente, la ruptura de lazos, sociales y familiares¹⁹. Atendiendo a tal relación, podría explicarse el incremento de los hogares monoparentales, vinculado tanto con el trabajo femenino, como con el desempleo masculino. Independientemente de los motivos de los divorcios, es evidente que la familia aparece cada vez más pequeña, más pospuesta o más aislada, en consecuencia satisface menos necesidades de sus miembros, y las personas, aun en la familia, se muestran, cada vez, más autónomas, sin vínculos. No es casual que uno de los mitos burgueses sea el de Robinson Crusoe, que puede sobrevivir en completa soledad, criticado por más de un autor, al puntualizar que si sobrevive es porque tiene el bagaje de hombre “civilizado”, o simplemente por ser impensable la sobrevivencia de un ser aislado. El prototipo de la persona autónoma es aquélla que no necesita de nadie.

En el otro extremo, la noción de *autonomía comunitaria* o sectorial, implica el incremento de la interdependencia entre los miembros, es decir, que contrapone la autonomía con respecto al exterior, con la mayor dependencia al interior. Supone un tejido denso de redes donde cada elemento aparece como interdependiente. Para explicar este tejido denso, se recurre a la idea de *rizoma* (Maturana y Varela, 1980). La satisfacción de una necesidad depende de los demás, en principio de la familia e inmediatamente de la comunidad, en buena parte constituida por la familia extensa. El individuo, como ser autónomo, resulta impensable; si sobrevive es en función del sistema de relaciones que, cuanto más amplio mejor. Por eso, en las sociedades tradicionales, los hijos o las mujeres son considerados como riqueza,

¹⁹ Realizando trabajo de campo, una mujer otomí, me entrevistó a mí. Primero me preguntó si el automóvil que manejaba era mío, luego si tenía título y trabajaba, su conclusión fue contundente: entonces usted puede abandonar a su marido cuando quiere. Desde luego que no defiendo que haya mayor dependencia para impedir los divorcios, simplemente constato el hecho fáctico de la independencia económica como condición de la independencia personal.

y por el contrario, se cataloga como pobre a quien tiene pocas relaciones. Cuanto más densa es la red, más sólida es la sobrevivencia.

Definitivamente, no pretendo caer en la idealización de la comunidad, pero sí puntualizar que el individualismo, el aislamiento y la soledad, aparecen como las desviaciones de la autonomía individual. Finalmente, cada ser totalmente autónomo puede terminar siendo un Robinson Crusoe, un hombre solo. Por su parte, el problema evidente de la autonomía colectiva, es lo que Touraine (1997) aborrece como *tiranía comunitaria*, que por lo general se refiere a la limitación de la autonomía personal, la falta, pero también la dificultad, del desarrollo de criterios propios, del pensamiento crítico, o metafóricamente de *salirse de la caja*. El cuestionamiento, y la crítica, en un esquema de autoridad comunitaria, son entendidos como sinónimo de conflicto.

Si el aislamiento y la soledad aparecen como el precio del desarrollo del sujeto individual, crítico y autónomo, el problema del comunitarismo apunta a la pérdida de la individualidad y la capacidad crítica. El desafío, de la economía solidaria —centrada en lo local, las relaciones comunitarias de interdependencia, con autogestión de los servicios y orientada a la autosuficiencia y la autonomía—, tiene dos puntos problemáticos y como temas a resolver: ¿cómo no perder la capacidad crítica y analítica a nivel personal? y ¿cómo evitar caer en el clientelismo o el caciquismo? **Es decir, ¿cómo crear comunidad, con sujeto y reciprocidad, sin que se genere la concentración de lealtades?**

Considerando la posibilidad de al menos dos concepciones de la *autonomía*, se puede definir la existencia de al menos dos acepciones del concepto de *sujeto*. Por un lado, se encuentra la construcción del yo individual, separado de la familia y de la comunidad, en íntima relación con la autonomía personal. Un sujeto que además de no depender, conquista la libertad de conciencia, el criterio propio, la capacidad de juicio propia de la ilustración. La autonomía del pensamiento que se independiza del dogma religioso, de la patrística, y que en consecuencia puede ejercer sobre el texto, pero sobre todo sobre la vida el “criterio propio”, la *libertad de conciencia*.

En el otro extremo, el de la comunidad, también existe un sujeto, pero se trata de un sujeto colectivo, que involucra una subjetividad colectiva o compartida, que se conceptualiza en términos de *identidad*. Etimológicamente, el uso del concepto resulta acertado en tanto identidad significa, lo igual, idéntico.

El sujeto comunitario desarrolla al igual solidaridad —es decir relaciones recíprocas—, como capacidad de acción conjunta, conformando una red densa de relaciones que sostienen a las personas, no sólo en lo material, sino también en lo emocional; pero pierde albedrío personal. El voto en asamblea, propio de las comunidades, parece muy democrático, pero evita la disidencia.

La parte negativa del comunalismo, remite, por lo tanto, a la dependencia de las ideas y representaciones colectivas, que no se cuestionan, con alto contenido moral, más que ético²⁰. Eso significa que la persona no confía en el criterio propio, mediado por la reflexión, sino que se mueve por la *costumbre*, las *normas colectivas*; en tanto, si se rompe *la costumbre*, será motivo de sanción. La *tiranía comunitaria*, que menciona Touraine, remite a la escasa capacidad crítica y reflexiva. Sin embargo, cabe preguntarse si todo desarrollo de la capacidad crítica y analítica, debe llevar al individualismo, o si la existencia de relaciones y lazos densos implica siempre la tiranía del todo sobre la parte. **Este constituye el reto: crear comunidad con sujeto.**

La idea comunitaria tiene en México al menos dos referencias. Por una parte la concreta y real de las comunidades, sobre todo las indígenas, y la otra que se refiere a la comunidad, como comunidad de intereses. En México, el caso de las comunidades indígenas resulta paradigmático por la permanencia de formas de organización políticas y festivas, y los sistemas de representaciones, que han desafiado a muchos intentos de aculturación. Una particular organización indígena, con raíces anteriores a la conquista —sobre todo en los aspectos relativos al parentesco y territoriales, el *calpulli*—, o coloniales, como

20 La distinción entre moral y ética remite a la conciencia. La ética impregna de tal manera a la persona que es mandataria: impide realizar algo, por ejemplo no se puede robar o matar por conciencia, en cambio, en la conducta moral, lo que domina es el temor a la crítica, el qué dirán.

producto de la evangelización, que les habría impuesto formas de gobierno análogas a las existentes en sus órdenes.

Entre las características singulares que identifican a las comunidades tradicionales, se encuentran: la existencia de formas de gobierno, que combinan estructuras políticas y religiosas; un sistema exhaustivo de cargos en jerarquías crecientes; la existencia de sistemas festivos, que involucran a toda la comunidad, y formas de trabajo obligatorio, para actividades de beneficio común, así como divisiones por barrio; todas ellas englobadas en lo que en la discusión jurídica contemporánea se ha denominado los *usos y costumbres*.

Ha sido precisamente en la discusión de cómo adecuar los *usos y costumbres*, con las formas jurídicas nacionales —herencia del derecho romano—, que la noción de comunidad emerge, no tanto como un *topos* sino, como un *sujeto social*. Las organizaciones indígenas han reclamado, reiteradamente, el reconocimiento de la comunidad como *sujeto de derecho*. La referencia al derecho romano, del que la mayoría de las constituciones latinas son tributarias, no fue arbitrario —sino precisamente por esta distinción—, el derecho romano establece como sujetos a los individuos, las familias y las sociedades, es decir aquellas, producto de la asociación, pero excluye a las comunidades. En el caso de las comunidades, el sujeto colectivo es resultado del nacimiento, y por lo tanto obligatorio, irrenunciable.

Bajo esta noción de sujeto colectivo, se han generado, por ejemplo, problemas de violencia contra los conversos al protestantismo, expulsados o asesinados, por “negarse a participar en los sistemas festivos”. El tema que parece trivial, *participar o no en una fiesta*, tiene como referencia la integralidad del sistema comunitario, donde cargos políticos religiosos y rituales constituyen una unidad funcional, y el cambio de “religión” en realidad supone la disidencia con respecto al sistema total de la estructura social.

La noción de comunidad, en tanto que sujeto colectivo, sin duda presenta características que permiten su idealización, las relaciones íntimas, cercanas, la participación colectiva, así como tendencias igualitarias. De hecho han sido idealizadas. Este discurso apologético, no sólo aparece en analistas, los propios actores tienden a idealizar sus formas tradicionales y a presentarlas como modelos de sustenta-

bilidad y de democracia. Al pensar en las comunidades, es preciso no hacerlo de manera romántica y recordar que tras la inclusividad se esconden **formas patriarcales, de opresión y explotación**, un ambiente cultural cerrado, donde la disidencia es sancionada. Esas formas ejercen poder sobre el sujeto; es más, la idea de sujeto individual parece inexistente. Formas de *poder sobre*, características de estructuras de sometimiento y dominación: el poder de los ancianos sobre la comunidad, de los hombres sobre las mujeres, que niegan los conceptos de *democracia, igualdad y equidad*.

Si la posibilidad de formar comunidad se limitara a criterios de adscripción por nacimiento, la mayor parte de la población quedaría excluida de una participación comunitaria; la pregunta entonces es: *¿cómo se construye comunidad, en tanto intereses comunes?* Por una parte existen las comunidades des-territorializadas, de quienes comparten intereses, ya gremiales o de posición. Las comunidades académicas, constituyen un ejemplo de intereses gremiales, mientras que en relación con la posición, o la *visión de futuro*, los miembros de la *red de economía solidaria* constituirían otro ejemplo. Los miembros de la red, se supone, que compartimos un proyecto, además no somos los únicos, hay organizaciones, grupos, personas e investigadores que comparten una serie de ideas, sobre *otros mundos posibles*. Estas ideas, a veces, se transforman en prácticas, con la forma de proyectos. En ese marco se inscriben los encuentros, pero también las ferias donde se concretan intercambios, al igual que los proyectos de *comercio justo*, que vinculan a productores y consumidores, a nivel transnacional. Sin duda, estos encuentros e intercambios, fuera del territorio, ayudan a la sobrevivencia de los proyectos, pero aún permanecen como colaterales, no construyen economía en el sentido de tener capacidad de auto-reproducción. Para que así sucediera, la mayor parte de las necesidades deberían poder satisfacerse dentro de una red o de una relación de interdependencia.

A las comunidades virtuales o des-territorializadas, se suma la deliberada construcción de comunidades reales, es decir territoriales, como las llamadas *Comunidades de Transición* (Hopkins, 2008), caracterizadas por la previa discusión de normas y estatutos de relación. Evidentemente, estas nuevas comunidades, se diferencian sustantivamente de las comunidades tradicionales, tanto por la adhesión vo-

luntaria, como por la promoción de los acuerdos, o de los estatutos mediante la discusión colectiva, para la construcción de espacios comunes.

Cuando se pretende cambiar el mundo, romper con una forma de pensar, con una lógica, para crear formas renovadas de pensar transformadas en nuevos *habitus*, resulta indispensable apelar a la conciencia, a la formación de una nueva subjetividad, es decir recurrir a la discusión, y no al consenso educado, pero infértil. Ante esta evidencia cabe preguntarse si el concepto de comunidad es el adecuado o habría al menos que adjetivarlo, por lo pronto propongo ***comunidad razonada***.



10. Cómo cambiar el mundo

En términos generales, tanto en la izquierda marxista como en los movimientos alternativos, el tema del *poder* y de qué hacer con el poder, sigue constituyendo un parteaguas, que retoma la vieja polémica en torno a cómo cambian los sistemas, si *desde adentro* o *desde afuera*; si primero hay que tomar el poder para desde el poder cambiar la realidad, o si hay que **cambiar las relaciones sociales, en el presente, para crear un nuevo sujeto social.**

En general, en ambas corrientes existe la tendencia a la acción *prefigurativa*, es decir a la construcción de nuevas relaciones sociales, aun en el seno del capitalismo, donde emerjan nuevas subjetividades y conductas reformuladas. La acción *prefigurativa*, por no recurrir al nombre más utilizado, pero también vilipendiado, de *utópica*, o si se quiere en términos religiosos, de la *construcción del reino*; constituye la realización de proyectos, instituciones o modelos que operen con una lógica diferente a la dominante, pero sobre todo que refleje, **desde el ya y el ahora**, la sociedad que se quiere construir.

Recurrir a las prácticas pre-figurativas, como forma de transformación de la realidad, en cierto sentido alude a la imagen de cambiar el mundo sin tomar el poder, propuesta por Holloway (Holloway, 2002). El movimiento denominado *alternativo*, crecientemente identificado con la economía solidaria, pero también con muchos de los grupos *ecologistas* y con otras expresiones relacionadas con la *cultura* y la co-

Las prácticas prefigurativas aportan, en primera instancia, a la formación de subjetividad: a interiorizar nuevas ideas y generar prácticas renovadas, pero también, si se escalan y entrelazan, pueden llegar a constituir un sector diferenciado.

municación, se caracteriza precisamente por recurrir a la realización de experiencias concretas caracterizadas como *solidarias*, *modos de vida digna*, *sustentable*, o de *buen vivir*.

La diferencia entre *prácticas prefigurativas* y *estrategias de sobrevivencia*, es que las primeras operan con lógicas y fines diferentes a las hegemónicas, mientras que las de sobrevivencia conservan los fines y las lógicas vigentes, aunque incorporen elementos que suavizan los aspectos más urticantes del capitalismo y su versión extrema, el neoliberalismo.

La democratización de las decisiones, o el carácter asociativo, si bien pueden aportar a generar mejores relaciones, no son suficientes para el cambio de fines y de la lógica económica.

La diferencia radica en **QUÉ** se considera *alternativo*, o *prefigurativo*: si por alternativas se entienden aquellas experiencias vitales que aspiran a construir formas de relación no capitalistas, y que cuestionen las formas de pensamiento y acción establecidas en la modernidad, se está hablando de *prácticas prefigurativas*, de construcción de nuevas subjetividades, de *contrahegemonía* y también de *contracultura*.

Contrariamente, si el individualismo, la competencia y el afán de acumulación persisten como *habitus*, ya se trate de experiencias productivas o de partidos políticos, no importa si se toma el poder, o si se socializan los medios de producción, pues los protagonistas tenderán a realizar sus fines, competir y acumular de manera individual.

Las *prácticas prefigurativas*, además de constituir *nuevas formas de hacer economía*, comprenden una *dimensión política*, a veces subyacente, otras evidente, en tanto al tomar las comunidades en sus manos las decisiones sobre la vida social, re- asumen el poder de gestión sobre su vida. **Se convierten en agentes del cambio.**

Reflejan esa tendencia múltiples experiencias que hacen de la autonomía un espacio de aprendizaje de la democracia participativa: las comunidades autogestivas del Alto en Bolivia, los Caracoles Zapatistas, y otros proyectos autonómicos de raigambre tradicional. Prácticas de autogestión como las *empresas recuperadas por los trabajadores*

en Argentina, donde se eliminó la categoría de trabajo asalariado, al tiempo que se superó la división entre trabajo intelectual y el manual, y se ejerce el *poder-hacer, poder-pensar*. Experiencias que si bien no pueden considerarse como representativas de otra lógica económica, constituyen escuelas de un nuevo pensamiento, o de construcción de subjetividad. Su contradicción radica en que, ideadas en su origen bajo la lógica de la reproducción ampliada, se encuentran constreñidas a producir mercancías y a su venta en el mercado. Su origen las impele a la competencia en el mercado, y por lo tanto, a adaptarse a los dictados de competitividad, es decir *producir más con menos*. Si bien en algunos casos, en pro de incrementar la competitividad, se ha recurrido a disminuir gastos en la estructura administrativa y de supervisión, que es asumida por los propios trabajadores, también es cierto que al convertir al salario en *reparto*, la disminución de ventas repercute sobre el monto del reparto, pero también en que los trabajadores autogestionados deciden por propia voluntad disminuir sus ingresos en función de mantener precios competitivos cayendo en la auto-explotación.

Las *prácticas prefigurativas* como espacios de construcción de subjetividad, es decir de nuevas ideas, cambio de valores y prácticas renovadas, pueden ser sometidas a dos tipos de críticas: la de la propia práctica, examinando *qué tan arraigados se encuentran los nuevos valores* como guía de la acción, y la de su *efectividad como vehículos del cambio*.

La observación de los procesos de construcción de subjetividad comienza a ser un campo fértil para la exploración de los procesos de cambio. En el caso de la economía solidaria, con el énfasis recurrente en la cuestión valorativa, remite al análisis del impacto de los valores sobre la conducta, y de los motivos de la acción.

Renunciar a los fines y las lógicas de la economía capitalista, implica pasar de la idea de generación de ganancia a la de satisfacción de necesidades, y consecuentemente, de la lógica de la reproducción ampliada de capital, a la lógica reproductiva, o la reproducción social ampliada de la vida.

Para el caso de Brasil, Nardi (2007) encontró, en las Empresas Solidarias para personas excluidas, que la formación de subjetividad alternativa era débil y si los beneficiarios permanecían en ellas era simplemente por su dificultad para encontrar empleo formal. En el caso de México, y previa observación de múltiples ejemplos en los que la práctica contradecía el discurso humanista, solidarista y centrado en el hombre (y porque no de la mujer), decidimos aplicar una encuesta a los protagonistas de la economía solidaria para *ver qué tan solidaria, es la economía solidaria*.

El resultado de la aplicación de las encuestas muestra que, buena parte de los participantes en redes de economía solidaria o proyectos alternativos, si bien rechazan las formulaciones neoliberales, aceptan por igual las correspondientes al estado de bienestar, con las del pensamiento alternativo, pero que estas preferencias no se reflejan en la práctica. Los indicadores utilizados para verificar la congruencia, muestran una escasa transformación de las prácticas.

11. Representaciones, valores y cambio social

En la transformación de la sociedad, las representaciones sociales y las ideas sobre el mundo, cumplen un papel sustantivo, y en ocasiones impredecible, como lo fuera en su momento el protestantismo, o antes el cristianismo. En el movimiento alternativo, como propuse en páginas anteriores, la orientación a *valores* y las referencias a la ética, aparecen de manera recurrente; la pregunta es cómo se reflejan esos valores, en las ideas sobre la realidad y si éstos se reflejan en la práctica cotidiana.

En este momento, el proyecto hegemónico es el neoliberal, y debería reflejarse en las representaciones de la gente; sin embargo, no es así, aún no ha podido convencer, totalmente, o al menos no ha logrado desplazar las ideas preexistentes: las del Estado de Bienestar.

Si durante 50 años, el Estado asumió la tutela de las personas, del bienestar social y de la economía, no es de extrañar que haya generado una *conciencia*. De hecho, en las representaciones y percepciones de la gente, la idea del estado proveedor, aparece reiteradamente en la vida cotidiana, por ejemplo, cuando no pueden entender la desaparición del sistema de jubilaciones o de atención médica.

Por su parte, treinta años de bombardeo neoliberal, también deben haber impactado en la conciencia. Estos dos modelos de pensamiento corresponderían a los modelos en pugna: el *neoliberal hegemónico*, en este momento, y el *interventor* que no termina de desaparecer y amenaza con volver y que sobre todo se encuentra arraigado en la cultura de varias generaciones y en la cultura política mexicana.

A estos dos paradigmas agregamos un tercero: el alternativo²¹ que presenta un matiz anticapitalista —no siempre de manera consciente—, en la medida en que cuestiona los valores del sistema.

Mientras el neo-liberalismo y el estado de bienestar constituyen dos caras diversas pero complementarias, del sistema capitalista, crudo o medicado²², **el pensamiento alternativo rechazaría los valores fundamentales de la acumulación, la competencia y el dinero, como la medida del éxito.**

Los impulsores de la Economía Social y Solidaria se reconocen como herederos de los movimientos sociales preexistentes —la economía popular, el sector social de la economía (ejidos y comunidades), y del movimiento cooperativista—, pero mientras éstos buscaban alternativas dentro del sistema, el nuevo movimiento pretendería situarse, si bien no fuera del sistema, como un subsistema que opera con otra lógica, y que en vez de reclamar concesiones, como lo hacía el modelo sindical, pretende lograr una especie de autonomía o autogestión.

El asociacionismo del Siglo XIX compartía el espíritu de su tiempo y creía en el progreso, de allí que sólo se propusiera moralizar al capitalismo mercantilista; asimismo, se mostraba proclive a que sus creaciones, mutuales, sindicatos y cooperativas, fueran absorbidas como funciones del Estado. Por el contrario, la emergencia de la actual oleada de búsquedas navega en el mar del desencanto con el progreso y el desarrollo, y si bien mantiene el énfasis sobre los aspectos asociativos (al igual que en el siglo XIX), incorpora como componentes la inminente crisis medioambiental producto de la orientación tecnológica empleada, la recuperación de la pluralidad cultural, amenazada por las tendencias homogeneizantes de la globalización, así como la necesidad de garantizar los trabajos remunerativos para las generaciones futuras, que la industria robotizada y tecnologizada, ya no está dispuesta, ni puede generar.

21 Boaventura de Souza Santos (1995), que sólo menciona dos paradigmas e identifica a la expansión de la economía solidaria como señales de un paradigma emergente.

22 Ubico al liberal como crudo mientras que al considerar al de bienestar como medicado, remito a que a Keynes se le denominó el médico de cabecera del capitalismo.

En el análisis del cambio social, las formas de pensamiento cumplen un papel sustantivo. El marxismo las definió como ideologías, y las tradujo como ideologías políticas. En este caso prefiero recurrir al concepto antropológico de *representaciones o visiones del mundo*, porque la ideología supone un nivel de sistematización, mientras que las representaciones sociales, se refieren a los juicios que se hacen sobre la realidad, es decir, cómo se valoran ideas o cosas, a qué se le concede valor positivo y qué se rechaza como negativo; en consecuencia, tienen importancia porque operan como guías de la conducta cotidiana.

En las sociedades complejas se puede suponer que existen diferentes formas o paradigmas de pensamiento, coincidentes con la posición de los sujetos, ya sea que estén de acuerdo o en contra de la situación en la que viven. En la situación actual, presupongo la existencia de tres formas generales de pensar la realidad, si se quiere, tres *modelos culturales*, en cuanto a que la cultura es una forma de *ver, juzgar y actuar*:

La descripción que se presenta a continuación no pretende abordar la lógica económica, sino las *ideas-eje* que aparecen en la *conciencia* como causa eficiente, o como justificación; es decir, las representaciones en la conciencia, las que se usan como argumento para defender políticas y prácticas.

11.1 Estado de bienestar y des-responsabilización

Si bien, se suele atribuir la emergencia del Estado de Bienestar a la influencia de la teoría keynesiana, que justifica la necesidad de la intervención estatal para regular, conducir y, sobre todo, aminorar los *costos sociales* de la competencia (reflejados en la miseria y el descontento de la población), los *costos políticos* (sobre todo las guerras), y los *costos económicos* (las crisis recurrentes) del liberalismo; sería erróneo, y representativo de la visión de la historia, que adjudica a los personajes las decisiones sustantivas, el olvidar que tras la propuesta keynesiana se encuentra un largo proceso de luchas obreras y sociales, y que las instituciones de seguridad social, constituyeron conquistas, producto de luchas sociales.

La imagen del charro acomodaticio, enriquecido, corrupto y oportunista, esconde o desdibuja la heroicidad de los combates obreros y el profundo significado que tuvo, en su momento, conseguir la libre asociación, o en otras palabras, el reconocimiento de los sindicatos. Los primeros intentos de organización obrera fueron vistos y calificados como subversivos; en consecuencia, reprimidos con la violencia que la *subversión* suele generar. La organización obrera fue producto de sangre, sudor y lágrimas, así como de acciones heroicas y arriesgadas, antes de que el estado cooptara y corrompiera al sindicalismo y a sus líderes.

Por otra parte, el hecho de la cooptación no puede atribuirse a la decisión de algún gobernante, o a la sugerencia de Keynes, sino al reconocimiento del potencial político de las masas, en vistas de la magnitud de la movilización social. De manera análoga, la *doctrina social de la Iglesia* no puede atribuirse a una súbita concientización papal, sino como respuesta a que las doctrinas anarquista y socialista, estaban alejando a los fieles de la Iglesia.

De la misma manera, se olvida que la seguridad social no la inventó el Estado, le antecedieron múltiples formas de asociacionismo y ayuda mutua, en dos vertientes: las desarrolladas por los propios trabajadores y las lideradas por la Iglesia. Las de los trabajadores, desde un modesto inicio, juntando fondos para el féretro o el entierro de compañeros, hasta la constitución de mutuales, comprendiendo desde servicios médicos hasta financieros, tuvieron como repertorio o modelo, algunas de las actividades de los gremios medievales.

Antes de ser cooptada o subsumida por el Estado, la *seguridad social* comenzó siendo *asistencia mutua*, origen etimológico del concepto de *mutual*, y cuyo campo semántico incluye *recíproco*, *reciprocidad* y *solidaridad*. Fueron estas las ideas que animaron los pequeños ahorros, guardados en la caja²³ del santo patrón del gremio y bajo su protección; fondos con los que afrontar emergencias, que cuando crecieron alcanzaron para ayudar a las viudas y los accidentados, constituyendo la base de las pensio-

²³ De allí el nombre de caja de ahorro, cajas populares.

nes y jubilaciones. Cuando siguieron creciendo, igualmente sirvieron para préstamos y se convirtieron en bancos o cajas de ahorro y préstamo, o bancos populares.

No sólo la imagen protectora del santo refleja la incidencia de la Iglesia, también se registra la intervención directa de la Iglesia como institución, una incidencia natural y otra política. La “natural” remite a la parroquia como espacio de agrupación territorial y la iglesia como sitio de reunión (junto con la cantina, o más respetable que la cantina), y la presencia del párroco como autoridad moral. La política remite, como antecedente remoto, a la cofradía y las instituciones hospitalarias que formaban parte de los mecanismos de control social de la Iglesia medieval. Más cerca en el tiempo, ya en la modernidad, la encíclica *Rerum Novarum*, instruye a las huestes católicas a disputar la conciencia de los trabajadores que, *descarriados*, se estaban pasando en masa a las ideologías materialistas y ateas del anarquismo y el socialismo, constituyendo sindicatos y mutuales católicas.

Si remito a estos aspectos históricos, bastante conocidos, es para remarcar cómo se han borrado de la memoria colectiva, y en la actualidad de manera generalizada se adjudica la creación de la *Seguridad Social* al Estado, que se apropió de instituciones preexistentes.

El Estado se apropió y refuncionalizó viejas estructuras asistenciales de la Iglesia, y las creadas por los propios trabajadores. El estado de bienestar no inventó la seguridad social, las prestaciones sociales ya existían de manera autogestiva o en manos de la Iglesia (que cuando podía también las convertía en negocio).

Las de *ayuda mutua* fueron autogestivas. En sustitución de la reciprocidad propia de las relaciones vecinales, crearon mecanismos de acumulación colectivos, que podían aplicarse a una persona necesitada, y al hacerlo establecieron *mecanismos solidarios de redistribución*.

El mecanismo solidario, originado en las mutuales autogestivas, se transfirió a los sistemas de seguridad social del Estado, al menos hasta la llegada de los fondos de ahorro individuales, que con mentalidad utilitaria, idearon la forma de transformar en negocio, lo que surgió como solidaridad.

La lógica anterior partía de que la masa de trabajadores iría en aumento. Cuando el Estado, bajo las indicaciones de Keynes, decide asumir el modelo del *Bienestar Social*, se apropia, de diversas formas, de los sistemas anteriores de solidaridad intergeneracional. En otros casos, reinventa modelos solidarios, desde el Estado —generalmente cuando el movimiento obrero era inexistente o no había logrado construir sus propias formas de seguridad social—, como en el caso del Seguro Social en México.

En realidad pocos fueron los Estados que pueden atribuirse plenamente el calificativo de Estado de *Bienestar*; los que más se acercaron fueron los gobiernos socialdemócratas de los países nórdicos. El conjunto de prestaciones sociales incluidas en el paquete de *bienestar* comprenden: la *educación* en todos los niveles, la *salud*, las *pensiones y jubilaciones*, *seguros de desempleo*, la vivienda o el *financiamiento para la vivienda*, es decir que cubren las denominadas necesidades básicas. Las prestaciones sociales incorporaron elementos de consumo como tiendas, créditos de diferentes tipos, facilidades de acceso al turismo, al punto que los obreros y trabajadores beneficiarios, llegaron a considerarse de *clase media*.

Las organizaciones de los trabajadores, reprimidas en un principio por gobiernos pro patronales, se volvieron atractivas en la medida en que se descubrió su potencial político. El interés de capitalizar la capacidad de movilización y de votos, de los trabajadores organizados, estimuló la emergencia del populismo. De la alianza entre líderes populistas y el movimiento obrero, resultó el papel mediador del gobierno entre *el capital y el trabajo*, así como la cooptación del movimiento obrero mediante cuotas, en puestos de representación política, propias del corporativismo.

Las prestaciones sociales fueron poco a poco asumidas como derechos sociales e incorporados a las Constituciones. En términos de conciencia, o de representaciones, la gente se acostumbró a ver como natural que el Estado fuera el responsable de proporcionar educación, servicios de salud, jubilación, viviendas, auxilio en caso de emergencia, que mediara en los conflictos con los patrones, entre otras atribuciones. Hasta que llegó el neoliberalismo.

La gente, con pocas salvedades, pronto se olvidó que habían sido ellos los creadores de las instituciones, y se acostumbró a que al gobierno asumiera tales funciones. Sólo unos pocos resistieron, enarbolando el principio de *subsidiariedad*, ya por entender que la invasión de las funciones de las instituciones menores por las mayores, atentaba contra su supervivencia o, como en el caso de la educación, por la disputa sobre el control ideológico que representaba.

El Estado se apropió la formación de la niñez y de la juventud, con la educación pública; pero también apartó a las generaciones mayores —sobre quienes en muchos casos recaía la trasmisión de saberes y el cuidado de los niños—, la generación de los abuelos. Al separar las generaciones, restó a la familia la responsabilidad sobre el cuidado de los mayores²⁴.

Si bien la atención médica en tanto competencia de especialistas²⁵, sólo en el primer nivel de atención —el del autocuidado—, puede ser apropiado por la familia, la relación especialista paciente se inscribía, en las sociedades tradicionales, y hasta no hace mucho tiempo, en redes de relaciones sociales, donde el médico de familia o curandera, se incorporaba como parte de la familia, estableciendo relaciones de parentesco simbólico. El médico de la familia era *como de la familia*, ya fuera en la versión tradicional de los especialistas locales (yerbera, partera comadrona), o en la de *médico de familia*, que por encima de las relaciones monetarias formaba parte de las relaciones de reciprocidad. Las visitas domiciliarias de esos médicos eran asimismo visitas sociales y además de ver al paciente se quedaban a conversar a tomar una copa o comer, es decir que no existía la medición de la atención

24 La aseveración puede resultar sorprendente: ¿Cómo el Estado puede incidir sobre una norma de parentesco? La familia extensa, característica de muchas sociedades tradicionales, suponía una división del trabajo al interior, con responsabilidades mutuas, o relaciones recíprocas. Si la nueva pareja se responsabilizaba con respecto a la generación anterior, no sólo suponía el pago de la “deuda” porque sus padres los criaron, sino además, por las funciones que éstos cumplían en la trasmisión de saberes, y el cuidado de los niños. El desplazamiento de los abuelos fue resultado de varios procesos simultáneos: la institucionalización de la jubilación y los fondos de retiro y por consiguiente el que los adultos dispusieran de ingresos, les concedió “independencia; por otra parte, los cada vez más reducidos espacios de las viviendas de interés social, dificultaron su residencia con las generaciones subsiguientes.

25 En esta y otras sociedades, los curanderos, brujos, chamanes etcétera, siempre son considerados especialistas.

en la relación tiempo-dinero. La *Medicina Social*, por el contrario, es impersonal, difícilmente se intima en los 10 minutos de consulta, y al estar estandarizada la atención, el facultativo no suele ser el mismo, en cada cita.

En los casos antes mencionados el Estado absorbió funciones que eran competencia de la familia; adicionalmente logró incorporar o cooptar las formas organizativas, producto de las luchas obreras. El sindicalismo como forma autogestiva de la organización y la lucha obrera, terminó convertido en un espacio de la burocracia sindical, cuando obtuvo el reconocimiento corporativo, la participación en política y la negociación paritaria con el estado. El *clientelismo*²⁶ se convirtió en un mal endémico, al menos en las sociedades latinoamericanas.

¿Cuál fue el secreto del éxito, o más bien de la capacidad hegemónica, de un modelo, que provocó la transferencia de funciones, su absorción por parte del Estado y la consecuente *des-responsabilización ciudadana*? Entiendo por *des-responsabilización*, no sólo el traslado de funciones de la familia y las organizaciones sociales al Estado, sino del mismo modo, el hecho de responsabilizar al gobierno de toda acción social o política.

Al responsabilizar al Gobierno por todo lo que sucede (crisis, falta de empleo, disminución de ingresos, encarecimiento de precios, catástrofes naturales), pero también de la atención o falta de atención social; y consecuentemente, demandar su intervención —por ejemplo, en auxilio de *damnificados* por catástrofes, o la pérdida de ingresos—, los sujetos apelan a una representación: la *noción de apoyo*; base de una política concreta: la *des-responsabilización ciudadana*, o lo

El largo proceso de traslado de las funciones de la sociedad al Estado, fue generando la representación de que al gobierno le compete la reproducción de la vida social.

²⁶ El clientelismo político es entendido como el "...intercambio personalizado de favores, bienes y servicios por apoyo político y votos entre masas y elites" (Auyero, 1997:181).

que es lo mismo: **la delegación de funciones y responsabilidades, en papá gobierno, de allí su nombre de *paternalismo*** .

El éxito, de este modelo de delegación, radica en la seguridad: la seguridad de la atención médica, buena o mala, la seguridad del retiro, la seguridad de la educación, la estabilidad, que es otra forma de decir seguridad de empleo; en síntesis la vida asegurada, sin riesgo.

Por eso, al retirarse el gobierno de las funciones, que con el paso del tiempo aparecían como propias, la gente se siente desamparada. “... la relación que establece el Estado con los más pobres de la sociedad es la misma: se asegura una clientela estable, no organizada, ni conflictiva, sino pasiva y agradecida...” (Zibechi, 2006: 2). La función del Estado como mediador, como ejecutor, y por lo tanto, como responsable de éxitos y fracasos se ha instalado en la conciencia y en las representaciones colectivas.

Las funciones de las que se apropió el Estado, o delegadas en el gobierno, constituyen las ideas-eje del paradigma del *Estado de Bienestar*. Bajo este paradigma, la representación de una *buena vida* remite a la obtención de *empleo estable*, que proporcione acceso a las formas de *seguridad social* (atención médica, posibilidad de retiro, sobre todo).

11.2 Globalización y neoliberalismo

Ambos términos frecuentemente se confunden, tanto en la aprobación como en la crítica. Por eso a quienes se oponen al neoliberalismo se les denomina *globalifóbicos*.

Si bien son fenómenos concurrentes, globalización y neoliberalismo no son lo mismo. Mientras la globalización se refiere al incremento de las conexiones y relaciones a escala mundial, cambio que se relaciona con modificaciones tecnológicas, el advenimiento de la sociedad cibernética, que ha propiciado la existencia de la sociedad en red, el *neoliberalismo se refiere a la política económica centrada en la autorregulación de los mercados*.

La confusión es aprovechada, arteralmente, por los defensores del neoliberalismo, para ensalzar la globalización y evitar tener que justificar el modelo económico. Si bien el modelo neoliberal se sintetiza en la fórmula de los *mercados autorregulados*, tal formulación sólo es comprensible por los economistas y no resulta muy *vendedora* como consigna política; de allí que requiera traducirse en ideas-motivo y críticas concretas a otras propuestas.

Un movimiento social requiere una idea, una consigna y una crítica a la propuesta contraria. En este caso, la crítica se centra en la intervención estatal en la economía, y sobre las instituciones vinculadas al Estado de Bienestar: las de seguridad social y el sindicalismo. Estas críticas se complementan con la idea de la mayor eficiencia de la iniciativa privada, tanto en la gestión privada como la pública, y la consigna: *enriqueceos*. La quimera de que cualquiera puede hacerse rico, si es lo suficientemente competitivo, es el gran gancho del liberalismo.

Si en algunas situaciones, para imponer un nuevo modelo, fue necesaria una revolución o una gran transformación tecnológica, para concretar la caída del Estado de Bienestar (cuyos críticos denominan interventor) pareciera haber bastado con el *cuarto poder*, los formadores de opinión. Su capacidad destituyente se ha mostrado tan efectiva que sería conveniente analizar a profundidad el papel que han jugado en la difusión del neoliberalismo y el *american way of life*.

A los informadores puede culpárseles de haber difundido un ideario neoliberal muy sencillo, pero con el que ganaron las conciencias de la población, y quien no haya estado de acuerdo alguna vez, con alguno de estos argumentos *que lance la primera piedra*. La predica neoliberal incluye temas como: la valorización del dinero como medida de éxito y de poder; la naturalización de los mercados como si fueran sujetos; y la expectativa de la atracción de IED (Inversión Extranjera Directa); el poder de la opinión pública, y el elogio de la iniciativa privada, entre los argumentos a favor; a estos se agrega la descalificación de sus adversarios: la burocracia, el sindicalismo y toda forma de protección del trabajo (desregulación), que reste competitividad para atraer la mítica IED, así como la devaluación/difamación de la política y los políticos.

Los medios y los comunicadores cubren un importante papel en la *fetichización* del dinero y en la entronización del dinero como único valor, bajo el matiz de inocuos programas de diversión. En la sociedad actual, el dinero aparece como la única medida del éxito. Uno de los problemas más graves de esta valorización del dinero, es que acaba con todos los valores previos, en pro de una competencia ilusoria, pues el dinero sigue concentrándose en menos manos. Plantea una ilusión vana para las mayorías y una permanente frustración en los individuos, aún peor que la falta de libertad.

En consonancia con el prestigio que se concede al dinero, se agrega el argumento: *el que paga manda*, y que lleva a expresiones como: “yo pago mis impuestos”, “pagar impuestos es participar”, argumentos que unidos, suponen un posicionamiento en contra de las funciones redistributivas del Estado, en tanto se pretende que los impuestos se reinviertan en las zonas que los generan. Por su parte, los programas de TV, sobre todo los concursos, estimulan la idea de que no importa qué se haga, ni la dignidad de la persona, ni las humillaciones, si el premio es dinero, o *aparecer en la T.V.* La visibilidad ante las cámaras y el dinero se presentan como metas deseables a cualquier precio. De allí que los arquetipos modernos sean los miembros del *star system*, pero también los narcos.

Consecuente con la entronización del éxito medido en dinero, y del poder como corolario de la riqueza, se encuentra la mistificación de *los mercados*. En la jerga de los comunicadores, *los mercados* adquieren vida propia, se han autonomizado con respecto de las personas. Los comunicadores hablan permanentemente de los *mercados*, como entidad que piensa, decide y domina nuestras vidas, y han logrado esconder la esencia de la riqueza como producto del trabajo humano.

En el lenguaje de estos *nuevos economistas* sin título y de los economistas con título a los que entrevistan, la producción pareciera no existir, los mercados se autorregulan, dependen de sí mismos, tienen existencia autónoma, cuando mucho dependen de algunas políticas, pero la más de las veces, *dictan las políticas*. En algunos contextos han hecho creer a los ilusos que pueden vivir de la especulación, aunque la mayoría jamás poseyó una acción.

El efecto, de esta mistificación de los mercados, es la sensación de dependencia con respecto a una entidad abstracta, que controla nuestras vidas. La noción de *los mercados* anula la de: *el mercado*, es decir la indisoluble relación entre productores y consumidores. Pareciera que no les conviene que se constataste que sin productores, no habría consumidores y sin consumidores no hay productores.

Los mercados también son tiranos. Dictan la calificación de un país, determinan el índice de competitividad, que inciden en que se atraiga la IED (Inversión Extranjera Directa), y terminan influyendo sobre las decisiones de los políticos. La mítica IED ha sustituido, en el imaginario, a los préstamos de los organismos internacionales; se espera que si la IED llega, todos los problemas se solucionarán. En realidad omiten decir que el índice de competitividad, significa menos regulaciones, y menos regulaciones significan también trabajo precario, inestable, sin prestaciones. Esconden también que es una inversión volátil, y que la IED, en cuanto encuentre un paraíso de mercado de trabajo menos regulado, habrá de emigrar, cual dulce golondrina.

El poder de los medios, aparentemente, se legitima en función de dar voz al supuesto *poder de la opinión pública*, o lo que es lo mismo, el hacer creer que se puede *opinar sin saber*, y que opinando se *participa*. Las llamadas *consultas a la opinión pública* que organizan estos comunicadores, no son otra cosa que las llamadas del público transmitidas al aire, que hacen pasar como *participación ciudadana*. Las preguntas generalmente están mal formuladas, resultan imposibles de ser contestadas con un sí o un no, o llevan implícita la respuesta.

Además de los problemas de la desviación de las supuestas encuestas, ya tratado, los comunicadores influyen en la orientación de las respuestas mediante mecanismos de sanción y estímulo. Para descalificar a algún personaje, se atienen a una fórmula infalible, la burla. Al ridiculizar a alguien, se promueve la actitud vergonzante de quienes pudieran ser sus adherentes. La fórmula se repite en los diferentes países y en la mayoría de los comunicadores, pareciera que existiera una escuela donde aprenden el arte de la descalificación.

Como corolario de aquello que exaltan, se encuentra la idea cúlmen en de que *la competencia y el libre mercado son buenos para*

las naciones, pues triunfa el más capaz; la competencia estimula la productividad y saca lo mejor de cada uno, idea que repiten con manifiesta ceguera frente a las crisis recurrentes y los incrementos mundiales de la pobreza. Pero sobre todo, son responsables de difundir una gran mentira: que en la competencia todos tienen *chance* de ganar, sólo es cuestión de esfuerzo. La realidad ha demostrado que en las competencias sólo ganan unos pocos.

Entre las mentiras que, a fuerza de ser repetidas aparecen como verdad, se encuentra el presentar a la iniciativa privada como expresión fehaciente de la capacidad de gestión y de éxito; exaltan la eficiencia administrativa de los empresarios, *honestos*, éticos, preparados e interesados en el desarrollo global. Demás está decir que no nos va tan bien con la administración privada; por otra parte, su honestidad también deja que desear. Este constituye el ideario positivo. El negativo es más extenso y su implantación recurre a la burla, el escarnio, y la sanción moral, los “qué barbaridad”, “como puede ser”, “usted cree”, dirigidos al auditorio, sirven para reforzar estas ideas.

Pero los medios son solamente eso, medios, que se utilizan, desde el poder, para imponer en la conciencia, en las representaciones de la gente, el ideario neoliberal. En las universidades se forma a los comunicadores, al igual que a las carreras vinculadas de mercadotecnia, publicidad, comercio o economía, en el ideario neoliberal. Ideario que intenta imponerse inclusive a las carreras humanísticas. Políticas internacionales tratan de amoldar a todas las universidades, para convertirlas en consultorías y empresas destinadas a hacer dinero. Para transitar de la búsqueda del conocimiento, a la búsqueda de dinero, es decir para provocar el cambio de valores, se establecen políticas de estímulo a la productividad, con estándares de medición que priorizan la cantidad sobre la calidad, y van introduciendo la vida universitaria en la lógica de la reproducción ampliada.

Los argumentos que los comunicadores traducen para el gran público, y que avalan consultando a especialistas en el tema, al igual que aquéllos que se enseñan y difunden crecientemente en las instituciones de educación, responden al llamado “Consenso de Washington”, un decálogo de “recomendaciones”, que suscribieron en su momento los titulares de EUA: Ronald Reagan, UK: Margaret Thatcher y Alema-

nia: Willy Brandt. Las supuestas recomendaciones se transformaron en *imposiciones*, por parte de los organismos internacionales, que después de provocar la crisis de la deuda, condicionaron la renegociación a la implantación de estas políticas. Si a los gobiernos nacionales les *torcieron las manitas*, condicionando la deuda y los préstamos; al pueblo, que sería el más perjudicado, debían convencerlo. Para ello recurrieron a las formas de adoctrinamiento posmodernas: el *marketing*. El *Marketing*, es definido por sus teóricos como la suma de conocimientos y técnicas interdisciplinarias utilizados para influir en el público, de las cuales la publicidad o los comunicadores, son sólo unos de los medios. En este caso la estrategia de *marketing* se orientó a vender una serie de ideas, el decálogo del Consenso de Washington (Bustelo, 2003), que incluye:

1. Disciplina presupuestaria: es decir bajar el gasto público, que conlleva desde cancelar plazas, hasta la disminución de los gastos operativos de las dependencias, y de paso, presionar para transformar el criterio de *servicio o bien público*, y más aún el de *derecho* (a la educación, a la salud, al retiro) en negocios rentables; una forma velada de privatizarlas.

2. Reorientación del gasto público: desde los subsidios indiscriminados a actividades ineficientes: traducido, supuso la disminución de las prestaciones sociales (quiebra del IMSS, ISSSTE, hospitales sin equipo o medicinas) e invertir casi exclusivamente en la infraestructura que requiere la industria.

3. Reforma fiscal: encaminada a ampliar la base impositiva y a mantener tipos marginales moderados, en otras palabras, disminuir los impuestos a los ricos, y tratar de captar más sectores medios y bajos que paguen impuestos. El principal instrumento el IVA, que es un impuesto al consumo.

4. Liberalización financiera: más conocida como el “casino global”, donde los capitales transitan y especulan, sin restricciones, por el mundo, provocando las crisis recurrentes.

5. Tipo de cambio competitivo: con este eufemismo se refieren a dos cosas: evitar que los países devalúen sus monedas para incre-

mentar la competitividad de las exportaciones²⁷ y que por consecuencia no se encarezcan los productos de importación²⁸.

6. Apertura comercial: que significa quitar las barreras arancelarias y permitir la entrada de productos importados sin restricciones, política que como ya se comprobó, los grandes no respetan, pues sí protegen a sus productores.

7. Liberalización de la inversión directa extranjera: implica dejar que las corporaciones transnacionales compren las empresas nacionales.

8 Privatización de empresas públicas: esta recomendación no necesita explicación, Telmex a Slim, canal trece a Salinas Pliego, entre otras muchas, y van por PEMEX.

9. Desregulación: palabra utilizada para esconder que lo que se quiere es quitar las medidas de protección a los trabajadores (sindicatos, convenios y leyes laborales), y las concernientes a actividades productivas (permitir la minería a cielo abierto, la depredación de la naturaleza, etcétera).

10. Derechos de propiedad: en parte esta política se refiere a la garantía contra políticas de expropiaciones por interés público, o posibles reformas agrarias, pero sobre todo, tiene que ver con las *patentes*, es decir que si alguien quiere usar una fórmula o diseño que está patentado, debe pagar regalías a quien tiene la patente. La política de marcas y patentes afecta sobre todo a la industria farmacéutica, y los agroquímicos, pero como circula en los medios, los chinos ya están por patentar el tequila y a la Virgen de Guadalupe.

Para implantar estas medidas —que si se explicitan claramente serían profundamente impopulares—, fue necesario crear primero una

27 Si el costo de producción de un producto (costo de la materia prima-, el trabajo y demás insumos) por ejemplo, es de 100 pesos mexicanos, y el peso se cotiza a 10 dólares, el precio en dólares rondará los 10 dólares, si se devalúa el peso a 15 pesos por dólar, disminuye a 7.5 dólares, con lo cual se incrementa su competitividad. Esta es en parte la estrategia que ha seguido China, que mantiene su moneda subvaluada, y por esos, los productos chinos son tan baratos.

28 Es la situación contraria a la anterior, si la moneda se devalúa, un producto de importación que costara 10 dólares, de implicar 100 pesos, pasa a costar 150 pesos.

leyenda negra. Así, buena parte de los comunicadores, pero también de los políticos y muchos supuestos académicos, como si recibieran consigna, coinciden en el blanco de sus críticas y en cuanto a quienes señalan como enemigos a vencer, “*en la cruzada por entrar en el primer mundo*”. Las críticas se concentran en el supuesto fracaso del Estado, en la administración de empresas y servicios. Abarca tanto a las empresas paraestatales, en el campo económico, como a las prestadoras de servicios públicos y sociales, como la electricidad, el agua, antes la telefonía, y prestaciones sociales como la salud, la vivienda, las jubilaciones, entre otras, por el exceso de personal, el mal servicio, la ineficiente administración y la falta de inversión. La solución propuesta es la privatización de las empresas, y la *gerenciación* de las que, por ser servicios públicos, no pueden ser privatizadas. Por *gerenciación* se entiende su manejo, como si fueran privadas, imponiendo la visión de los derechohabientes, beneficiarios, o discípulos como clientes, a los que hay que vender un producto.

Al llamado gigantismo de las empresas públicas se agregó, como parte de los argumentos de crítica, el patrimonialismo de los puestos y la tendencia a la endogamia, eso es a heredar las plazas o incorporar parientes. La contundencia del argumento, sobre todo cuando el ejemplo recae en algunos gremios particularmente ineficientes, esconde la función en la regularización del mercado del trabajo, que cumplía el empleo público. Como la mercadotecnia recurre a múltiples técnicas, la crítica académica se complementa con la imagen del burócrata, caracterizada en TV y el cine, que pasa el tiempo desayunando, almorzando, *cotorreando* y negando o prestando un mal servicio. En cuanto a la administración, se señalaron los excesos en las compras, la desaparición misteriosa de los insumos, los gastos suntuarios, viajes, carros, el enriquecimiento de los administradores, el desvío financiero a fines ajenos a la institución (léase fines políticos); y por último, el atraso tecnológico por falta de inversión, con el riesgo de no poder atender, o no atender con eficiencia su función.

Con su parte de verdad y su parte de fantasía, todos estos argumentos conllevaban un objetivo implícito más que claro: la privatización de las empresas paraestatales, en los casos más rentables, y su extinción en otros, para que sus funciones pasen al manejo del mítico *mercado*.

Para descalificar al sindicalismo, se le presenta como una organización mafiosa; se le acusa de prohijar la ineficiencia y la actitud de desgano en los trabajadores. Pero los argumentos incluyen otras acusaciones: la imagen del *charro*, como líder millonario, mafioso, corrupto, que se aprovecha de los trabajadores, capaz de recurrir a la violencia y ávido de poder político, que organiza marchas y manifestaciones en perjuicio de los ciudadanos. Lo que evitan mencionar es que, tal descalificación se orienta a acabar con las medidas de protección del trabajo, a conseguir modificaciones legislativas que flexibilicen las relaciones laborales, incrementando los niveles de arbitrariedad patronal, la posibilidad del despido, el trabajo en negro, sin prestaciones sociales, orientadas todas al incremento de la productividad sin la consecuente compensación, y por lo tanto, el incremento de los márgenes de ganancia y acumulación.

De los políticos se dice de todo, se les acusa de corrupción, de estar vinculados con la mafia, de ser narcotraficantes, inmorales, clientelares, paternalistas, proclives al favoritismo, nepotistas, trampusos. De la política: que es inservible, o que sólo sirve a los intereses de grupos, mafias o componendas y al enriquecimiento de los políticos; también en este caso con su parte de verdad y sus intereses ocultos. En este caso, los objetivos aún permanecen poco transparentes, pero no indescifrables; más cuando se evidencian los afanes imperiales de control: los países carentes de políticos-políticos, es decir de personas formadas para la política, sin partidos fuertes, se muestran débiles

ante las presiones externas y, por lo tanto, dóciles ante los dictados de los organismos internacionales (FMI, BM) y de gobiernos fuertes, que manipulan las decisiones de los gobiernos a favor de sus intereses, amenazando con sanciones a quienes no lo hacen, pero además, flaquean ante las presiones de las corporaciones y de *los mercados*.

La prédica neoliberal, al tiempo que sataniza a los actores tradicionales del Estado de Bienestar, las instituciones públicas y sociales, legitima y da la bienvenida al poder de las corporaciones, como fuente de toda modernización, y de los mercados como medio para la obtención de la felicidad mediante el consumo.

La propaganda neoliberal resalta constantemente la sensación de vulnerabilidad con respecto a las presiones externas con argumentos como: “nos quedaremos aislados”, “tendremos sanciones”, inculcando en los ciudadanos la actitud sumisa ante el poder mundial. Pero sobre todo, inciden en la **formación de una opinión pública crítica** más que crítica²⁹ **y una sociedad despolitizada.**

La prédica neoliberal, al tiempo que sataniza a los actores tradicionales del Estado de Bienestar: las instituciones públicas y sociales, legitima y da la bienvenida al poder de las corporaciones, como fuente de toda modernización y de los mercados como medio para la obtención de la felicidad mediante el consumo.

Muchos de los que creyeron estos “cantos de sirena” no se dieron cuenta de lo que estaban avalando, hasta que perdieron la posibilidad de la jubilación o el retiro, la atención médica o el empleo. Mientras que los jóvenes que nunca gozaron de la estabilidad de las generaciones precedentes, comienzan a percatarse cuando constatan cuán remota se encuentra la posibilidad de un empleo.

Otros tantos, aún no perciben la magnitud de la crisis y siguen pensando que si uno es lo suficientemente *competitivo, eficiente* y un tanto *inescrupuloso*, logra triunfar en la vida y obtener el ansiado dinero. Ante su propia expectativa de acumulación y enriquecimiento, los ilusos que aún esperan, o los pocos que han logrado algún tipo de posición, consideran que quienes poseen bienes y riqueza, y han logrado acumularlos es por su habilidad, capacidad y esfuerzo; en consecuencia sus bienes son intocables y sagrada la propiedad privada. Sacralidad, no limitada a la propiedad, se hace extensiva al manejo de los recursos involucrados. Al que tiene una empresa se le confiere el derecho de manejarla a su arbitrio. Si quiere depredar los recursos naturales puede hacerlo; si quiere explotar a los trabajadores igualmente; atribuciones relacionadas al derecho de los propietarios a obtener ganancia por su supuesto esfuerzo. La propiedad en su acepción de *propiedad privada* se entiende como dominio —no en tanto uso—, y por lo tanto, no sujeta a controles o restricciones. Las pretensiones

²⁹ Entiendo por crítica el análisis sistemático de políticas y programas, es decir, de ideologías, mientras que la actitud crítica es la que descalifica sin analizar las propuestas.

de la sociedad o de los gobiernos de establecer regulaciones laborales o ambientales, por ejemplo, son entendidas como limitativas de la potestad e interpretadas como atentados contra la sacrosanta propiedad privada y la iniciativa individual.

En sentido contrario, la existencia de *pobres* se atribuye a la falta de *esfuerzo*, relacionada con una *natural* indolencia ya por condiciones genéticas o de actitud. Resucitando conceptos de corte racista del positivismo decimonónico: los liberales atribuyen la pobreza a lastres genéticos, o raciales, cuando no se adjudica a diferencias innatas; de la misma manera, se responsabiliza a los pobres por su pobreza al señalar que son *flojos*, *no se esfuerzan*, *les gusta vivir así*, o que no mejoran pues gastan su dinero en cosas inútiles como las fiestas, o recientemente en la compra de celulares. Inclusive, cuando alguien que no era pobre cae en la categoría de *nuevo pobre*, por la pérdida del empleo, se le aplican las categorías relativas a la falta de capacidad, responsabilizando al desempleado por su situación.

El individuo, por encima del sujeto, aparece como el protagonista central en la lógica competitiva. Sin embargo, muchos de los que se adhieren al credo, no son emprendedores exitosos, sino empleados de empresas, pero al compartir las ideas hegemónicas, terminan por reconocer los derechos del patrón o de la empresas al enriquecimiento, o de otros a ocupar un mejor puesto. Esto en caso de que exista un patrón –espécimen en extinción–, sustituido por anónimos accionistas, anonimato que invisibiliza las relaciones sociales³⁰. La ley de la selva se traslada a los trabajos, en aras de la competitividad. El más apto tiene derecho a las ventajas que obtiene, sin importar a quien desplace para lograrlo. Las nuevas relaciones laborales tienden a desestimar la formación de lazos de amistad o camaradería en el trabajo, a las que consideran una *pérdida de tiempo*, pero además de la pérdida de tiempo supondrían un freno a la voraz competencia que se instaure entre los trabajadores en función de la sobrevivencia.

30 Inclusive a nivel jurídico, la propuesta de ley del trabajo denominada Abascal-Lozano, por ser el autor el primero, y el segundo quien la modificó, sustituye el concepto de relaciones patrón-trabajadores por relaciones laborales, de esta manera se invisibilizan los sujetos sociales.

Como trasfondo del conjunto de ideas que legitiman la búsqueda y la obtención de dinero por cualquier medio, se encuentra la creencia de que la posesión de dinero es sinónimo de felicidad, o como suelen decir: *el dinero no hace la felicidad, pero cómo ayuda.*

Supuestamente con dinero se obtienen los mejores servicios educativos, pues en las escuelas y universidades privadas, no sólo enseñan mejor, sino que además, se establecen contactos. Con dinero se obtiene atención médica amable y rápida; se puede adquirir belleza con *botox*, *liposucción*, *lipoescultura*, *implantes* y otras técnicas de ingeniería del cuerpo que afortunadamente, desconozco; a las personas de la tercera edad se les deposita en exclusivas residencias de retiro.

Pero además, se pueden obtener bienes, muchos bienes. Cosas que, se pretende, aportan confort y suprimen todo esfuerzo y movimiento: control remoto para el televisor, las puertas, las luces, las alarmas, camas y sillones que dan masajes, aparatos para cortar, para abrir, e inclusive para que no se esfuerzen las mascotas, y si después de tanta supresión de actividad física, hacen falta endorfinas, se puede contratar un *personal training* (para las personas o las mascotas). Si las endorfinas generadas con el ejercicio no alcanzan para sentirse bien, de igual forma se puede concurrir al analista o al yoga, si éstos fallan, se pueden comprar *pastillas para no soñar*, y si persiste la depresión, en el mercado se consiguen varios y diversos paraísos artificiales, que convertirán a la persona en el consumidor perfecto: un adicto.

La oferta del neoliberalismo es convertirse en un ser aislado, temiendo a todos los demás, inclusive a la familia, rodeado de bienes materiales, que compensan las carencias emocionales y de relación.

11.3 Las cuatro fuentes del pensamiento alternativo

Propongo como paradigma alternativo una serie de representaciones que de manera orgánica o fragmentaria, cuestionan las premisas de los dos paradigmas anteriores. Por un lado, rechazan la idea rectora del pensamiento liberal —al que acusan de materialista—, por ubicar al dinero como la medida del éxito. En consecuencia, se niegan a entrar en el círculo de la competencia destructiva y apelan a la solidaridad. Consecuen-

temente, reivindican la autogestión y la participación de las personas en estructuras colectivas mediante la reconstitución o el mantenimiento de relaciones comunitarias, y la idea de bien común. A esta perspectiva, desde el ámbito político-económico se suman las que se originan en la mirada ambiental. Ambas perspectivas terminan convergiendo, pues en la búsqueda de una menor *entropía* (gasto energético) los ecologistas terminan abogando por formas de vida sencillas y adhiriéndose a la fórmula *small is beautiful* (Schumacher, 1973).

I. La perspectiva alternativa, en su dimensión económica, se refiere a varios orígenes, la mayoría de los cuales, se relacionan al pensamiento *tradicional*. El *tradicionalismo*, perseguido, censurado y despreciado, tanto por liberales como por los marxistas —que lo consideran atrasado, primitivo y retrogrado—, persiste, muy a pesar de la publicidad modernizante, o de los múltiples proyectos de *incorporación al desarrollo* y, no sólo entre los indios y pobres, sino también entre los sectores privilegiados.

En las clases populares aún se vinculan con las *sociedades campesinas* (Chayanov, 1966) o *Unidades Domésticas* (Melliasoux, 1977), cuya lógica ha sido resumida como la relación entre las necesidades de reproducción social del grupo y el esfuerzo que se invierte en el trabajo; o en sentido inverso, que la inversión de esfuerzo colectivo es proporcional a las necesidades de reproducción social del grupo o de la unidad doméstica.

La unidad doméstica opera como unidad de producción y consumo, en la que todos los miembros o, al menos, los que se encuentran en edad para hacerlo, participan con trabajo, sin más pago que los derivados del consumo colectivo. El modelo resulta fácilmente entendible en sociedades agrarias, que suelen incorporar a todos los miembros, vía la división del trabajo: los niños cuidando animales domésticos, la mujer responsable de la huerta y los hombres de la milpa. En fechas claves como la cosecha, todos se involucran, para ejemplificar con el caso conocido de México. Su lógica se ha extendido a otras ocupaciones, de carácter artesanal o comercial.

La preferencia de muchos mexicanos por tener un pequeño negocio, (por encima de encontrar un trabajo asalariado —preferencia

que no sólo sorprende a los extranjeros, sino también a los mexicanos del sector moderno—), la queja de los empresarios por la frecuente renuncia o abandono del trabajo (en épocas claves que generalmente coinciden con las tareas agrícolas o festivas), así como los reiterados fracasos de los programas de gobierno por organizar a los artesanos y otros trabajadores, responden a la persistencia de la lógica de la Unidad Doméstica.

La predilección por el pequeño negocio familiar, el trabajo artesanal o la producción campesina, se debe a que responde mejor a las motivaciones y significados de la familia como grupo, y en este sentido, se diferencia de los motivos individuales, medidos en dinero. Se privilegia el permanecer con los hijos, el estudio, u otros fines, y no el ingreso en dinero, pero aun en términos de utilidad se valora minimizar el gasto, por sobre *ganar más, para gastar más*. Tales conductas confirman que no todas las elecciones pueden ser medidas en términos de *utilidad monetaria*, como están empezando a reconocer los economistas, cuando admiten la existencia de otros tipos de utilidades.

La visión *economicista* identifica *utilidad* con utilidad monetaria. Consideran como sinónimos o equivalentes la utilidad y el dinero, cuando el cuidado personal de los hijos, o el poder cocinar en casa presentan otra *utilidad*, aunque no reporten dinero, o no se reciba pago por ellos.

De hecho, la economía se ha apropiado de palabras como *utilidad* (identificada con utilidad económica) y *racionalidad* (para la búsqueda de beneficios) desvirtuando sus significados corrientes, y obligando a otras disciplinas a tener que adjetivar tales palabras para señalar sus posibles usos alternativos. Por eso, se recurre a puntualizar que se trata de *utilidad social*, para comprender las acciones que sirven a la gente, aunque no impliquen ganancia en dinero, o de *razón práctica* para la racionalidad que privilegia motivos no fundados en el deseo de lucro.

Otra comprobación, reciente, por parte de los economistas³¹ es la posibilidad de que “similares estímulos puedan provocar diferentes respuestas”, algunas aparentemente *insólitas* como querer ganar menos. Atzioni, sin duda uno de los economista reconocidos por su interés en los aspectos sociales, cuestiona el sentido tradicional de la racionalidad o la *rational choice* cuando sostiene: “*Racionalidad no significa que tenga sentido*” (2009)³². La formulación resulta interesante, pues contrapone el sentido de *racionalidad* de los economistas, con la búsqueda de *sentido*, propia de la antropología, si se aborda desde las teorías, o si se traspone a la práctica, la racionalidad utilitaria, contra la racionalidad social, o la búsqueda de dinero frente a la reproducción social. La noción del “sentido” supone en este caso, cuáles son los intereses, o qué valoran los actores. El cálculo monetario del ingreso, pierde sentido frente al cálculo de las necesidades de los miembros. El sentido, la lógica, implícita es que cada miembro pueda lograr sus *finés*.

Para entender la racionalidad implícita, se puede considerar como parámetro *en beneficio de quien busca la eficacia*, y en segundo lugar cuáles son los *finés* de los implicados, que supone preguntarse por el tema de las necesidades y de las valoraciones sobre qué es importante en la vida. En la lógica de la reproducción social, la madre que pretende quedarse en el domicilio para no desatender a sus hijos, valora su función materna por encima del ingreso; el joven que colabora en el negocio familiar que le permite proseguir sus estudios, aprecia obtener un título por encima de un mejor ingreso actual, tal vez con la expectativa de obtener un mejor ingreso a futuro, mientras que el varón puede aludir, como varios informantes han señalado, a la libertad como factor electivo.

Otro ámbito en el que se evidencia la operación de la lógica de la reproducción social, es el caso de los migrantes, donde la existencia de

31 Cuando hago referencia a los descubrimientos recientes, me refiero a que habiendo participado en dos reuniones de la SASE, me sorprende escuchar a economistas que reconocen aspectos que los antropólogos venimos señalando al menos desde los años sesenta, cuando se posiciona la polémica entre formalistas y sustantivistas. La reunión de SASE en Costa Rica en 2008 se dedicó a la recuperación de Polanyi, Vigésima Conferencia Internacional Society for the Advance of Socio economics, SASE / Universidad de Costa Rica, San José de Costa Rica, 21 al 23 de Julio.

32 Traducción mía.

redes de reciprocidad, solidaridad, o simple relación, aparecen como soporte de la subsistencia. Es más, las migraciones, ya se trate de la migración campo-ciudad, o transfronteriza, circulan a través de redes de solidaridad y reciprocidad. Los migrantes se mueven mediante redes y las redes sirven, no sólo, para el contacto laboral. Los migrantes de similar origen suelen compartir vivienda, gastos e inclusive formas de división del trabajo, de sostenimiento del lugar de residencia, al igual que en las familias extensas. Hasta que los migrantes traen a la familia nuclear³³ o forman una nueva, operan con otros migrantes como unidad doméstica o nuclear, con persistencia de lógicas afines a la reproducción social.

Las redes movilizadas, en los casos de migración, siguen las líneas de parentesco, parentesco ficticio³⁴ y redes de vecindad. El parentesco en México, tanto por la tradición mediterránea, como la prehispánica, resiste las tendencias a la nuclearización, característica de las sociedades nórdicas de fuerte raigambre individualista. El parentesco construye redes densas intergeneracionales, y lo hace en sentido inverso a las de la familia nuclear, donde la responsabilidad de padres a hijos concluye con la mayoría de edad. En el caso de México y otras sociedades parecidas, la responsabilidad de las nuevas generaciones, a partir de que se consideran adultos, es en el sentido de hijos a padres: los hijos se responsabilizan de ayudar a sus padres. De allí que los estudios de remesas reporten que el dinero enviado a las esposas suelen cesar su flujo al cuarto año (Nabor, 2003), mientras que las que se envían a los padres permanecen por mayor tiempo. Otro argumento que demuestra la densidad de las relaciones de parentesco, es la existencia misma de las remesas. Los migrantes con formación individualista, inculturados en la lógica de la familia nuclear no envían remesas, contrariamente los migrantes de países con estructuras de parentesco densas reciben un intenso flujo de remesas (Altamirano, 2003).

33 La familia nuclear es la integrada por una pareja y su prole.

34 La distinción entre parentesco y parentesco ficticio, remite a que el parentesco en sentido estricto supone las líneas de consanguinidad y afinidad (que en términos coloquiales se expresa como pariente político, es decir por matrimonio–alianza), mientras que el ficticio se deriva de una relación ritual, y se expresa en el compadrazgo.

Como si el parentesco biológico y por afinidad no proporcionara suficientes lazos, el denominado *parentesco ficticio* o *falso parentesco*, se encarga de incrementar el número de parientes. El mecanismo más reconocido o estudiado es el *compadrazgo*. A los padrinzos tradicionales, fundamentalmente bautismo, se agregan múltiples formas que incluyen hasta los compadres de santos, de manera que una persona puede tener un número considerable de padrinos y compadres. Las relaciones de parentesco ficticio estipulan responsabilidades y prohibiciones rituales y sociales; sobre todo se vinculan en relaciones de reciprocidad, mientras que la ruptura de las normas acarrea secuelas.

Cuando la economía o la reproducción, se encuentra ligada a la sociedad, las relaciones de parentesco, resultan inseparables de la actividad económica y son mutuamente explicativas. Imprimen en las representaciones otra forma de entender la economía y, en consecuencia, otra lógica.

A las relaciones de parentesco (inscritas en complicados sistemas normativos), en las sociedades tradicionales, se suma un sentido diferente de las relaciones de vecindad. En las sociedades modernas las relaciones de vecindad, han perdido importancia, o inclusive sentido, se han convertido en impersonales, al punto que en muchos casos ni siquiera se conoce a los vecinos. Contrariamente en las comunidades implican una serie de mecanismos de reciprocidad institucionalizados como: las faenas, *tequios*, *mano vuelta*; o menos formalizadas de intercambios recíprocos que remiten a relaciones orgánicas como las denominaran Durkheim (1970) y Redfield, (1947).

En la consolidación de las redes de vecindad, cumplen un importante papel los rituales y sistemas festivos. Las *fiestas colectivas*, generalmente asociadas a calendarios rituales, han sido despreciadas e inclusive perseguidas, desde la época de Benito Juárez, quien tanto por su relación conflictiva con la Iglesia, como por su adhesión al credo modernista y positivo, creía su deber de raza el sacar a la raza indígena del fanatismo religioso. La posición del Benemérito se interpreta en dos sentidos: por la disputa de la hegemonía con la Iglesia católica, pero también por la admiración de los liberales, al sentido de trabajo y ahorro del capitalismo norteamericano.

La organización de las fiestas implica la inversión en *capital social*, y en ese sentido, constituye la forma más segura de acumulación: un *banco* amigable, recurriendo –sin coincidir– a las analogías que retoman términos de la economía clásica y los aplican a otras sociedades. No se trata de un capital que se deposita en un banco para retirarlo al momento en que se requiere, ni una inversión que puede incrementarse o perderse. Las redes de reciprocidad ni siquiera se pierden con la muerte, pues se extienden a los parientes. Sólo las faltas graves a los códigos pueden generar la exclusión social, o cuando una persona las desecha por considerarlas atrasadas: **constituyen obligaciones morales arraigadas en la tradición y la cultura.**

Es en ese sentido que utilizo de manera irónica ambos términos *banco* y *capital social*, no tanto por desconocer que los sistemas de fiestas y las relaciones que anima constituyen importantes recursos para la subsistencia y la reproducción social de la existencia, sino por la falacia que supone el transpolar conceptos de un modelo a otro, pero más que de un modelo a otro, de una lógica a otra. La *lógica del don* y la *reciprocidad* no es equiparable o comparable con la lógica de la competencia y la ganancia, y la distinción principal es que mientras una opera como estrategia individual, la del don implica una *estrategia colectiva*.

Esto no quiere decir que en las sociedades del don no exista la búsqueda de ventajas, e inclusive de acumulación, como en sentido inverso que bajo la lógica de la acumulación y la competencia, no existan personas que no responden al patrón colaborativo, sino a la distinción entre *sujeto colectivo* e *individual*. La diferencia en términos de lógica, es que una vez instaurada una deuda, se inicia una cadena –sin fin–, de *dar y recibir*, que se reproduce en el tiempo, pues cada vez que se recibe, se contrae una nueva deuda. El dar y recibir no aparecen como actos simultáneos, sino diferidos, y lo que se da y recibe no es necesariamente equivalente. La noción de deuda se inserta en la tradición de la economía del *Don* que tanto debe a Mauss. La reciprocidad existe igualmente en la sociedad occidental capitalista, pero como remanente, igualmente asociada al parentesco, pero no rige los intercambios, la primacía de una u otra forma establece no sólo una diferencia de grado sino de sentido.

Lo común a estos ejemplos donde opera la lógica de la reproducción social sobre la individual, es la primacía del aspecto colectivo sobre el personal. La idea de compartir, que se transforma en normas de reciprocidad, y donde las decisiones individuales se posponen en función de las necesidades del grupo. Esta lógica tradicional persiste en comunidades rurales e indígenas y aunque afectada por la modernidad, sigue reproduciéndose (Bateson, 1987).

II. Otra vertiente *tradicional* y *tradicionalista* del pensamiento alternativo proviene de lo que Lowy denomina el anti-*capitalismo católico*. Lowy, cuando reseña a los autores que analizan el pensamiento católico, reconoce dos tendencias: por un lado, una predisposición anticapitalista conservadora, restauradora *reaccionaria* con nostalgia por el pasado feudal, pero también una tendencia con una *sensibilidad católica diferente*, que manifiesta simpatía por los pobres –evoca constantemente que Jesús era pobre–, y se manifiesta atraída, cuando menos en parte, por las utopías socialista y comunista. Tradición, esta última, de la que sería heredera la Teología de la Liberación.

Weber cita a Sombart quien sostiene la existencia de dos grandes *leitmotivs* en la historia de la humanidad: el de “la satisfacción de necesidades” y el del “lucro”. Agrega que aquello que Sombart llama *sistema de la economía de la satisfacción de necesidades*, parecería coincidir con lo que él denomina *tradicionalismo económico*, y se vincula con el pensamiento medieval católico (Weber, 2005). Si bien no emprende el análisis de la ética católica de manera directa –como sostiene Lowy–, ésta se infiere cuando al revisar los primeros escritos de Lutero, señala la persistencia del pensamiento *tomista*, y tal constatación lo lleva a proponer que, en realidad, la ética protestante se vuelve capitalista recién con Calvino (Lowy, 1999).

Lutero, retoma de la *epístola de los corintios 7* la idea de que: “La aspiración a acumular bienes materiales, en medida superior a la propia necesidad, manifiesta un estado de gracia insuficiente, por lo que es condenable, ya que además sólo puede tener realización a costa de otros” (Weber, 2004:69). El rechazo de la acumulación que Weber adjudica al primer Lutero, habría persistido en el pensamiento católico, pero también en algunos de los primeros puritanos. Weber considera que en el pensamiento de Franklin se nota la inspiración

de Leo Batista Alberti, quien en su obra sobre la familia señala que toda *opera mercenaria* es indigna, e insiste en reivindicar la economía doméstica racional, como un medio de vivir en independencia de los demás, sin caer en la miseria, idea proveniente de la ética monacal.

Ilich, es sin duda un heredero del anticapitalismo católico, no en vano dedicó sus últimos años al estudio de la sociedad medieval, al igual que De Certau. En su opinión, con la sociedad industrial se habría producido una *pérdida* y el olvido de la existencia de escalas y límites *naturales*. Ilich propone la existencia de *umbrales críticos naturales* que remiten al tamaño, a la escala. Cuando éstos se trasponen, se produce la sustitución del hombre por la máquina, provocando: “...servidumbre para el productor e intoxicación para el consumidor” (Illich, 2006:383).

Rebasar el límite, más allá de una cuestión cuantitativa, constituye un cambio cualitativo y en cierto sentido una inversión: “Al señorío del hombre sobre la herramienta, lo reemplazó el señorío de la herramienta sobre el hombre” (2006 383). Los trabajadores que dependen de máquinas, pierden control sobre la producción y, por lo tanto, pierden poder.

Si bien, los cuestionamientos de Ilich pueden ser identificados con una vuelta atrás en el tiempo y un elogio del pasado, él se ubica en una perspectiva a futuro: “El crecimiento se detendrá por sí mismo” (2006:473), asevera. Al hacerlo se anticipa y presagia, las amenazas del cambio climático, asociado al alto consumo de energía y el fin de la era del petróleo, al tiempo que inspira propuestas como el decrecimiento y el *postdesarrollo*.

Coherente con su animosidad por la lógica cartesiana, y en general del pensamiento positivo, Illich rechaza describir en términos de modelo su propuesta en torno a la posibilidad de un *modo de producción posindustrial*, sólo lo esboza, lo deja implícito, un rompecabezas para armar. Acude a la alteridad cuando propone que se trata del modelo inverso a la sociedad industrial, pero sobre todo indica algunas de sus características como la de ser *convivencial*. Convivencia se asocia a relaciones, y en ese sentido pareciera referirse a la preeminencia de las

relaciones sociales sobre el individualismo, a la necesidad de rescatar la convivencia y los lazos de reciprocidad.

En cuanto a los aspectos económicos, el énfasis en el desarrollo de formas más eficientes de trabajo manual, y en la realización concreta de la equidad, permite intuir, si se combina con la idea de inversión, que concuerda con la necesidad del cambio de la lógica de la *reproducción ampliada* por la de *reproducción simple*, o la reproducción social de la existencia. Cuando el pensamiento católico militante, asociado con la Teología de la Liberación, propone como consigna una economía centrada en el hombre o a escala humana, sin duda parte de las reflexiones de Ilich, aunque por lo general pierden el contexto y el alcance de su propuesta. Ilich estaba en contra de la reproducción ampliada, de la sociedad industrial y de su resultado, la *ilusión avasalladora*: “la idea de que la gente nació para consumir y que sólo pueden alcanzar cualquier objetivo comprando bienes y servicios” (2006:513).

Del elaborado pensamiento de Ilich, quizás la idea que refleja con mayor precisión la representación de *buena vida* del anticapitalismo católico es la de *austeridad convivencial*. *Austeridad* que se refiere a tener lo necesario, sin pretender acumular, y *convivencial* en tanto valora la hospitalidad y el compartir por encima de atesorar. Los educados en esta versión anticapitalista consideran de *mala educación* hablar de dinero, presumir lo que se tiene y tomar decisiones en función del dinero.

Esta tradición, heredera del pensamiento medieval, prioriza como motivo de acción la trascendencia, a través de la obra. *Obras* que trascienden, son las que perduran, aunque sea la colocación de una piedra en una catedral. De allí que la *riqueza* tienda a manifestarse en bienes suntuarios, más que su acumulación en la forma de dinero. La idea se vincula a conceptos como *prestigio*, *honor*, el valor del *nombre*. Los romanos poseían el concepto de *dignitas*, que la persona acumulaba a través de sus acciones, similar a la distinción antropológica entre *status adscripto* y *adquirido*³⁵. La *dignitas* tenía que ver con

³⁵ El *status adscripto* es el que se hereda por pertenecer a un clan o linaje, mientras que el *adquirido* es producto de la actividad de la persona.

los antepasados y con el transcurso de la vida de la persona, la suma de la influencia y el prestigio personal que un ciudadano adquiriría en el transcurso de su vida. A la hora de valorar la *dignitas*, de una persona concreta, se tenían en cuenta valores como la *reputación*, la *moral pública* y la ética, así como su situación social y el respeto alcanzado.

Aunque suene anacrónico este tipo de pensamiento persiste y se reproduce aun a contracorriente. Particularmente se evidencia en algunos profesionales —cada vez menos—, sobre todo académicos, que valoran su obra por encima de los puntos que se ofrecen por productividad; los artistas cuando estiman la obra por encima de la venta, y que existía en la época medieval en las profesiones: “la idea a la vez profana y religiosa del trabajo profesional como manifestación palpable de amor al prójimo (Weber, 2005:65).

III. La vertiente, menos tradicional, que influye en el pensamiento alternativo, es la que proviene del ecologismo. Partiendo de la defensa de la naturaleza, trasciende a una crítica profunda sobre el modelo de desarrollo, que surgido de la idea renacentista del *hombre como centro del mundo*, pasa a la positiva del dominio del hombre sobre la naturaleza, e incluye la separación tajante entre hombre y naturaleza. El argumento crítico-práctico central remite al posible colapso derivado del calentamiento global, motivado por el abuso energético. El informe del Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático señala que por la “acción humana” hay un acelerado calentamiento global. Cada día constatamos sus efectos con la desaparición de los glaciares y arroyos, por el avance de la desertificación, la subida de los mares, los huracanes, entre otros. Blanco señala que para contrarrestar estos argumentos el Instituto de la Empresa Estadounidense está ofreciendo a científicos y economistas 10,000 \$USA por escribir artículos que critiquen ese informe (Blanco, 2007). A pesar de las resistencias y la negativa a aceptar que el calentamiento global no constituye *uno más de los ciclos naturales*, la cantidad de voces³⁶ levantadas para señalar su naturaleza antropogénica, ha logrado posicionar el tema.

36 Entre ellos una de las voces con mayor credibilidad, por la dificultad de caracterizarlo como un desaforado globalifóbico, fue, tal vez, la de Al Gore y su difundido video *La Verdad Incómoda*.

Cuando hace casi 40 años Meadows presentó al Club de Roma el informe sobre los límites del crecimiento (2006), acertó en que el crecimiento económico tenía un límite, un techo. La peor decisión, sostenía el informe, era la de mantener el incremento del consumo, del crecimiento industrial y de la depredación de los recursos naturales, en cuyo caso *el planeta se vengará*.

Sin embargo, el informe provocó respuestas suspicaces, y sólo unos pocos *verdes* lo tomaron en cuenta. Tres han sido los tipos de respuesta desde entonces: quienes niegan que el calentamiento global sea efecto del hombre y lo atribuyen a las variaciones climáticas cíclicas, que han afectado siempre a la tierra; quienes reconocen que el hombre ha acelerado los procesos naturales, pero que estos pueden revertirse mediante el uso de nuevas tecnologías para remediar el problema y; en tercer lugar, quienes asumen la responsabilidad humana en dichas transformaciones, y por lo tanto la necesidad de asumir cambios culturales y tecnológicos. Además de quienes van más lejos y proponen la necesidad de un cambio en la civilización o viceversa señalan la existencia de una *crisis civilizatoria*.

Indicativo de que el tema comienza a ser reconocido, es que hasta hace no demasiados años el monto de energía consumido por un hogar era considerado como un indicador del grado de desarrollo de un país. Hoy en día tal indicador ha desaparecido del lenguaje políticamente correcto, pues se reconoce que: “Para ofrecer a todo el mundo el estilo de vida de los estadounidenses se requieren seis planetas Tierra y para el de los europeos se necesitan tres” (Valencia y

Los análisis y las predicciones de los ecologistas y de los altermundistas, han quedado demostrados sistemáticamente por los hechos. Ya nadie se atreve a negar la realidad del cambio climático, del efecto invernadero, de la finitud del petróleo, del impacto del hombre sobre el planeta. Todo el mundo sabe que el agua dulce se está convirtiendo en un recurso escaso y que la agricultura intensiva mina los suelos sin que, por otra parte, consiga alimentar a todos los que sufren hambre. Y sin embargo, cuando llega el momento de la decisión política, estos análisis y estos hechos se olvidan.

Susan George, 2007:2

Arias, 2008). El debate en torno al calentamiento global ha abandonado los cubículos de expertos o la prédica de conversos a la ecología y asaltado los medios. En general la idea del calentamiento global se ha posicionado y goza de aceptación; sin embargo, no genera conductas ni posiciones uniformes.

La prédica ecologista, con su componente de crítica al sistema, tiene diferentes elementos que aparecen juntos o dispersos. Desde la perspectiva teórica se critica la distinción tajante entre hombre y naturaleza, que condujo a la idea de la *supremacía del hombre sobre la naturaleza*. La concepción antropocéntrica lleva implícita el supuesto derecho del género humano a apropiarse y modificar la naturaleza, implicando la vertiente relativa a las fuentes de energía, así como la del modelo de crecimiento desmesurado. Como elemento menor, desde una perspectiva teórica, pero más eficiente desde la perspectiva de sus implicaciones en el cambio de conducta, aparece el tema de la salud, vinculado a los efectos nocivos del uso de los bienes de producción industrial, desde los alimentos producidos con agroquímicos, a la industria farmacéutica por sus efectos colaterales.

La crítica de la supremacía del hombre sobre la naturaleza tiene su versión popular que proclama la unidad del universo: la idea de *Gaia* como un sistema integrado; mientras que desde una perspectiva teórica supone un cuestionamiento general a los sistemas clasificatorios propios del positivismo, tales como hombre-naturaleza, naturaleza-cultura y objeto-sujeto. Al borrar las fronteras, tanto los *sujetos* o agentes (centros de actividad) como aquellos que en la perspectiva tradicional se consideraban *objetos* (las cosas, la naturaleza, los artefactos técnicos) forman parte de una red, y además forman parte de ella en pie de igualdad, constituyendo asociaciones entre humanos y no humanos. La posición de Latour (2005), que disminuye la centralidad demiúrgica del sujeto, constituye un marco adecuado para dar cuenta de la reacción contemporánea ante el calentamiento global. Si la naturaleza puede *vengarse*, se entiende que la acción irresponsable de los seres humanos haya provocado el calentamiento global. Entender en términos de vínculo la relación entre la cultura y la naturaleza, disuelve la dualidad. Latour (1999), crítico acérrimo de la modernidad, cuestiona por igual las formas de pensamiento propias del racionalismo y sus sistemas clasificatorios, como la separación entre

conocimiento y técnica, o entre naturaleza y sociedad, así como, en el aspecto político, la pretensión de ordenar la sociedad humana mediante tales categorías.

El complejo de ideas que toma el calentamiento global como núcleo problemático, centra, en parte, su atención sobre el tema energético, y la necesidad del cambio tecnológico. Algunas versiones de las teorías evolucionistas fijaron los puntos de inflexión en el tipo de energía, de manera que, a diferencia de Marx que relacionó las revoluciones en la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción, los monistas tecnológicos periodizan la historia en función de las fuentes de energía que se manejan: la energía animal, hidráulica, eólica, del vapor. Los dos últimos siglos corresponderían a los combustibles fósiles. En la actualidad estaríamos entrando en una nueva evolución determinada por el agotamiento de los recursos energéticos no renovables (fósiles carbón y petróleo) que serán remplazados por un conjunto de energías renovables que incluye la eólica, solar, biocombustibles y biomasa.

Aun existiendo evidencias del fin de la era del petróleo, a muchos pareciera no importarles, ya por creer que se van a encontrar nuevos depósitos de combustibles fósiles (el argumento de moda), por no creer que puedan agotarse o porque no les interesa, mientras ellos sigan haciendo negocios o gozando de la energía barata. *Las hermanas*, compañías que controlan la producción y el comercio del petróleo, evidentemente lo saben, de manera que buscan nuevos depósitos, en sitios con mayor dificultad de acceso, pero igualmente especulan con la “escasez futura”.

Las empresas automotrices, hermanas o al menos orgánicamente vinculadas a la industria del petróleo, también lo saben. Roberts (2004), en *El fin del Petróleo* reseña la apuesta de las compañías automotrices a la tecnología de hidrógeno y como, en su momento, la General Motors anunció la pronta conversión de todos los motores. En tanto el proceso de adaptación tecnológica, del motor de hidrógeno, para su uso automotriz, fue más lenta de la esperado, el tema desapareció de la agenda pública y por un lado dejó de mencionarse, pero, por el otro, determinó la caída de las acciones de la, hasta ese momento boyante empresa, involucrada en el financiamiento del

proyecto orientado a la investigación de la tecnología supuestamente destinada a salvar a la era del automóvil.

Sin embargo, el problema va más allá de la fabricación de un nuevo tipo motor, lo suficientemente liviano y con autonomía para el transporte individual. El petróleo se ha convertido en la base de la civilización contemporánea. La mayor parte de la energía que se consume depende del petróleo, no sólo la utilizada para el transporte, además el gas y la electricidad, que hacen funcionar a las empresas y a las máquinas, se suman los usos domiciliarios o públicos. También parte del agua que se consume en las ciudades es transportada mediante bombas que recurren al uso de combustibles.

Buena parte de los productos de consumo final, tienen componentes derivados del petróleo, prácticamente toda la industria cosmética, considerable parte de los insumos médicos, la industria del vestido, y por supuesto, los empaques que se usan para todos estos artículos. Basta con observar las etiquetas de los productos para medir la presencia del petróleo en la vida cotidiana. Si el petróleo desapareciera súbitamente, todo se paralizaría: las empresas cerrarían por falta de insumos, el transporte cesaría, los edificios “inteligentes” se volverían más *tontos* que cualquier casucha. Por eso los analistas recurren cada vez más a la palabra *colapso*. De acuerdo con la hipótesis de Colin Campbell, si el petróleo se agota, la población decrecería a 1000 millones, en una vida fragmentada en clanes, y viviendo al modo preindustrial. Con menor catastrofismo, Meadows (2006), sostiene que en cincuenta años la población será menor a la actual, como resultado del declive del petróleo, que, vaticina, comenzará en esta década; de los cambios climáticos y sus impactos sobre la desertificación, así como del incremento de la crisis alimentaria.

Tal vez lo que tiene *de cabeza* a los operadores de la política mundial, es que el agotamiento del petróleo excede por lejos al problema de las fuentes energéticas, de los insumos productivos y las formas de transporte. El petróleo se ha convertido en el respaldo del dólar, o bajo la fórmula acuñada por Paul Ron: *from dollar diplomacy to dollar hegemony* (2006) y por lo tanto, sustento del sistema financiero internacional. A partir de 1971, cuando Nixon decidió que el Dólar no requería del respaldo del oro, también se impuso que el comercio

de petróleo se realizara en dólares, por lo tanto, “Desde 1971 todos los que quieran importar petróleo, primero deben comprar dólares” (Ruijter, 2007:2)³⁷.

Tal es la explicación de que el dólar mantenga su demanda, aun cuando la industria norteamericana ha perdido productividad; pero también es la explicación a las guerras sucesivas en medio oriente: Saddam decidió realizar las operaciones de venta de petróleo en euros en noviembre 2000, para julio del 2002 el dólar se hallaba al punto del colapso (news.bbc.co.uk.), días después se iniciaban planes de ataque; en junio de 2003, se concretó la vuelta al dólar. No fue el único caso, en 2003 Irán empezó a vender a Europa en euros, en 2006 propuso su propia bolsa de petróleo, para marzo del mismo año comienzan las tensiones. Asimismo la bolsa de petróleo rusa, vuelve al dólar en junio de 2006.

La relación del dólar con el petróleo pone de manifiesto la integralidad de la crisis actual, pero sobre todo de la futura. La crisis del dólar es ya evidente, y si no ha repercutido en una gran devaluación, es porque a quienes mantienen sus reservas en bonos del tesoro no les interesa que caiga. Antes de que se evidenciara su fragilidad, con la crisis de las hipotecas, ya en febrero de 2006 el senador Paul Ron había anunciado ante el Congreso que *lo peor está por venir*: “los países acumulan dólares, y nos los devuelven con intereses bajos para mantener nuestro consumo excesivo ¿qué va a pasar cuando se devalúe y nos los devuelvan... pagaremos el precio de vivir por arriba de nuestros recursos?”

En 2000 Hussein pretendió cambiar al euro, y su arrogancia le valió que al año siguiente se le relacionara con septiembre 11. No hubo evidencias de que el ataque a Hussein se relacionara con su ataque a la integralidad del dólar, aunque muchos lo creen. Hoy Irak vende en dólares y ya no se menciona al euro. Cuando Chávez amenazó, sufrió un intento de golpe de estado con la participación de la CIA. Irán amenaza con lo mismo...

Ruijter, 2007.

³⁷ Traducción mía.

El *fin del petróleo* supone el ocaso de una era: el cambio de las fuentes energéticas y del sistema financiero. De allí que, no sólo se encuentre en cuestión el uso de nuevas fuentes energéticas, sino también de la moneda. Dado que esta información circula públicamente (existen libros documentando el fin del petróleo (Roberts, 2004); sobre la crisis financiera, sobre la necesidad de un nuevo sistema financiero internacional y de una nueva moneda (Lietaer, 2001), no es dable suponer que los poderosos reunidos en Washington no lo supieran. Quienes toman las decisiones, saben que el fin se encuentra próximo, que el dólar carece de respaldo, y que hay que “barajar y dar de nuevo”. Sin embargo, en vez de admitir la complejidad de los cambios que se avecinan, detienen la recesión inyectando dólares sin respaldo, aún sabiendo que constituyen placebos. **Nadie quiere perder.**

La relación del *colapso* con el pensamiento alternativo, es clara; como dijo un joven migrante mexicano en Canadá: “todos saben lo que se viene, la diferencia entre los alternativos y los otros, es que los alternativos somos los que nos estamos preparando para el colapso, mientras los otros dicen: a mi no me va a tocar, o mientras, yo disfruto³⁸”. La división no es tan dicotómica: por una parte están quienes saben o intuyen el posible colapso, ya por el calentamiento global, ya por el fin del petróleo, o la quiebra del sistema financiero y efectivamente se preparan para ello; los escépticos que no creen que vaya a suceder, o ni siquiera están informados, acostumbrados a unos medios permanentemente catastrofistas y amarillistas, parecen haberse inmunizado a las advertencias, en cuanto a, que *viene el lobo*; quienes saben, pero el tema no entra en su agenda, porque no se encuentra en sus manos o prefieren aprovechar la situación haciendo negocios (como en el caso de México, urgido por realizar inversiones en exploración y refinerías para 15 años); y quienes lo saben y se están preparando para salir beneficiados en el tránsito.

Dos son las propuestas: la *Teoría del Decrecimiento* y las *Comunidades de Transición*. La teoría del decrecimiento hace eco de las visiones catastrofistas en el presente, como el incremento del stress, tasa de suicidios, crisis nerviosas, disparo en el consumo de drogas,

38 Yuhani Ochoa, comunicación personal.

calmantes y psicotrópicos; ante el aumento de la violencia intrafamiliar, comunitaria, intersectorial e internacional. Al parecer, existe sólo un 50% de probabilidades de que la especie humana sobreviva este siglo (Valencia 2007). Proponen al decrecimiento como única alternativa a esta situación de locura colectiva que niega el inminente colapso ecológico, de la economía, de la política, de la sociedad, y de la persona humana.

La teoría del decrecimiento, en opinión de Valencia, se diferencia de aquéllas de: *crecimiento cero*, *crecimiento negativo*, *desarrollo sustentable* y el *estado estacionario*, que pretenden imponer algunos límites al desarrollo, pero manteniendo las nociones de desarrollo y crecimiento; la propuesta del decrecimiento se orienta al abandono del objetivo de crecimiento por el crecimiento mismo. El cambio de óptica, de lógica, implica una mutación completa; en su opinión se trata: "... del abandono de una religión: la religión de la economía, del crecimiento, del progreso y del desarrollo; significa una bandera [el decrecimiento] bajo la cual se agrupan aquellos que han iniciado una crítica radical del progreso y el desarrollo (Valencia 2007, 3). Para Latouche (2007), implica la *deconstrucción* del pensamiento económico, para agregar que hace falta otra economía:

[...] con *otra* racionalidad más razonable que racional. Sería necesario *otro* saber, *otra* visión de la ciencia que nuestra tecnociencia *prometeica*, ciega y sin alma. Haría falta, sin duda, *otra* concepción del progreso, *otra* concepción de la vida... *otra* concepción del tiempo que no fuera tan lineal, acumulativo y continuo (Latouche, 2007:51).

La declaración coloca al decrecimiento en la perspectiva contra-hegemonía y contracultural. En cuanto a las formas del cambio, Valencia reconoce que tiene un fuerte contenido moral, dirigido al individuo, pues implica cambiar radicalmente la forma en que se produce y se consume. Entre los elementos para el cambio de mentalidad incluye la necesidad de la actitud de rechazo: **el rechazo a la mercantilización de la vida**, así como el admitir, pero sobre todo **internalizar, los límites que imponen los recursos naturales no renovables y los derivados de la rapidez de regeneración de los renovables, a las posibilidades de producción.**

Ver la producción como intrínsecamente vinculada a los recursos y, en ese sentido, establecer una relación orgánica, que más que de producción, sería de *re-producción*. La finalidad de la economía cambiaría al reconocer, tanto la necesidad de satisfacer necesidades, como la *necesidad de generar trabajo para todos*. El argumento central del decrecimiento es que el *crecimiento* económico sobrepasa largamente la *capacidad de carga de la tierra*.

La *capacidad de carga* consiste en la relación entre espacio bioproductivo que se requiere o, que se utiliza para la reproducción social. Para mantener el ritmo de vida de un norteamericano medio se requieren 9,6 hectáreas; para el de un europeo medio, 4,5; mientras que si se divide la tierra por el número de pobladores (actuales), sólo se dispone de 1.4 hectáreas *per cápita* (Bologna, 2001). Si el mundo no ha reventado es porque el excesivo consumo bioproductivo de los norteamericanos es compensado por el escaso consumo en otros países, precisamente los que no han llegado al mítico desarrollo. **Por eso el desarrollo es un mito: no hay posibilidades de desarrollo para todos.**

La industria del petróleo o la era del petróleo, entre otros males o bondades que ha acarreado a la humanidad, también influyó sobre el modo centralizado de la producción: la producción a gran escala, grandes fábricas, grandes refinerías. Las nuevas tecnologías, tanto las llamadas tecnologías *apropiadas* (en referencia a que pueden ser manejadas por personas sin mayor calificación), las *alternativas* amigables con el medio ambiente, como las muy sofisticadas, desde la informática, que al incrementar la conectividad facilita el trabajo a distancia, como las derivadas de la disminución de la escala, como la nanotecnología y similares, todas tienen la característica de que pueden operar o funcionan mejor de manera descentralizada. Pareciera que la gran fábrica será en no poco tiempo una reliquia del pasado.

Esta es la base de las comunidades de transición (Hopkins, 2008). En EUA, Reino Unido y Canadá, comienzan a expandirse, pero además, existen ejemplos individuales de viviendas de transición donde la gente va incorporando parte del paquete de tecnologías con energías renovables, y producción orgánica, en acciones individuales o progresivas.

Además del argumento sobre el futuro de la humanidad, el mundo que dejaremos a nuestros hijos, se agregan motivos pragmáticos más inmediatos. Para quienes no creen o ni les importa el calentamiento global, ni el posible fin del petróleo, los ecologistas tienen otros argumentos: las consecuencias del modo de producir sobre la salud y el cuerpo de las personas. La cantidad de mensajes que circulan en la red sobre los efectos de la comida chatarra, los transgénicos, los alimentos producidos con agroquímicos y de los animales engordados con hormonas y antibióticos, son innumerables. Tal vez habría que crear un observatorio para cuantificarlos, o a la inversa, observar sus efectos en el crecimiento de restaurantes vegetarianos y del mercado de productos orgánicos.

Aún no totalmente cuantificado, lo cierto es que las preferencias del consumo se van desplazando. El argumento vendedor es que los productos orgánicos son saludables, mientras que los producidos con agroquímicos contienen sustancias cancerígenas. En cuanto a los transgénicos, no se conocen sus efectos pero se mantienen serias dudas de los resultados sobre la combinación de genes vegetales y animales.

Vinculados con la cultura de la vida sana, el crecimiento de las medicinas alternativas naturales, que Douglas relaciona con un estilo suave, cuestionan la agresividad de la biomedicina y de la industria farmacéutica. La medicina alópata es cuestionada por ser agresiva con el cuerpo: quita los efectos de ciertos malestares, pero contamina el cuerpo y produce efectos secundarios. La crítica a la industria farmacéutica llega a extremos como los anuncios catastrofistas de una pandemia de esterilidad masculina masiva hacia el 2060.

Los razonamientos que operan en la producción orgánica y en el auto-cuidado de la salud, parten básicamente de similares premisas y críticas, de allí que, por lo general, aparezcan asociados. Ambos consideran tanto a la tierra, como al cuerpo, organismos vivientes, con capacidad de autorregulación y de recuperación. La tierra procesa la materia orgánica; y la convierte en nutrientes para producir nueva materia orgánica, por su parte se considera al cuerpo humano como un sistema donde la “enfermedad” supone un desajuste, posible de resolver activando las defensas y energías propias del organismo. De

similar forma, la naturaleza se reproduce por sí misma, no requiere de la intervención humana, pero si el hombre le extrae productos, para que se recupere, sólo se necesita estimular sus defensas. Por el contrario, los agroquímicos actúan igual que las drogas farmacéuticas: producen una estimulación artificial, con efectos secundarios, entre los más graves la adicción: la tierra ya no produce sin fertilizantes, se provoca la pérdida de suelo y finalmente la desertificación. **En ese sentido, se critica tanto a los agroquímicos, como a la industria farmacéutica, por anular los procesos naturales, provocar la dependencia y efectos colaterales.**

Los agroquímicos destruyen la biodiversidad y el equilibrio, generan la desaparición de especies, empobrecen el suelo, contaminan el agua, y son adictivos, pues se requieren cantidades crecientes, adicionalmente generan la dependencia económica de los agricultores con respecto a las industrias proveedoras de insumos, al punto que en ocasiones los costos de producción superan al precio de mercado.

Desde la perspectiva crítica, los beneficiarios de la producción con tecnología de punta, son las industrias productoras de insumos, cada vez más poderosas y monopólicas, capaces de tumbar gobiernos o dictar políticas nacionales. De acuerdo con cálculos de productores agropecuarios, la mayor ganancia va a manos de las transnacionales, una porción que no supera el 30% de margen de ganancia a los grandes productores, mientras a los pequeños productores sólo les acarrean deudas permanentes.

Los argumentos en pro de la agricultura orgánica se pueden dividir en ecológicos, de salud y económicos. Entre los primeros se encuentra la preservación del suelo y de la biodiversidad, el equilibrio hombre-naturaleza, evitar la contaminación y el aprovechamiento sustentable, así como el reciclamiento de desechos. Entre los económicos se encuentra el disminuir la dependencia de la compra de insumos, la diversificación de productos en la milpa, que contribuye a la autosuficiencia alimentaria. Adicionalmente, al requerir mayor inversión de mano de obra, genera más fuentes de trabajo. La agricultura orgánica más que intensiva en capital, es *intensiva en trabajo*, en un mundo donde la demanda de trabajo comienza a ser escasa. Carral Cusi, sos-

tiene que la base de la de la economía ecológica puede resumirse en dos mandatos:

1) Lo primero es comer, después trocar y después vender. 2) Necesidad urgente de crear mercados regionales, comenzando por las pequeñas etnobioregiones hasta los mercados interregionales... producción inteligente basada en el respeto a la naturaleza, la colaboración entre los pobres y los mercados locales regionales e interregionales (Carral Cusi, 2007:7^a).

A los ecologistas les interesan las tecnologías *alternativas* amigables con el medio ambiente, y propician su adopción. Entre los cambios de conducta se transita desde una posición *light* hasta los cambios radicales; en el nivel *light* se encuentran quienes propician medidas de ahorro de energía, agua y conservación y reforestación de áreas verdes. Con mayor grado de complejidad, pues implican la transformación de prácticas y tecnologías, se encuentra la separación de aguas grises y negras, el uso de desechos orgánicos, incluida la materia fecal para producir composta, la captación de agua de lluvia, la implementación de terrazas verdes, que sustituyen la idea del ahorro por la de reciclamiento, es decir, de regeneración y equilibrio. Aun más complejas la generación de energía y calor mediante foto-celdas y energía eólica hasta lograr viviendas autosuficientes. El menú completo implica la transformación radical del estilo de vida, como proponen las comunidades de transición.

IV. La cuarta vertiente, del pensamiento alternativo, que coincide en muchos aspectos con las anteriores, no necesariamente proviene del tradicionalismo o del ecologismo, aunque se vincule con ellos. Se encuentra compuesta por aquellos que se cansaron del consumismo, los que *están de vuelta* y comienzan a hartarse de la vida persiguiendo el dinero, en el aislamiento y la incomunicación, y se orientan a la recuperación de la noción del *common* o lo común los espacios compartidos de vida comunitaria. Pueden apelar a ideas *New Age*, o simplemente a reconocer que la mayoría de las sabidurías han afirmado que la felicidad consiste en satisfacer un número juiciosamente limitado de necesidades. Renuncian a la creencia de que *más es mejor*, y en la práctica adoptan la frugalidad, la sobriedad, incluso cierta austeridad en el consumo material. Optan por la calidad

de los componentes de los productos, generalmente apostando a los naturales, por ejemplo las telas de algodón, lino o lana, rechazando las que tienen elementos derivados del petróleo, los productos orgánicos o naturales contra los producidos con agroquímicos, hormonas o antibióticos. Seleccionan un trabajo o actividad priorizando la satisfacción derivada de la tarea por encima de la remuneración o el ingreso; invierten tiempo y esfuerzo en mantener las amistades y las relaciones sociales.

Ya como respuesta a un pensamiento tradicional rural o agrario, por mantener una tradición cultural que valora la realización en el trabajo, o la organización de trabajo como actividad familiar; por aceptar o adherir a las advertencias sobre el colapso ecológico en busca de mayor calidad de relaciones humanas, en todos los casos se implican cambios en los estilos de vida que se pueden sintetizar como una vida más simple y el rechazo de buena parte de las ofertas de la sociedad de consumo.

Estas tres maneras de ver y juzgar la realidad, se presentan en la forma de representaciones, es decir como ideas de lo que es bueno y correcto, y los motivos que se aducen en defensa de tales formas, o como argumento de confrontación y descalificación de las contrarias. Las tres coexisten en la realidad presente: una, la del *estado de bienestar*, en retroceso práctico, aunque muy vigente en la mayoría de las personas que aún esperan que el estado satisfaga sus necesidades en cuanto servicios públicos, prestaciones sociales, y en cuanto a garantizar su estabilidad; la otra, el *neoliberalismo*, hegemónico desde el poder, y ganando posiciones en la conciencia, pero sin crear aún un sistema cultural; la otra como *alternativa*, va ganando posiciones en los espacios donde la queja se manifiesta, y si bien las ideas comienzan a circular y a crear consenso, en la práctica aún se muestra débil e incoherente.

Las posiciones no suelen presentarse de manera coherente en la realidad concreta, donde las ideas se superponen, amalgaman a veces de manera contradictoria, sin que la contradicción se perciba. Tal fue el resultado de una encuesta que aplicamos a organizaciones sociales de las redes alternativas, y a personas que quisieron cooperar. Mayoritariamente las personas involucradas con las redes de econo-

mía solidaria manifestaron acuerdo tanto con las representaciones propias del estado de bienestar (estabilidad, intervención del estado en la economía y prestaciones sociales), como con las del paradigma alternativo, no así con las ideas neoliberales. Sin embargo, al comparar estas respuestas con las del grupo de personas no vinculadas con la economía solidaria, las respuestas fueron parecidas: acuerdo con las ideas eje de EB, y con algunas de las alternativas (unidad hombre-naturaleza, trabajo creador, prioridad de las relaciones sociales y familiares) y desacuerdo con las representaciones neoliberales.

En ambos casos, organizaciones sociales vinculadas a redes de economía solidaria, y personas no vinculadas, el nivel de acuerdo con estas ideas no se reflejó en la modificación de prácticas (rechazo al consumismo, consumo alternativo, y conductas amigables con el medio ambiente).

La explicación de estos resultados, es bastante sencilla: por una parte el acuerdo con las ideas núcleo del EB, se revela por el consenso que se lograra, durante casi 50 años de hegemonía; en cambio, el acuerdo con las propuestas alternativas se encuentra en que apelan al deber ser: ¿quién podría manifestarse en contra de dedicar más tiempo a la familia y a los hijos, a tener un trabajo creativo, en vez de alienante, a la armonía con la naturaleza, o a que la economía se centrara en el hombre? El problema es que, en tanto juicios de valor o máximas morales, se quedan en el deber ser, no se traducen en prácticas transformadas.

Supuestamente las ideas sobre la realidad o sobre la *realidad deseable*, operarían en la diferenciación y la construcción de sujetos e identidades: la *construcción de subjetividades*, o como se decía antes, de *conciencia*, de manera que estos sujetos transformados se conviertan en *actores* del cambio. Para que ello sea posible, resulta importante discutir no sólo los efectos indeseables del sistema, sino y sobre todo, cuáles son las lógicas que la animan, para poder cambiarlas, para como dice Bolvitnik, ampliar la mirada, o mirar desde otra parte, para incorporar a nuestra visión una dimensión de rechazo, y poder decir no a los cantos de sirena del capitalismo.



12. Recapitulando: ¿es otro mundo posible?

Como en muchas cosas la respuesta es **Sí pero**, y además, hay varios peros posibles. La economía de la *suficiencia*, de la *reciprocidad*, o más precisamente la economía ***orientada a la reproducción social de la existencia y no al lucro*** es factible, y puede constituir un modelo, pero no mientras constituya una parte residual de la economía de mercado. Páginas atrás sosteníamos que ha constituido la base de la sustentación durante la mayor parte de la existencia de la humanidad. Pero para que represente una alternativa al capitalismo, tiene que poder reproducirse, por si misma autónomamente, sin recurrir al capitalismo.

Las economías tribales y campesinas lograron persistir, pero cuando el capitalismo logró penetrarlas, aunque fuera de manera imperceptible, con alguno de sus elementos, consiguió subsumirlas, es decir volverlas residuales, o lo que es peor: dependientes. En el momento en que aceptaron el fertilizante, por ejemplo, y requirieron dinero para comprarlo, ya quedaron *integradas* y sus miembros esclavizados a la necesidad de la droga llamada dinero. No en vano en muchas mitologías americanas, el diablo y el dinero se identifican.

Ser autónomas significa que todas las necesidades de sus miembros, o al menos aquéllas que permiten la reproducción social, puedan satisfacerse a su interior. Tales condiciones de auto-reproducción se facilitan en los espacios locales, como en el ejemplo hipotético sobre cómo se genera un mercado, expuesto páginas atrás, o en los casos concretos de los Caracoles, en México, o las comunidades de la región pacífica de Colombia, reseñada por Escobar (2010).

En un territorio definido, con un círculo verde a su alrededor, se puede generar suficiente diversificación y consecuente oferta de bie-

nes y servicios, como para satisfacer las necesidades de sus habitantes. El fortalecimiento de economías locales sanas y abundantes, es el objetivo de muchos proyectos de monedas alternativas alrededor del mundo, que al utilizar un medio de cambio, que sólo sirve en la localidad o región, circulariza los intercambios y evita que la riqueza se fugue. La autonomía-autosuficiencia, en función de la resiliencia, inspira también a las llamadas comunidades de transición, diseñadas para encarar los efectos del colapso y el fin de la energía barata.

En el espacio deslocalizado sería más difícil construir la interdependencia orientada a la suficiencia, pero no imposible. Se requeriría una red lo suficientemente densa como para ofrecer oportunamente todos los bienes y servicios requeridos, así como los insumos para los procesos de producción.

Pero no todo es deslocalizado en las ciudades. En las mega-urbes se pueden reconstruir *lugares*. Hoy en día las unidades habitacionales constituyen espacios localizados, pero no *lugares*: los vecinos no mantienen ni siquiera trato entre sí, o lo hacen muy esporádicamente, pero podrían tenerlas.

La referencia a lo *local* o *global*, implica cuestiones de escala, en cambio la idea de *lugar* tiene que ver con la construcción de *sentido* e *identidad*. En las comunidades tradicionales, la identidad y el sentido existen como resultado de largos procesos históricos, que incluyen desde el lenguaje, formas de conocimiento y relación, sistemas clasificatorios que incluyen elementos genealógicos, útiles para delimitar las fronteras, quién pertenece y quién es ajeno a la comunidad. Elementos que llegan a convertirlas en cerradas y excluyentes, sujetas a la tiranía comunitaria ya mencionada.

Para convertir un espacio, en un *lugar*, es decir para *dotarlo de sentido*, se requiere construir *subjetividad*, compartir un proyecto, una idea, para generar *identidad*. *Identidad* que generalmente implica *diferencia*, el *nosotros* y los *otros*. El *nosotros*, en este caso estaría definido por quiénes asumen la lógica reproductiva, la noción de *buen vivir*, confrontados con los que podríamos catalogar como consumistas, aquéllos que colaboran con sus prácticas a la destrucción

del planeta. Un *lugar* implica construir una escala de la diferencia y de discrepancia; significa en algún sentido trazar fronteras.

¿Y por qué se requiere aislamiento?

La respuesta es para mantener la *lógica reproductiva*, para poder aplicar los mecanismos de *reciprocidad y equivalencia*. No se trata de una idea fantasiosa de miedo al contagio, sino el temor del contagio real. Cuando la *lógica de la reproducción ampliada de capital* penetra a un organismo, efectivamente funciona como un virus e impulsa a seguir su propio ritmo, impele a entrar en los mecanismos de mercado, y por lo tanto en los mercados formadores de precios.

Eso sucede a muchos de los proyectos, que por más solidarios que sean al interior, cuando acuden al mercado formal deben adaptarse a su lógica. Requieren ser competitivos, sujetos al precio de mercado (que como se mencionó páginas atrás, se determina tomando como referencia el que produce a menor costo, y vende más barato), y a la producción en serie, para obtener mediante la venta de las mercancías, el dinero requerido para satisfacer las necesidades de insumos o de consumo de sus integrantes, en el mercado. El problema es que se vende en función de colocar mercancías, y no en función de la demanda, o sea de las necesidades. En este contexto, la equivalencia no es posible.

Es también el problema de las monedas alternativas que combinan la moneda local o alternativa con el dinero de uso corriente; inevitablemente el precio va a tomar como referencia al que tiene el producto en el mercado y en dinero, imposibilitando la equivalencia y

Tres pasos para invertir la lógica:

1. *Recuperar capacidades productivas y limitar los bienes y servicios que requieren dinero: **auto-consumo**.*

2. *Intercambio recíproco de productos: redes de intercambio de productos y servicios, con vecinos (bancos de tiempo, moneda local) **mercado local**.*

3. *Limitar las compras lejanas a los productos no disponibles en la zona, **intercambio externo limitado**.*

Consigna: producir más, comprar menos, consumir mejor.

el trueque, e introduciendo la lógica comercial de tratar de sacar una diferencia entre el costo y la venta.

Del mismo modo sucede cuando se recurre al financiamiento – aunque sea *microfinanciamiento*, o financiamiento cooperativo–, el dinero prestado a interés requiere, demanda que al producto se le extraiga un *plus* para poder pagar los intereses, y zas ya se cae en la reproducción ampliada, la necesidad de producir más para vender más y la consecuente búsqueda de lucro. La segunda pregunta es ¿Cómo avanzar para construir otra economía? Si el sujeto de la posmodernidad es el *consumidor*, metamorfoseado en consumista, el consumidor puede **revertir** su carácter alienado, como consumista **y ejercer el poder del consumidor**.

Este capítulo comenzó preguntando si es posible otra economía, para responder que sí. Si, siempre y cuando se centre en la lógica reproductiva, lo que implica renunciar a la lógica de la reproducción ampliada. El cómo se produce no sólo es significativo, resulta determinante, pues la lógica de la reproducción ampliada del capital inevitablemente conduce a su reproducción, y su naturaleza es la explotación del trabajo y la depredación de la naturaleza. No basta con suavizar las formas del capitalismo, siendo democrático y asociativo, es preciso cambiar la lógica de la producción, que se asocia a otras lógicas, por ejemplo la de la supremacía del hombre sobre la naturaleza.

La segunda pregunta es: ¿Cómo avanzar para construir otra economía? Si el sujeto de la posmodernidad es el consumidor, metamorfoseado en consumista, el consumidor puede revertir su carácter alienado, como consumista y ejercer el poder del consumidor.

Lo primero, es modificar los hábitos de consumo, empezando con una máxima, **producir más, comprar menos**; recuperar el gusto por hacer cosas en casa, salsas, mermeladas, caldos, pintar las paredes, tener árboles frutales, con lo cual la masa de dinero requerido disminuirá inmediatamente. Luego, ir sustituyendo los productos industriales y de supermercado por productos locales, de preferencia alter-

nativos en cuanto a su producción y orgánicos. Si no existe oferta de productos alternativos, estimular su producción para ir anudando la red. Seguro alguien necesita un trabajo digno y puede producir, si se le garantiza que alguien lo necesita: en este caso la demanda estimula la oferta. Lo siguiente sería romper la distinción entre vendedores y compradores, mediante mecanismos asociativos donde se vaya eliminado o disminuyendo la noción de precio para instaurar las de *equivalencia o devolución*.

Pero sobre todo, y para reforzar estas elecciones, resulta indispensable cambiar de valores, en el sentido señalado páginas atrás; es decir, a qué se le concede valor. Ese es el cambio sustantivo, la **mutación** como diría Luis López Llera.

Significa tomar conciencia de las necesidades humanas, todas ellas y pensar cómo se quiere satisfacerlas, es decir, qué se entiende por *Buen Vivir* o *vivir bien*. Preguntarse cómo se genera y disfruta el afecto, cómo se genera el respeto y la reputación, cómo se alimenta el espíritu. Para poder elegir conscientemente cómo pretendemos trascender, cómo queremos ser recordados, si por haber poseído una gran camioneta de lujo, o por haber dejado una obra creativa; si por dejarle a nuestros hijos valores o dinero; sí por haber dejado a las generaciones futuras un bosque o un basurero.

El primer paso para transformar los valores, es el **rechazo**, pero el rechazo íntimo, el que sale del alma, del estómago, a las *ofertas del sistema*: sentir *asco* por un pan de molde, y abrumado por tener que estar en un *no lugar*: ya sea un centro comercial, un supermercado o un hotel de cadena. Contraria-

Construyendo el poder del consumidor

- Decisiones de consumo **recíprocas**: preferir los productos que generen trabajo a nuestros vecinos para que el medio de cambio circule localmente.
 - Consumo **creativo**: que estimule y diversifique las capacidades productivas de la comunidad.
 - Consumo **amigable con el medio ambiente**: priorizar los productos orgánicos y ecológicos. Abandonar el rol de asesinos del planeta.
 - Consumo **consciente**: evitar comprar productos que resulten de la depredación y la explotación.
-
-

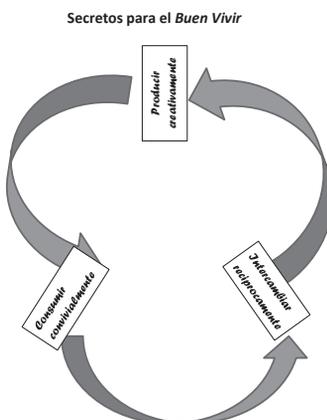
mente, gozar el contacto con la naturaleza, la convivialidad, disfrutar del esfuerzo y de la creación.

Si se logran modificar las preferencias, si se logra la **actitud de rechazo** a las ofertas del sistema, el cambio de valores es cuestión de tiempo. Además, si la actitud de rechazo se convierte en actitud militante, propagandizando el rechazo; si logramos descalificar esas ofertas por ser alienantes, poco sanas, por dejar el vacío, por insatisfactorias, por el motivo que se quiera, se avanza en la creación de *subjetividad*, y si esas ideas se comparten, se avanza en la construcción de identidad.

Existiendo una subjetividad compartida, y por lo tanto, una identidad, el *sujeto social* de la posmodernidad, el *consumidor*, puede transformarse en un *actor social*, en un protagonista del cambio.

Si el consumidor rechaza el consumismo y la ideología del confort, asume que las necesidades humanas son mucho más que gadgets y marcas, y proclama el Buen Vivir como modelo, entonces transitará a la lógica reproductiva, que hace de la noción de límite, de umbral, la base de una relación armónica con la naturaleza y entre los seres humanos, pues privilegia la convivialidad, la creatividad y la reciprocidad, por encima del lucro y la competencia.

Secretos para el *Buen Vivir*



El rechazo de las ofertas del sistema, comienza a minar sus bases: el dinero tiene valor porque se lo concedemos, porque lo deseamos, de ahí su fetichización, su conversión en dios. Las marcas conceden estatus porque así lo creemos; el poder se ejerce sobre las personas, porque lo han delegado, al desresponsabilizarse.



13. Epílogo

Atravesamos un momento pre-paradigmático, de cambio de las premisas del conocimiento y del conocimiento mismo: el pensamiento moderno creó una civilización, una cultura sobre bases falsas. Hoy, desde diferentes disciplinas, se cuestionan esas bases: el reconocimiento de la entropía cuestiona al evolucionismo que colocó al hombre en la cúspide de la evolución y permitió el surgimiento del antropocentrismo. La inextricable unidad del hombre con la naturaleza, patentiza nuestra vulnerabilidad y la necesidad de restablecer el equilibrio perdido. Desde las ciencias de la naturaleza, y desde las ciencias del hombre se apela a la búsqueda de la cordura ante un sistema suicida que amenaza con acabar con la vida humana. En un contexto de crisis general civilizatoria, vale la pena preguntarse si amarrarse al velamen de la nave, para esperar que pase la tormenta, justificarse diciendo: “yo disfruto mientras pueda antes del colapso”, o ir construyendo el arca antes del diluvio.

Sin duda, la posibilidad del colapso se encuentra ahí, en el futuro como amenaza; la violencia desbordada y la exclusión están aquí, en el presente, pero el cambio en la forma de ver el mundo y en la opción de vida, no se limita a los pobres o a los excluidos, como estrategia de sobrevivencia, constituye una opción personal por una vida más rica, más significativa, más abundante, en la austeridad convivial.



Bibliografía

- Altamirano, T. (2003). “Los nuevos flujos de capital humano y las remesas: Contexto Trasnacional”, en *I Coloquio Internacional Migración y Desarrollo: trasnacionalismo y nuevas perspectivas de Integración*, Universidad Autónoma de Zacatecas, Zacatecas.
- Arruda, M. (2004). *Manuscrito de Mumbay*, FSM, Mumbay.
- Atzioni, P. S. (2009). “The moral dimension: Towards a New Economics, 20 years Later”, en *Panel: Capitalism in crisis*, SASE-Science-Po, Paris.
- Auyero, J. (1997). *¿Favores por votos?: estudios sobre clientelismo político contemporáneo*, Losada, Argentina, Buenos Aires.
- Bateson, G. (1987). *El temor de los ángeles*, Gedisa, Barcelona.
- Bauman, Z. (2005). *Modernidad y Ambivalencia*, Anthropos, unam, ucv, México.
- Blanco, H. (2007). “La humanidad al borde de su extinción”, en *Sin Permiso*, núm. 15, año 1, disponible en: www.sinpermiso.info.com
- Bologna, G. (2001). *Italia capace di futuro*, WWF-EMI, Bolonia.
- Boltvinik, J. (2007). *Ampliar la mirada. Un nuevo enfoque de la pobreza y el florecimiento humano*. cieras, colmex, siglo xxi Editores, México.
- Bourdieu, P. (1987). *Cosas dichas*, GEDISA, Barcelona.

- Burch, S. (13/09/2007). “La ONU adopta la Declaración de Pueblos Indígenas”, en *Servicio Informativo Alai-amlatina*.
- Burling. (1962). “Maximization Theories and the Study of Economic Anthropology”, en *American Anthropologist*, núm. 64, pp. 50-73.
- Bustelo, P. (2003). “Desarrollo económico: del Consenso al Post-Consenso de Washington y más allá”, en *Estudios en homenaje al profesor Francisco Bustelo*, Editorial Complutense, Madrid.
- Caille, A. (2009). “Sobre los conceptos de economía en general y de economía solidaria en particular”, en J. L. Coraggio, *¿Que es lo económico?* ciccus, Buenos Aires, pp.13-47.
- Carral-Cusi, F. (2007). “Nuestro maiz en el sector relegado”, en *Noticias puebla tlaxcala*.
- Chayanov, A. (1966). *The Theory of Peasant Economy*, Homewood, The American Economic Associatio, Illinois.
- Collin, L. (2009). “La crisis como oportunidad”, en F. C. (coord.), *De Foro a Foro. Contribuciones y perspectivas de la Economía Solidaria, en el contexto de la crisis global*, FLASEP,UAMC,FSM, México, pp. 293-302.
- Coraggio, J. L. (2004). *La gente o el capital. Desarrollo local y economía del trabajo*, Espacio Editorial, Buenos Aires.
- Coraggio, J. L. (2008). “América Latina: necesidad y posibilidades de otra economía”, en *Otra Economía*, vol. II, núm. 2, disponible en: www.riless.org/otraeconomia.
- Coraggio, J. L. (2009). “Economía del trabajo”, en C. y. Cattani, *Diccionario de otra economía*, Altamira, Buenos Aires, pp.133-144.
- Derber, C. (2002). *The Wilding of América. Money, Mayhem, and the new american dream*, Worth publishers, Nueva York.

- de-Sousa-Santos, B. (1995). *Toward new common sense: Law Science and politics in the paradigmatic transición*, Rout Ledge, New York.
- Durkheim, E. (1970). *La División del Trabajo Social*, Hachette, Buenos Aires.
- Escobar, A. (2010). *Una minga para el postdesarrollo: lugar, medio ambiente y movimientos sociales en las transformaciones globales*, Universidad Nacional de San Marcos, Lima.
- Forrester, V. (1996). *El Horror económico*, fce, México.
- Geertz, C. (1987). *La interpretación de las Culturas*, GEDISA, Barcelona.
- George, S. (2007). *Por un modelo economico solidario y perdurable*, en alterglobalización, disponible en: <http://altermundismo.blogspot.com>, (02/07/11)
- Godelir, M. (1989). *Lo Ideal y lo Material*, Taurus-Alfaguara, Madrid, España.
- Hinkelammert, F. y. (2009). “Economía para la vida”, en C. y. Cattani, *Diccionario de la otra economía*, Altamira, Buenos Aires, pp.150-157.
- Holloway, J. (2002). *Cambiar el mundo sin tomar el Poder*, Universidad Autonoma de Puebla, Puebla.
- Hopkins, R. (2008). *The Transition Hand Book. From oil dependency to local reilience*, Chelsea Green Publishing, Vermont.
- Illich, I. (2006). *Obras Reunidas*, Fce, México.
- Latouche, S. (2009). *Sobrevivir al desarrollo. De la Colonización del imaginario económico a la construcción de una sociedad alternativa*, Icaria, más madera, Barcelona.
- Latour, B. (1999). “Recalling ANT”, en J. L. Hassard, *Actor network theory and after*, Blavkwell Publishing, Oxford UK.

- Latour, B. (2005). *Reassembling the Social: An Introduction to Actor-Network-Theory*. *Reassembling the Social: An Introduction to Actor-Network-Theory*, Oxford University Press, Nueva York.
- Laville, J. L. (2009). "Economía plural", en C. y. Cattani, *Diccionario de la otra economía*, Altamira, Buenos Aires, pp. 157-163.
- Levi Strauss, C. (1969). *Las estructuras elementales de Parentesco*, Paidós, Buenos Aires.
- Levi Strauss, C. (1977). *Antropología Estructural*, EUDEBA, Buenos Aires.
- Lietaer, B. (2001). *The future of money: Creating new wealth, work and a wiser world*, Century, Londres.
- Lomnitz, L. (1975). *Cómo sobreviven los marginados*, siglo xxi, México.
- Lowy, M. (1999). *La guerra de los Dioses*, siglo xxi, México.
- Malo, M.-C. (2003). "La cooperación y la economía social", en M. Vuotto, *Economía Social*, Ed. Altamira, Buenos Aires, pp. 195-210.
- Maturana, H. y. (1980). *Autopoiesis and Cognition: The Realisation of the Living*, Reidel, Dordrecht.
- Meadows, D. (2006). "Los límites del crecimiento 34 años después", en *Sin Permiso*, pp. 1-3.
- Meillassoux, C. (1977). *Mujeres, Graneros y Capital*, siglo xxi, México.
- Nabor, E. (2003). "¿...Y los que no mandan dólares qué? Estrategias familiares frente a la descapitalización del hogar en un contexto de migración internacional en un ejido michoacano", en *I Coloquio Internacional Migración y Desarrollo: transnacionalismo*, Universidad Autónoma de Zacatecas, Zacatecas.

- Nardi, H. C. (2007). "Subjetividad y economía Solidaria: Desafíos para la constitución de sí en la inestabilidad de la supervivencia cotidiana", en M. V. Veronese, *Economía Solidaria y Subjetividad*, Altamira, Buenos Aires, pp. 135-174.
- Olivera, J. H. (2003). "Teoría económica y sistema cooperativo", en Vuotto, *Economía Social*, Ed. Altamira, Buenos Aires, pp. 69-80.
- Oswald, U. (1991). *Estrategias de supervivencia en la ciudad de México*, CRIM-UNAM, Cuernavaca, Mor.
- Polanyi, K. (2006). *La gran Transformación*, FCE, México.
- Razeto, L. (1988). *Economía de Solidaridad y Mercado*, PET, Santiago de Chile.
- Redfield, R. (1947). "The Folk Society", en *The American Journal of Sociology*, pp. 293-308.
- Ritzer, G. (2005). *La Macdonalización de la sociedad. Un análisis de la racionalización en la vida cotidiana*, Ariel, Barcelona.
- Roberts, P. (2004). *El fin del petróleo*, Ediciones B, S.A., Barcelona, España.
- Ron, P. (2006). *The end of Dollar hegemony*, Intervención del honorable senador Paul Ron ante el congreso, disponible en: <http://house.gov/paul/legis>, 15 de febrero, 2006.
- Ruitjer, R. (2007). *Dollar contributions, wars and collapse*. Obtenido de *Aljazeera Magazine*, disponible en: www.Aljazeera.com
- Schumacher (1973). *Small is Beautiful: Economic as id people Mattered*, Blond & Briggs, Londres.
- Touraine, A. (1997). *¿Podremos vivir juntos? iguales y diferentes*, fce, México.

- Touraine, A. (2000). *Crítica de la Modernidad*, FCE, Mexico.
- Valencia, E. (2007). “La apuesta por el decrecimiento”, en *I Coloquio La apuesta por el decrecimiento*, México.
- Valencia, M. y. (2008). “Crece la destrucción ecológica y el peligro de una catástrofe mundial”, en *Foro Social Mundial*, México.
- Ward, T. (2001). “Expanding Ethnicity in Sixteenth-Century Anahuac: Ideologies of Ethnicity and Gender in the Nation-Building Process”, en *Hispanic Issue*, vol. 116, núm.2, pp.419-452.
- Weber, M. (2005). *La ética protestante y el espíritu del Capitalismo*, Fce, México.
- Zibechi, R. (2006). *Dispersar el Poder: Los movimientos como poderes antiestatales*. Tinta Limon Ediciones.
- Zibechi, R. (2008). “Hacia el fin de la década progresista”, en *La jornada*.
- Žižek, S. (2003). *El sublime objeto de la Ideología*, SIGLO XXI EDITORES, Buenos Aires.

La edición de esta obra estuvo a cargo de Guillermo Aragón Loranca,
Joanna Carmona Flores y Elodie T. H. Aragón Gohory-Villain

Esta obra se realizó en los talleres de IMPRESOS J&S. Calle 4,
N° 275, Int.2, Col. Pantitlan Del. Iztacalco. C.P.08100, México, D.F.
Tel.: 57 58 39 33. Email:impresosjys@gmail.com

Se emplearon tipos Calibri, 11, 13 y 14.

Tiraje de 1000 ejemplares.

AGOSTO 2014